

# Nuestra Bandera

revista  
teórica y política  
del Partido Comunista de España



**Editoriales: La crisis. La tercera posición.**

Enseñanza, una situación problemática. Eulalia Vintró, Luis Gómez Llorente, Paloma Portela y M. Azcárate.

**Crisis del marxismo.** Artículos de A. Infante, F. Savater, Gustavo Bueno, R. García Coratelo y V. Bozal.

**60 Aniversario.** Luis Arranz y Manolo Ballestero.

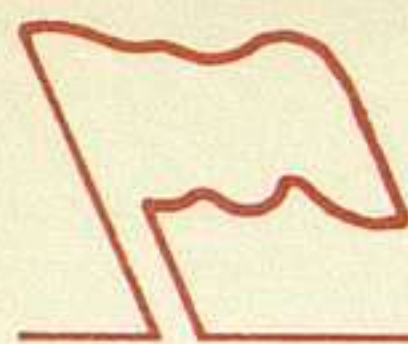
**Carlos Rodríguez: La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura.**

**Dossier Afganistán.**

**N.º 103**  
**Marzo/Abril, 1980**  
**Precio: 150 ptas.**







# Nuestra Bandera

N.º 103

## Sumario

	<i>Pág.</i>
Editorial: <i>La crisis</i> .....	1
Editorial: <i>La tercera posición</i> .....	4
<i>Enseñanza y sociedad democrática</i> , Paloma Portela .....	9
<i>La política educativa de la UCD</i> , Eulalia Vintró .....	15
<i>Enseñanza, ofensiva ideológica de la derecha. ¿Sólo ideológica?</i> . Mesa redonda con E. Vintró, L. Gómez Llorente y M. Azcárate .....	19
<i>Hay que actualizar la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura</i> , C. Rodríguez .	33
<i>¿La crisis de qué marxismo?</i> , A. Infante .....	40
<i>¿Qué es la revolución antitotalitaria?</i> , F. Savater .....	43
<i>¿Crisis en el marxismo o revolución en el marxismo?</i> , G. Bueno .....	47
<i>Crisis... ¿Qué crisis?</i> , R. García Cotarelo .....	53
<i>La crisis de nuestro marxismo</i> , V. Bozal .....	55
<b>Sesenta Aniversario</b>	
<i>Las negociaciones PCE-PCOE de mayo de 1921</i> , Luis Arranz .....	58
<i>Algo se oye aquí soterrado...</i> , M. Ballesteros .....	65
<b>Dossier Afganistán</b> .....	70

### Consejo editorial

*Andalucía*: Carlos Castilla del Pino, Javier Pérez Royo.

*Cataluña*: Dolors Calvet, J. Sempere.

*Euzkadi*: Manu Escudero.

*Extranjero*: Manuel Ballesteros, A. Sánchez. Vázquez.

*Madrid*: Jaime Ballesteros, Enrique Curiel, Ricardo Lovelace, J. L. Malo de Molina, J. Sandoval, Nicolás Sartorius, Ramón Tamames, Eugenio Triana, Juan Trías.

*Valencia*: Emerit Bono, Ernest García.

### Consejo de redacción

C. Alonso Zaldivar

Manuel Azcárate (Director)

Miguel Bilbatúa

Valeriano Bozal (Redactor jefe)

Pilar Brabo

M.ª Antonia Calvo

Daniel Iribar

Julio Segura

Alberto Leonard (Administración y Distribución)

Marta R. de Quijano (Promoción)

M.ª Eugenia Varela (Secretaria de Redacción y Suscripciones)

### Secciones

M. Castells (Pol. Municipal y Mov. ciudadano), A. Elorza (Historia), E. García Viñuelas (Economía), F. González Melcón (Mov. obrero), Víctor Nieto Alcaide (Arte), C. París (Fil. de la Ciencia), P. Portela (Enseñanza), A. San Martín (Literatura), J. Ripalda (Filosofía).

### Maqueta y confección, NUESTRA BANDERA

Revista bimestral

Madrid, marzo-abril 1980

150 ptas.

Madrid, 1980

Número suelto, 150 ptas.

Suscripción a ocho números:

España, 1.000 ptas.

Europa, 1.350 ptas.

América, 1.600 ptas.

Resto del mundo, 1.900 ptas.

Redacción y Administración:

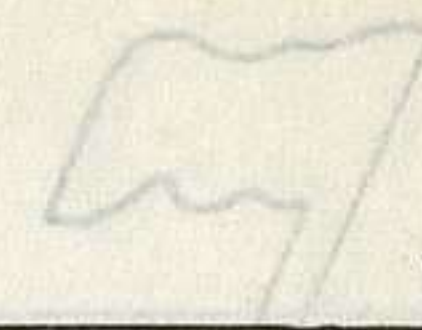
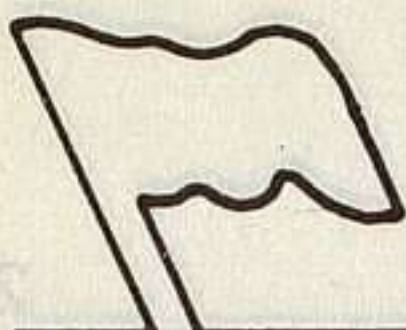
Peligros, 10. Madrid-14

Depósito legal: M. 20.166-1977

Imprime: Gráficas ELICA

Boyer, 5. Madrid-32





## Editorial

# La crisis

La situación subsiguiente a la tres consultas electorales de 1980, con la inexorable crisis gubernamental, es quizá uno de los momentos más cruciales en toda la historia del postfranquismo. El referéndum andaluz y las elecciones vasca y catalana han supuesto la más dura derrota para el partido en el poder, y por ello la crisis, por más que Suárez haya intentado minimizarla y resolverla con una simple remodelación, se ha agravado y se complica. Porque no es la crisis de este ministro o de aquel, sino el fracaso de la política con que se ha gobernado al país desde 1979.

Es evidente que dicho fracaso tiene dos ejes fundamentales: uno, la política que respecto a las autonomías ha practicado la UCD, que ha determinado tanto el fracaso de su fórmula para minimizar la autonomía andaluza como su humdimiento electoral en Euskadi y Cataluña. El otro, que sin duda ha influido profundamente en los resultados mencionados, la política económica seguida por UCD, que ha conducido al aumento del paro y a la profunda depresión de la actividad económica.

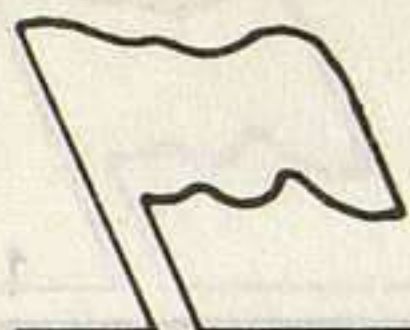
Pero lo que interesa resaltar y comprender es que ambos aspectos de la política de UCD no son fenómenos superficiales achacables a este o el otro ministro — sin que esto no signifique que no haya ministros particularmente nefastos, que los hay, como demuestra el caso Abril —, sino el resultado del giro a la derecha de UCD, emprendido tras las elecciones del 79. Y, como a veces la izquierda nos perdemos en metáforas más o menos afortunadas, creo que es preciso aclarar que ese giro a la derecha no fue sino el resultado matemático de lo que empujó tanto a la convocatoria de las elecciones del 79 como a los rumbos ucederos a partir de ellas: el pacto tácito — y bastante explícito en ocasiones — entre UCD, los núcleos de la derecha económica e institucional, que dieron sustento al régimen franquista.

Estos son los datos de la ecuación que ha conducido a UCD a la crisis. Crisis interna, por un lado, porque no toda UCD está de acuerdo con la política económica de primar los intereses de la gran Banca y el capital, o con el frenazo dado al desarrollo constitucional de las autonomías, y ahí está Fernández Ordóñez o Clavero para manifestarlo. Crisis externa, también porque no se puede gobernar al país en un régimen democrático a favor exclusivamente de unos intereses minoritarios que utilizaron, para prevalecer, una dictadura durante más de cuarenta años.

Desde esta perspectiva, hay que rebatir y matizar el argumento de que en Cataluña y Euskadi «ha triunfado la derecha», aquellos que «preconizan el mismo modelo de sociedad que UCD». Convergencia y PNV no son la derecha, en el sentido en que lo ha sido UCD abiertamente desde 1979. Convergencia i Unió y PNV han sido frontalmente atacadas precisamente por esa derecha económica e institucional, tanto en el pasado régimen dictatorial como en el presente democrático, y ambos partidos representan en sus ámbitos respectivos una nítida diferenciación con la derecha centralista y oligárquica, y tampoco su modelo económico es el mismo que UCD, puesto que PNV y CIU tienen detrás de sí, con un gran protagonismo, un conjunto de sectores del empresariado pequeño y medio, que se sienten perjudicados por la política económica de UCD.

Lo anterior no quiere decir que CIU y PNV no sean la derecha en sus respectivas nacionalidades, que lo son. Y ahí están sus programas gubernamentales y los gobiernos formados para corroborarlo, pero sí quiere decir que su victoria es una batalla ganada contra las castas centralistas y oligárquicas, que determinan la política de UCD. El electorado que ha trasvasado sus votos de UCD a CIU o PNV ha dado su apoyo a la opción por la





alternativa, por el cambio, por el Estado autonómico. Pero lo anterior no está dicho para tranquilizar la conciencia de la izquierda. Ha habido un descenso vertical de los votos del PSOE, y gran parte de su electorado ha preferido abstenerse. Las razones de ello quizá haya que encontrarlas, en parte, en las mismas dos razones que han hecho fracasar la política de UCD. ¿Es que el PSOE ha jugado con plena coherencia a impulsar el Estado autonómico? ¿Es que el PSOE no sabía que su voto favorable a la ley de distintas modalidades del referéndum cerraba el paso a la autonomía andaluza o a la valenciana, entre otras? ¿Ha explicado alguna vez el PSOE lo que entendía por «racionalizar» el proceso autonómico? Es claro que no decimos esto con un afán acusatorio o estérilmente polémico. Porque, en cualquier caso, los fracasos del PSOE son fracasos de toda la izquierda, y como tales nos afectan a nosotros también. La actitud del PSOE en el referéndum andaluz le limpió de muchas culpas pasadas. Pero quizá demasiado tarde para los factores de ambigüedad introducidos por su trayectoria de los meses anteriores sobre el tema autonómico.

En todo caso, lo que demuestran los resultados electorales es que la izquierda, en su conjunto, se debilita. Y no es ajeno a esto la pérdida de credibilidad de la alternativa de poder del PSOE y la no existencia de una política de colaboración de la izquierda que ofrezca una referencia de cambio a la actual situación.

De todas formas, las relaciones entre la izquierda y sus bases sociales está reclamando una reflexión profunda, a la luz de los resultados electorales de CC. OO. en SEAT y FASA. Del mismo modo, también exigen una reflexión las ambigüedades de la política social del PSOE. La abstención, altísima en las consultas electorales de Euskadi y Cataluña y la merma de participación popular en recientes convocatorias, es uno de los resultados más preocupantes de toda la situación política actual. Un porcentaje importante de las capas medias y sectores profesionales e incluso de la clase obrera, que probablemente en otras consultas habrían votado a la izquierda, se ha abstenido. Este fenómeno no afecta sólo a los socialistas, sino también a los comunistas. El porcentaje de jóvenes que se ha abstenido parece también considerablemente alto. ¿Qué ocurre? La crisis provocada por la derechización de UCD no está contrarrestada por una alternativa clara y convincente de la izquierda. La política del PSOE, y también la nuestra, se desarrolla en planos demasiado superestructurales, en un Palamento donde todas las propuestas de la izquierda son derrotadas, o en unos Ayuntamientos que tienen fuertemente lastrada su actuación. Son políticas demasiado «por arriba», que no acaban de conectar con el sentir, la preocupación, los problemas cotidianos del pueblo. Buena

parte de la responsabilidad por ello compete a los medios de comunicación y, en particular, a la TVE. Pero junto a ello también es cierto que la izquierda no ha sabido, no hemos sabido, desarrollar esa política de «penetrar en el tejido social», de la que tanto hablamos, que aún no hemos sido capaces globalmente de luchar por la hegemonía desde abajo, aglutinando a los trabajadores, a los profesionales, a los jóvenes, la mujer, los campesinos en torno a una alternativa por la que luchar, con posibilidades de éxito en un plazo de tiempo determinado.

Ello puede también explicar en alguna medida los resultados comunistas en las dos consultas electorales. Es cierto que el PSUC, en medio de una durísima campaña anticomunista y con una izquierda fuertemente dividida, ha alcanzado unos resultados notables, pero también lo es que su ligera pérdida de votos, aunque haya subido su porcentaje electoral, es un síntoma más de las insuficiencias de la izquierda en su lucha por la hegemonía.

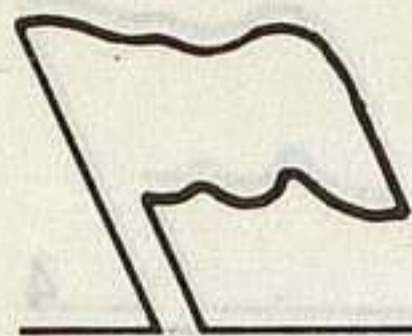
La pérdida neta de votos y de porcentaje electoral del PCE-EPK, y en general los resultados de Euskadi, merecen un estudio detenido y que sale fuera de los límites de este editorial. No obstante, sí que podemos apuntar aquí que las dificultades para situarse en el fenómeno nacional de Euskadi, desde una óptica eurocomunista, no están tan cerradas como puede deducirse de los resultados obtenidos por el PCE-EPK. Los propios comunistas vascos empiezan ahora a analizar que el espacio eurocomunista en Euskadi, aún por estructurar, no pasa, no ha pasado en las últimas elecciones, sólo a través del Partido Comunista de Euskadi. Lo cual impone, al lado de serias reflexiones autocríticas, una nueva visión sobre el futuro de las fuerzas políticas, y de la política de alianzas, en aquella nacionalidad.

II

Si nos atenemos a la situación general del país tras las consultas electorales y en medio de la «crisis gubernamental» podremos afirmar que la inestabilidad, la incomodidad, los porcentajes elevados de abstención provienen del hecho ya señalado de que no se puede gobernar a un país que no es de derechas, y quiere profundos cambios democráticos, con arreglo a los criterios más reaccionarios de unos núcleos de poder que determinaron la política de ayer y quieren seguir determinando nuestro presente y futuro.

En este sentido la crisis, que es la crisis de una sociedad que busca, aún sin encontrar, nuevas fórmulas de afrontar y resolver sus problemas, demuestra, en primer término, que la derecha económica e institucional es incapaz de gobernar el país en de-





mocracia y con el Estado autonómico que contempla la Constitución. Pero este hecho no se transforma automáticamente en un avance de la izquierda. Por ello la izquierda está emplazada a acercarse a las nuevas corrientes que surgen desde lo más profundo de la sociedad y a elaborar una política que cuente con ellas y les ofrezca una salida. Por ello hoy es más necesario que nunca diseñar una alternativa a la actual situación que tiene que arrancar de una izquierda unida, y que ofrezca al país una perspectiva de cambios. El contenido de esa alternativa tendría que basarse en unos ejes esenciales:

- Un giro en el enfoque de los problemas económicos del país. Una política económica que tenga como objetivo esencial combatir y reducir el paro, incrementar la inversión pública como medio de tirar de la inversión privada. Una política monetaria y crediticia adecuada para ello. Medidas para sacar al campo de su depresión creciente.
- Un impulso sustancial al estado de las autonomías. Ello exige anular los perniciosos efectos de la Ley Orgánica de distintas modalidades del referéndum y de la decisión de UCD de minimizar las autonomías. Es preciso avanzar sin miedo hacia la autonomía al máximo nivel, por la vía del artículo 151, equiparable a la vasca y catalana, en Galicia, Andalucía, País Valenciano, Les Illes y Canarias.

Junto a ello es fundamental cortar el giro derechista impuesto por UCD a todo el conjunto del desarrollo constitucional. En la enseñanza, buscando anular los efectos del Estatuto de Centros Escolares; en la Universidad, logrando la transformación de la L.G.U., actualmente en discusión en el Parlamento; en los medios de comunicación, acabando con la farsa de la no aplicación del Estatuto de la Radio y la Televisión. En el desarrollo de las libertades individuales y los derechos sociales, tan brutalmente atacados ambos por el último período. Y del mismo modo se impone una política que «meta en cintura» a una ultraderecha cada vez más beligerante y agresiva, y que al tiempo pueda hacer frente políticamente, atacándolo en sus raíces, en su apoyo en determinados núcleos de la población vasca, al fenómeno del terrorismo.

Esta alternativa no puede seguir marginando, sino que tiene que colocar como uno de sus centros fundamentales de su preocupación, la problemática de los jóvenes, de las mujeres, de los grupos ecologistas.

Pero lo importante, lo fundamental, lo que puede impulsar los cambios, es que esta política se articule desde abajo, despierte la confianza y fomente la participación.

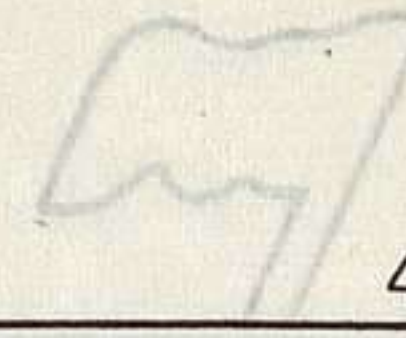
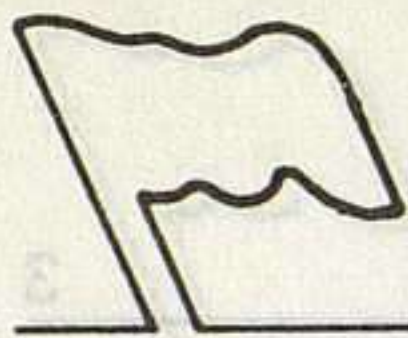
En concreto y en lo que a los comunistas se refiere, ello significa estar mucho más cerca de los problemas y preocupaciones que cotidianamente vive nuestro pueblo. Hacer política por abajo y desde abajo, articulando el trabajo en todos los niveles.

Una alternativa que impregne paulatinamente el tejido social y que tenga coherencia y fuerza impedirá que de aquí al ochenta y tres el país siga siendo gobernado a la derecha y por la derecha. Las divisiones internas de UCD, cada vez más profundas, permiten pensar que no es imposible imponer un giro a la derecha a ultranza de UCD, y avistar fórmulas de gobierno en las que progresivamente pudieran estar representados los intereses de la clase obrera y sectores populares.

En cualquier caso, lo que es evidente es que cualquier fórmula de gobierno que pretenda un giro más a la derecha de la actual situación, tal y como se ha prefigurado con los cambios introducidos en el Gobierno por Suárez, el 2 de mayo, sólo hará profundizar aún más la crisis y aumentar la inestabilidad del país hasta grados intolerables. Si esta crisis ha sido y es la crisis de la derecha de UCD, es obvio que el acentuamiento de esa inclinación conduce a UCD a un callejón sin salida. Callejón en el que puede también entrar el país si los sectores más progresistas de éste no fuéramos capaces de impulsar una alternativa clara a la actual política de las castas dirigentes.

### Nuestra Bandera





## Editorial

# La tercera posición

Todo indica que la región del Golfo Pérsico se está convirtiendo cada vez más en una zona de creciente concentración de fuerzas militares de las dos superpotencias; y que aumenta la amenaza de confrontaciones militares, no ya a través de otros países, más o menos intermediarios, sino incluso entre ellas mismas.

El imperialismo norteamericano, habiendo perdido, con el hundimiento del régimen del Sha, su principal baluarte en esa parte decisiva del mundo, porque precisamente en ella están los más importantes depósitos de petróleo, intenta, recurriendo incluso a métodos militares, recuperar posiciones de fuerza en esa región. Es difícil admitir que detrás de la operación, fracasada, de presunta recuperación de los rehenes, no hubiese planes de mayor alcance. A ese mismo fin tienden los esfuerzos, desde Camp o David, por imponer un acuerdo Egipto-Israel patrocinado por EE.UU.; y por dividir así el mundo árabe.

Al mismo tiempo, las consecuencias negativas para la causa de la paz de la intervención militar de la Unión Soviética en Afganistán, se hacen cada vez más graves. La oposición a la presencia de las tropas soviéticas se amplía, manifestándose no sólo en las zonas montañosas, donde los grupos guerrilleros reciben lógicamente mayores ayudas del exterior, sino incluso en las ciudades. Las afirmaciones de los soviéticos sobre el carácter temporal de su presencia en Afganistán parecen alejarse cada vez más de la realidad.

Otro punto de máxima tensión es el problema de los misiles de alcance medio en Europa; si la decisión de la OTAN se llevase a cabo, se entraría en una espiral de carrera de armas nucleares de consecuencias imprevisibles.

1. Considerando los diversos procesos de agravamiento de las tensiones internacionales, se destaca la siguiente conclusión: el epicentro, la causa más profunda, más aguda, de las amenazas para la paz en el momento presente, estriba en la confrontación entre las dos mayores potencias del mundo: Estados Unidos y la Unión Soviética.

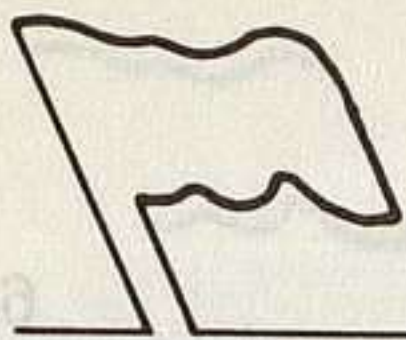
Se ha llegado así a una especie de «impasse», de taponamiento de la situación internacional. Después de unos días de visita a Estados Unidos, el comunista italiano Zucconi escribe en «Rinascita»: «parece como si cada una de las dos partes viese como única vía de salida de la crisis la derrota de la política de la otra parte».

El sistema bipolar, que más o menos ha funcionado durante las últimas décadas, está en crisis; no está en condiciones de ofrecer los caminos para abordar y superar los problemas internacionales; y, sin embargo, las dos superpotencias intensifican sus esfuerzos por prolongar su posición hegemónica; y esto lleva a una peligrosísima agravación de las confrontaciones.

Nos encontramos en un momento particularmente peligroso porque, de un lado, el sistema bipolar está en crisis, ya no está en condiciones de presentar los caminos, las soluciones para superar los conflictos, y al mismo tiempo no existe un nuevo sistema de relaciones internacionales capaz de sustituir al bipolarismo.

Cuando decimos que el centro principal de las amenazas para la paz está en la confrontación de las dos superpotencias, no ponemos a éstas en un mismo plano, no dejamos de lado las características intrínsecas del imperialismo.





El imperialismo sigue siendo el imperialismo. Por su propia naturaleza, tiende a la dominación sobre otros países, a la utilización de la fuerza, a relaciones desiguales basadas en la dominación de los pueblos por las grandes potencias financieras, hoy sobre todo las multinacionales.

El imperialismo —y es obvio que aquí reside uno de los factores determinantes de la situación— no renuncia a ejercer su control y su dominio, de una u otra forma, sobre las principales fuentes de petróleo del mundo.

Pero hemos de reconocer que la política de la otra gran potencia militar que se enfrenta a Estados Unidos, la Unión Soviética, no representa, en las condiciones presentes, la forma de evitar, de alejar el peligro de guerra. Ni tampoco constituye la base, el eje, en torno al cual sería posible agrupar en el mundo de hoy las fuerzas muy diversas, muy amplias, susceptibles de oponerse a los planes del imperialismo.

La tendencia de la política soviética es cada vez más a reforzar su bloque militar; a asegurar y extender su hegemonía; y esa tendencia le ha llevado, incluso, a pisotear la independencia de un país neutro, no alineado, como es Afganistán.

Por tanto, el examen de la actual coyuntura internacional plantea la necesidad, para abrir vías de negociación, de disminución de la tensión, de soluciones concretas que permitan estabilizar relaciones internacionales relativamente pacíficas, de introducir cada vez con más fuerza en la vida internacional **factores nuevos** que estén, por su propia naturaleza, fuera de la dialéctica de los bloques, fuera del sistema bipolar manejado por las dos superpotencias.

No se trata con ello de negar el papel de éstas; disponen de un potencial militar, nuclear y asimismo económico y tecnológico, gigantesco. Pero sí es esencial que otras fuerzas, situadas fuera del juego de los dos bloques, por un lado faciliten y permitan el diálogo y la confrontación; ayuden a superar las intransigencias y enconamientos más duros; y abran así un proceso hacia un sistema de relaciones internacionales multipolar, más democrático, con intervención de otras regiones, otros países, y en el cual las obsesiones imperialistas o hegemónicas no puedan empujar a la humanidad hacia catástrofes incalculables.

**2.** ¿Es utópica esta perspectiva? ¿A qué **factores nuevos** nos estamos refiriendo?

No creemos que se trate de una concepción utópica; una observación concreta de los hechos que están ocurriendo en la esfera internacional permite destacar ya tres factores que están en condiciones de ejercer, en las etapas venideras, una influencia creciente sobre los destinos del mundo:

En primer lugar, el Tercer Mundo. La liberación de los pueblos excoloniales es el proceso quizá más profundo de la etapa internacional que estamos viviendo, y a todas luces, a pesar de las operaciones militares a las que más arriba nos hemos referido, escapa al control de las mayores potencias. África ha cambiado, está cambiando. Los cambios que están en curso en América Latina, y que sin duda van a desarrollarse en fechas próximas, serán particularmente importantes porque debilitarán al imperialismo en una de las regiones donde hasta ahora se ha creído más seguro.

El segundo factor es China; y si bien en la actualidad su política exterior aparece unilateral, obsesionada por el hegemonismo soviético, es evidente que China juega, y jugará, su propia carta. Estamos convencidos de que el proceso de superación de la actual bipolaridad ayudará a una nueva colocación de China como un factor independiente, en la vida internacional, con el peso considerable que le corresponde.

Un tercer factor sería Europa. Y si bien en este caso hace falta abrir unos interrogantes (pues Europa occidental se encuentra, tanto en el plano económico como militar, sometida a un grado serio de dependencia con respecto al imperialismo norteamericano), lo que se está destacando cada vez de forma más nítida, a través de los últimos acontecimientos, es la tendencia de Europa hacia una posición autónoma, independiente la voluntad creciente de las fuerzas políticas europeas de tomar distancias, de sustraerse a una dependencia excesiva con respecto a Estados Unidos y de empezar a desempeñar un papel propio, europeo, autónomo, de cara a la solución de los principales problemas internacionales.

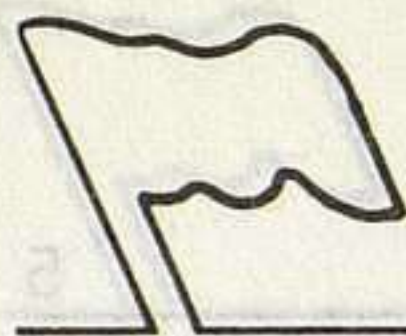
**3.** De las consideraciones hechas hasta aquí, se desprende lógicamente que el movimiento obrero y democrático de Europa occidental, y en particular los partidos comunistas (nacidos a partir del ejemplo triunfante de la revolución de octubre de 1917 en Rusia, como primer ejemplo de revolución que había destruido el capitalismo) se hallan sometidos a dos tipos de presión, contrapuesta la una a la otra:

Por un lado, la presión de la política de bloques, representada por la Unión Soviética y por la influencia considerable que ésta sigue ejerciendo en una parte de los partidos comunistas.

De otro lado, la tendencia a una actitud independiente, fuera de los bloques, como condición indispensable para que las fuerzas obreras y revolucionarias de Europa occidental puedan encauzar, hegemonizar, el nuevo papel que, objetivamente, Europa occidental puede desempeñar en la vida internacional en la etapa en la que estamos entrando.

Es imprescindible colocar en ese marco la conferencia que





han celebrado en el mes de abril, en París, 22 partidos comunistas de Europa oriental y de Europa occidental. El Partido Comunista de España, desde que se empezó a hablar del proyecto de dicha conferencia, adoptó una actitud neta considerando que su celebración, no sólo carecía de utilidad para la lucha por la paz y el desarme, sino que sería incluso negativa para la movilización en pro de dichos objetivos. Los partidos comunistas de Italia, la Liga de Comunistas de Yugoslavia, el Partido Comunista de Rumania y, asimismo, los partidos comunistas de Gran Bretaña, de Suecia, de Holanda, de San Marino (en cuanto a los de Bélgica y de Suiza, solamente enviaron observadores) se pronunciaron contra la celebración de la Conferencia y decidieron no participar en ella.

A pesar de que sabían de antemano que estarían ausentes los partidos indicados más arriba, los promotores de la Conferencia de París decidieron que ésta se celebrase. Todo indica que el verdadero promotor de la Conferencia, independientemente de que las convocatorias fuesen firmadas por el Partido Comunista Francés y el Partido Obrero Unificado Polaco, fue el Partido Comunista de la Unión Soviética. El **contenido** de la Conferencia de París ha sido un esfuerzo por lograr el alineamiento del mayor número posible de partidos comunistas europeos en torno a la política exterior de la Unión Soviética, en un momento particularmente delicado de las relaciones internacionales, y concretamente después de la intervención militar de la URSS en Afganistán.

En ese orden, la Conferencia de París ha sido la materialización de esa tendencia, de esa presión a la que nos hemos referido más arriba, de integrar el movimiento obrero europeo en una política bloquista.

¿Cuáles son las consecuencias que puede tener esta tendencia? En primer lugar, conservar, acentuar la división del movimiento obrero europeo, en un momento en el que existen una serie de factores objetivos que permiten avanzar hacia la superación de las divisiones que han causado tanto daño en épocas anteriores.

En segundo lugar, implica la pérdida de la personalidad propia del movimiento revolucionario, como representante auténtico de los intereses obreros, populares, de Europa occidental y la aceptación de un papel de propagandista, de sucursal, de aquellas posiciones en política internacional elaboradas y definidas por uno de los bloques militares, por el Pacto de Varsovia, y, en último extremo, por la Unión Soviética.

En tercer lugar, y es quizás el aspecto más grave, como consecuencia de lo anterior, el movimiento obrero europeo perdería la posibilidad de avanzar hacia un entendimiento, una alianza profunda con los pueblos del Tercer Mundo, que es, sin duda, la

condición decisiva que puede permitir un cambio profundo en las correlaciones de fuerzas, un aislamiento mayor del imperialismo y la apertura de perspectivas reales hacia una estabilidad internacional, una consolidación de la paz, y la creación del marco para nuevos progresos en el sentido del socialismo.

El propio desarrollo, y los acuerdos de la Conferencia de París, demuestran, desgraciadamente, que las consideraciones anteriores no son especulativas.

En el documento aprobado en ella, aparecen dos aspectos, al menos, nuevos en relación con documentos anteriores aprobados en reuniones de partidos comunistas.

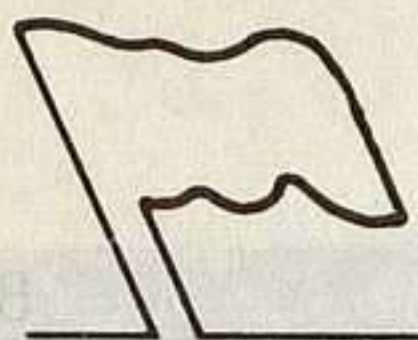
Por un lado, desaparece la reivindicación de la superación de los bloques militares. Es un paso atrás particularmente grave en estos momentos. Refleja, en negativo, que, efectivamente, la Conferencia de París responde a una voluntad política, al menos por parte de algunos, de reforzar la política de bloques, de integrar en ella a los partidos que se sometan a esas presiones.

Otro aspecto notable en el documento de la Conferencia de París es que no contiene ninguna referencia al imperialismo, ni siquiera figura dicha palabra; ni tampoco una referencia a la política de Estados Unidos. Esa vaguedad, ambigüedad del documento referido, no es extraña: entrar en la política de bloques implica condenarse a una especie de lenguaje diplomático, puesto que se mezclan en la práctica las posiciones políticas de algunos partidos y las posiciones diplomáticas que defienden, en negociaciones entre gobierno, determinados Estados.

Es sintomático que la prensa soviética ha rehusado publicar la lista de los partidos comunistas que no han participado en la Conferencia de París. Ello confirma el interés que tienen los soviéticos en «gestos internacionales», aunque estén desprovistos de eficacia en el plano internacional, para fines de política interior; para una legitimación del poder en nombre del presunto apoyo **del conjunto** de los partidos comunistas. No se puede establecer una muralla entre los problemas de política exterior y los de política interior. En la Unión Soviética, no existe ningún funcionamiento democrático a través del cual se pueda considerar que las decisiones tomadas en materia de política exterior, a militar, representan la voluntad de las masas trabajadoras; ni siquiera la voluntad del conjunto de los comunistas. El sistema de poder soviético hace que esas decisiones sean tomadas por un núcleo reducido de personas, y en gran parte por los centros de un poder militar, cuyo papel crece en la sociedad soviética.

Ante una situación como ésta, intentar mantener la imagen de una Unión Soviética como si fuese una ciudadela del socialismo, cercada por el enemigo capitalista, y que necesita por ello la solidaridad de todos los trabajadores del mundo, es simplemente ridículo. Ser revolucionario hoy no puede querer decir alinear-





se con esa potencia, que toma sus decisiones de política exterior en gran parte en función de intereses de Estado.

Ser revolucionario hoy exige, en cada situación concreta, crear, movilizar, agrupar el máximo de fuerzas obreras y populares susceptibles de actuar contra la dominación imperialista, contra la explotación capitalista, para abrir caminos reales de transformación en un sentido socialista.

4. ¿Es posible construir en Europa occidental un nuevo agrupamiento de fuerzas obreras y progresistas que se coloque en una tercera posición, es decir, frente a la política imperialista de Estados Unidos y al mismo tiempo frente a una política soviética caracterizada por operaciones como la de Afganistán?

La situación de las fuerzas políticas en Europa es compleja. La derecha gobierna en una serie de países; y a pesar de su evidente incapacidad para hacer frente a la crisis, no se observa todavía una reacción enérgica.

Además, las divisiones tradicionales en el seno de la izquierda europea siguen teniendo un peso considerable. El debate ideológico, muchas veces lastrado por una preocupación exclusivamente electoral, entorpece el avance hacia una alternativa común de la izquierda a los problemas de nuestro continente.

Sin embargo, a pesar de toda una serie de aspectos negativos, se pueden registrar algunos fenómenos importantes, que probablemente anuncian un futuro más prometedor. Indicaremos algunos de ellos:

En primer lugar, la tendencia objetiva, derivada de su propia estructura económica, que empuja a Europa occidental a una actitud autónoma, más independiente, con respecto a los Estados Unidos. ¿Puede la derecha, los partidos representantes del gran capital, encarnar esta tendencia objetiva? en nuestra opinión no. Y por eso, aparte de veleidades y declaraciones más o menos imprecisas, la derecha vuelve a caer en la supeditación con respecto a Estados Unidos. Ello plantea la necesidad de que sean las fuerzas obreras, la izquierda europea, la que encabece y hegemonice el actual proceso, ya iniciado, hacia la autonomía de Europa.

En segundo lugar, se pueden registrar ya cambios positivos en el seno de la socialdemocracia, concretamente pasos hacia abrir un diálogo serio, centrado en los problemas contemporáneos, con los partidos eurocomunistas. En este orden han tenido particular significación una serie de entrevistas, inconcebibles en épocas anteriores, como las del secretario general del Partido Comunista Italiano, Berlinguer, con Brandt, presidente de la Socialdemocracia alemana, y con Mitterrand, secretario general del Partido Socialista Francés. Entrevistas que se han desarrollado en el marco de una serie de contactos más diversifica-

dos, en los que han participado comunistas italianos, españoles, yugoslavos, etc., con diversos partidos socialistas.

Un hecho singular en este orden es el documento que acaba de publicar el Partido Laborista Británico titulado «Dilema del eurocomunismo», cuya conclusión plantea claramente la necesidad y urgencia de un diálogo entre las fuerzas socialistas, socialdemócratas y eurocomunistas de Europa occidental.

Es evidente que la Conferencia de París podría restar influencia y peso al eurocomunismo; debilitar sus posibilidades de desempeñar el papel necesario en la construcción de ese nuevo agrupamiento de fuerzas con una **tercera posición**. Sin embargo, lo ocurrido con motivo de esa Conferencia, puede tener efectos contrarios. Puede poner de relieve, principalmente, la amplitud e importancia de las fuerzas que, dentro del comunismo, se niegan a aceptar la presión bloquista.

Estamos, pues, en una situación en la que aparece cada vez más claro que una política auténticamente revolucionaria, en el marco de Europa occidental, exige principalmente orientarse en el sentido de esa tercera posición, de crear un nuevo agrupamiento de fuerzas obreras y progresistas capaz de influir sobre los acontecimientos, de contribuir a un proceso que permita alejar los peligros de guerra, restablecer un clima de distensión y abrir nuevos caminos en el tema del desarme; y preparar así las condiciones para una auténtica alternativa de izquierda a la crisis actual del capitalismo.

En esas preocupaciones se basa la actividad internacional de los comunistas españoles. Por ello colocan como cuestiones de primordial importancia: en primer lugar, la solidaridad antiimperialista por los pueblos que luchan por su libertad; los esfuerzos por estrechar nuestras relaciones fraternales con los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, y de ahí el valor que atribuimos a las recientes conversaciones que hemos tenido con el FLN en Argel, y en las cuales se ha comprobado una coincidencia profunda en los principales problemas internacionales; nuestra incesante solidaridad con el Frente Polisario, con los movimientos que luchan en África por su liberación. Y capítulo aparte merece, por razones obvias, nuestra preocupación permanente por elevar la solidaridad con los pueblos de América Latina, donde se anuncia un auge impresionante de la lucha liberadora.

La segunda vertiente de esta acción internacional es la participación de los comunistas españoles en la construcción de un nuevo agrupamiento de fuerzas obreras y progresistas de Europa occidental que, a partir de una tercera posición, pueda contribuir al restablecimiento de las negociaciones entre los dos bloques, a tender puentes, a evitar las confrontaciones militares y a facilitar así la causa de la distensión de la paz.



# NUESTRA BANDERA

REVISTA MENSUAL DE ORIENTACION  
POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

N.º 1	Enero de 1945	
N.º 2	Toulouse	Junio 1945
N.º 3	Toulouse	Septiembre 1945
N.º 4	Número extraordinario	Enero, Febrero 1946 FOI 101 54

EDICION FACSIMIL



## Nuestra Bandera, 1945/1946

**Edición  
Facsímil**

Los tres primeros números de **NUESTRA BANDERA** aparecidos en Francia en 1945 y el número extraordinario dedicado al Pleno del P.C.E., celebrado en Toulouse del 5 al 8 de diciembre de 1945. Textos de Dolores Ibárruri, Francisco Antón, Santiago Carrillo y Fernando Claudín.

**Precio:** 300 ptas (más gastos de envío)

**Precio suscriptor:** 250 ptas. (más gastos de envío)

**A la venta en**

**Peligros, 10-MADRID-4-Teléfono 231 96 89**

Y en el marco de la política exterior española, los comunistas desplegaremos una creciente actividad para que nuestro país aproveche la actual coyuntura, marcada por esta tendencia a la autonomía de Europa, para rechazar las presiones que querrían integrar a España en la OTAN; reafirmar la vocación de una política exterior española de no alineamiento, y que dentro de Europa occidental, ayude precisamente a la relación de este continente con el Tercer Mundo.

**Nuestra Bandera**

ES posible construir un futuro común en Europa occidental un nuevo futuro de libertad y progreso que se realice en un tercer mundo. Los comunistas de España, en un momento tan decisivo de la historia política mundial, se enfrentan a la tarea de defender la independencia política y económica de España, de rechazar la integración en la OTAN, de promover la autonomía de Europa occidental, de establecer relaciones de amistad y cooperación con el Tercer Mundo, de defender la paz y la independencia de los pueblos, de luchar por la liberación de los pueblos oprimidos, de promover la unidad y la solidaridad entre los pueblos de todo el mundo, de defender los intereses del pueblo español y de contribuir al bienestar de la humanidad.





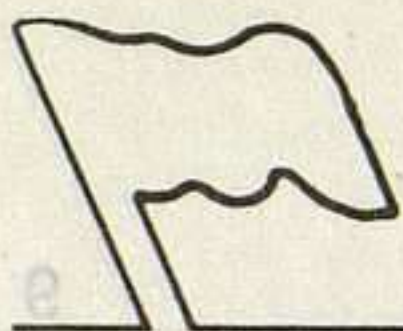
# Enseñanza y sociedad democrática

Paloma Portela

La fuerte polémica educativa que ha conmocionado a la opinión pública durante los últimos meses, a raíz del debate sobre el Estatuto de Centros Escolares, ha sacado a la luz posiciones encontradas en torno a la alternativa educativa que van incluso más allá de la propia anécdota de la Ley, porque son expresión de concepciones ideológicamente antagónicas o al menos de difícil síntesis. Los mismos defensores de la libertad de enseñanza han sido conscientes de tal antagonismo al afirmar que «hay temas que, cuando la postura se clarifica, se hacen innegociables y dentro de esos temas innegociables está el tema educativo» (1).

(1) Señor García Pérez, diputado de UCD, en una de sus intervenciones a lo largo del debate del Estatuto de Centros. «Diario de Sesiones del Congreso», núm. 69, pág. 4.606.





¿Cuál es la causa que incapacita a las diversas fuerzas políticas españolas para llegar a un mínimo acuerdo en el terreno educativo? Indudablemente no es un problema de coyuntura, de política inmediata. Se trata de un enfrentamiento más radical entre concepciones sociales que conllevan alternativas educativas con intereses muy diferentes a defender. Pues mientras la derecha española, representada políticamente por la UCD, mantiene la necesidad de proteger a la institución escolar contra cualquier cambio, como garantía de conservación del «statu quo» establecido en los años de la dictadura franquista, la izquierda plantea a la sociedad española la urgencia del cambio educativo a través de medidas encaminadas a transformar el actual aparato escolar hacia el modelo de Escuela Pública. La lucha por la conservación o el cambio del modelo educativo imperante está en el tapete.

### **Control y cambio en la escuela**

La extrema importancia de la institución escolar en los Estados modernos es la causa de que la vinculación entre el aparato político y la enseñanza sea sumamente poderosa, resultando muy difícil introducir elementos anticlasistas y progresistas en el aparato escolar. Aunque la familia, los medios de comunicación o la Iglesia cumplen papeles importantes en la afirmación de las relaciones de dominación imperantes, es la escuela la que desempeña todavía un papel decisivo en la inculcación de la ideología dominante y en la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, no podemos olvidar que los aparatos ideológicos del Estado pueden ser también lugar de lucha de clases y que muchas de las reformas escolares emprendidas por el Estado han

sido resultado de las presiones populares en demanda de una mejor prestación del servicio educativo. Es claro que las clases dominantes pueden conservar en la escuela fuertes posiciones durante mucho tiempo y que mientras los trabajadores sigan siendo clase explotada seguirán expresándose culturalmente por medio de aspiraciones, rechazos o imitaciones, pero todavía no mediante realizaciones que puedan practicarse como modelo global en las escuelas. Ahora bien, aceptar esta realidad no supone deducir que no se puede cambiar la escuela, que siempre será clasista e inamovible. Hay que desechar ciertas tendencias que sitúan a la escuela en la raíz de todas las desigualdades, acusándola de ser la causa del clasismo y el origen del elitismo de la sociedad. La escuela es hoy reproductora de la ideología dominante, es conservadora, pero también puede ser agente del cambio, motor de renovación y lugar de controversia ideológica. Lo que debe quedar claro es que la escuela no es autónoma, que no está encerrada en una campana de cristal. Educación y sociedad van unidas, la educación es reflejo de la situación social imperante y de la relación de fuerzas existentes en cada momento histórico. La división fundamental es la que separa a los hombres antes del nivel de escolaridad y del cual la escuela no es más que el agente. Como tal agente, no hace más que confirmar privilegios, pero no los crea, ya que son producto directo de la posesión de los medios de producción, no del sistema escolar.

La realidad social penetra todas las instituciones educativas. Todo cambio social tendrá su reflejo, guste o no, en el interior de la escuela y, por supuesto, si hay avances políticos, se avanzará en la educación. Sin embargo, la estrecha relación entre cambio político y cambio educativo no presupone la pasividad en tanto las condiciones «ambientales» hagan posible

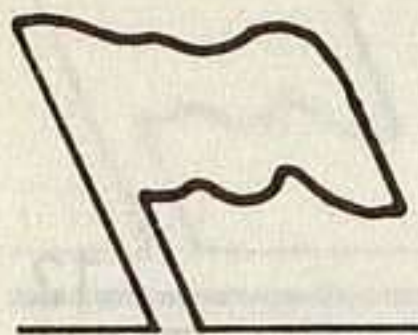
modificar el carácter de la escuela, sino que hay tareas pedagógicas y estructurales que son posibles y necesarias en la sociedad actual.

En este sentido, los primeros que tienen que cambiar son los profesores, como agentes directos en la instrucción y formación de los estudiantes, y los padres como responsables inmediatos de los hijos. Hay que luchar contra la conciencia social imperante que considera a las instituciones como destinadas a satisfacer únicamente las aspiraciones privadas de padres o de hijos, y no como un instrumento de cooperación social. Frente a esta postura individualista, que enfoca la educación como instrumento para alcanzar una posición social, hay que destacar su función tendente a cubrir objetivos sociales, metas colectivas. Esta tarea no es fácil porque la raíz de esa deformación está en la paradójica consideración de la educación como un bien de consumo privado y a la vez como un bien colectivo. La inhibición del Estado en materia educativa ha introducido en la conciencia social la impresión de que la escuela no forma parte de los servicios públicos que toda sociedad debe tener garantizados, sino que una buena parte de los ciudadanos considera que educarse es una opción meramente individual que depende en gran medida de las posibilidades económicas o de las capacidades del alumno.

### **La alternativa como motor del cambio educativo**

No solamente es necesario un cambio en las mentalidades, hay que transformar todos los elementos educativos mediante una serie de medidas, a las que la izquierda ha denominado como «Alternativa de la enseñanza». Esta solución global es producto de la síntesis entre la práctica y





las ideas, fusión de las experiencias acumuladas por el movimiento de enseñanza y las teorías pedagógico-educativas progresistas. Recoge reivindicaciones del profesorado, de los estudiantes y de los padres, enmarcadas en una estructura educativa en la que el autoritarismo se destierre para dar paso a la gestión democrática de todo el proceso educativo, cuyo desarrollo sea protagonizado por la dirección responsable de toda la comunidad.

Si se analizan de forma superficial, las medidas que la alternativa propone no van más allá de las adoptadas en los países capitalistas desarrollados hace ya muchos años: escolarización total y gratuita para un período escolar más o menos amplio, responsabilidad del Estado sobre la educación, aconfesionalidad, aplicación de métodos pedagógicos adecuados a las necesidades científicas y técnicas, etc. Sin embargo, las circunstancias en que esa alternativa se pretende aplicar, unidas a un paquete de soluciones populares (gestión y planificación democráticas, inserción en la vida política y social del país hacen que esas transformaciones educativas superen cualitativamente el campo de control de la burguesía, para situarse en posiciones mucho más avanzadas socialmente, identificándose en gran medida con los intereses del bloque social no oligárquico y fundamentalmente con la clase trabajadora, las fuerzas de la cultura y la clase media.

Por eso consideramos que la alternativa sólo puede ser protagonizada por los sectores populares, por los enseñantes, por la capas medias. La oligarquía española está demostrando ser incapaz de realizar su propia reforma educativa y algunas de sus soluciones han sido asumidas por la izquierda que, al hacerlas suyas, les da un valor progresivo y anticapitalista. Efectivamente, nuestra alternativa recoge parte de las necesidades de la burguesía, pero

las dota de carácter transformador y revolucionario, porque se define no sólo por cuanto logra, sino sobre todo por aquello a lo que aspira, pretende y programa.

En relación con su viabilidad y aplicación, es interesante hacer algunas precisiones:

- La alternativa tiene sentido y posibilidad de realizarse en el marco de una sociedad democrática, pluralista, en proceso hacia una consolidación de las libertades y hacia una transformación del modo de producción imperante. Por tanto, su desarrollo concreto dependerá de la evolución del proceso democrático, de la relación de fuerzas y de la capacidad de la izquierda para aplicar sus soluciones.

- Es evidente para todos que la alternativa no va a ser aceptada por los grupos en el poder. Pero también es cierto que cuanto más se desarrolle el movimiento de enseñantes, padres y estudiantes, en mejores condiciones de calidad y tiempo podrá irse concretando la alternativa. Su realización completa depende en gran medida de que sea asumida hoy en su conjunto y en sus aspectos parciales por la mayoría de la población.

- Los distintos elementos que la caracterizan (Escuela Pública, Ciclo único, Cuerpo Unico de Enseñantes, etc.) forman parte de un conjunto homogéneo, que adquiere su sentido total y progresista considerado como tal. Por tanto, ninguno de esos elementos sobra, estando unidos unos a otros y exigiéndose mutuamente para poder realizarse.

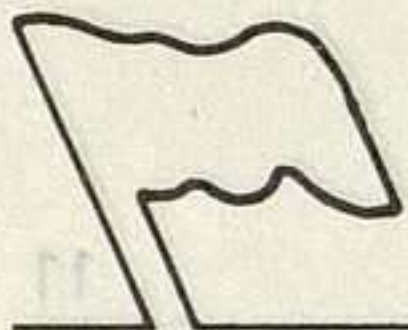
### **Política educativa de UCD y posición de la Iglesia**

No cabe duda de que la transición política de la dictadura a la democracia

tiene mucho que ver con la actual situación educativa. La forma en que se realizó el cambio político facilitó el que no se rompieran las tradicionales alianzas franquistas, especialmente con la Iglesia, que ha seguido jugando un papel decisivo en el sector. El partido en el Poder pretende dejar las cosas como están, al menos al nivel de las grandes opciones educativas. La existencia de dos escuelas, de dos redes escolares, definidas y limitadas por el origen social del alumnado, es sin duda uno de los rasgos estructurales del aparato escolar español. Durante el franquismo, escuela estatal y centros privados han sido cara y cruz de esa doble escuela. La escuela estatal ha sido empleada para suministrar los mínimos de conocimiento y formación a la gran masa de hijos de trabajadores, con el agravante de que el Estado ni siquiera cubrió esos mínimos con eficacia. Sujeto a sus propias contradicciones, el régimen franquista descuidó una de las fuentes del desarrollo económico y dejó en el analfabetismo a una mano de obra cuya formación era fundamental para modernizar el aparato productivo. El hecho fue que un alto porcentaje de la población trabajadora no tuvo acceso a la escuela y los que pudieron asistir a las aulas recibieron una enseñanza sin ninguna calidad y en condiciones enormemente deterioradas. En el otro lado de la balanza, la enseñanza privada, casi monopolizada por las órdenes religiosas, abrió sus puertas a una clientela acomodada a la que ofrecía la continuidad de los estudios, más allá de la etapa obligatoria, la accesibilidad a la cúspide de la pirámide educativa. Estudiar en un colegio privado era casi la garantía para llegar a la Universidad.

Tal situación, aunque atenuada, se mantiene en la actualidad y lo que es más grave, la UCD pretende imponer para los próximos años un modelo escolar inapropiado, porque en tanto no se haga una





planificación seria y a largo plazo, no se invierta mucho más, no se modifiquen los contenidos educativos, el sistema escolar no conseguirá cubrir los objetivos sociales que tiene encomendados. Pero además, las propuestas legislativas ucedistas (analizadas ampliamente por E. Vintro en este mismo número) son claramente injustas, porque mantendrán a la mayoría de los alumnos en la situación de marginación cultural e incompetencia profesional que actualmente padecen.

¿Qué factores han movido a UCD a promover medidas no sólo impopulares, sino objetivamente contrarias a los intereses que pretende representar, hasta el punto que puede producir graves tensiones en su propio seno?

Si durante el franquismo, la ideología del Movimiento Nacional y los dogmas católicos impregnaban la educación de los niños españoles que tenían la suerte de ocupar una plaza escolar, la democracia ha hecho inviable mantener esa situación. La separación Iglesia-Estado y la adecuación de las instituciones educativas a los principios constitucionales obligan a introducir en la escuela el pluralismo, la libertad religiosa y el respeto a los derechos individuales. Esto supone una grave amenaza al «statu quo» de los centros religiosos y sobre todo al mantenimiento de la concepción educativa basada más en la dogmatismo que en la ciencia.

La Iglesia, en las formaciones sociales del modo de producción feudal, acumulaba cierto número de funciones, en particular funciones culturales y escolares, que pasaron a manos de varios aparatos ideológicos del Estado, como resultado de una violenta lucha de la burguesía contra el antiguo aparato ideológico dominante. Esta retirada de la Iglesia del campo educativo ha sido general en todos los países capitalistas. Sin embargo, en España, la relación Iglesia-Estado no

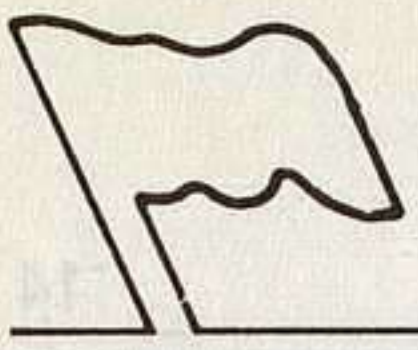
llegó a romperse más que en contados períodos históricos, llegando inalterable hasta el franquismo. Durante la dictadura, la alianza se hizo particularmente estrecha, sobre todo en la enseñanza, que fue utilizada intensamente como instrumento ideológico y doctrinario por las ordenes religiosas.

Con la democracia, el último reducto de poder de la Iglesia es la educación. De ahí su agresividad e intransigencia. Puede aceptar la separación del Estado, la secularización de la vida social, el divorcio, etc., pero no renunciará a la escuela, no puede ceder en educación, porque ha sido y sigue siendo su más importante instrumento de control social y de difusión de su concepción del mundo.

Por eso, las demandas de adecuar el sistema educativo al sistema político, al menos en sus aspectos formales, han sido atacadas, rechazadas airadamente por la Iglesia y los sectores políticos más reaccionarios. La forma que ha adoptado ese ataque ha sido la llamada «guerra escolar», que se sale del marco propiamente escolar, porque es de hecho expresión de una lucha de clases enmascarada, oculta en fraseología que utiliza demagógicamente conceptos como libertad, derechos de los padres o igualdad de oportunidades.

Hay que tener en cuenta que la Iglesia está actuando como el gran aliado de la burguesía, pero que a la vez funciona como freno, incapacitándose a sí misma e incapacitando a la burguesía para realizar los cambios que le son propios y que le permitirán adecuarse a la nueva situación en una posición de fuerza moral y social que ahora no tiene. Este conflicto latente entre Iglesia y burguesía introduce una cierta contradicción en su alianza, que podría ser ensanchada si la izquierda es capaz de establecer con algunos sectores confesionales unas, ucedistas o no, rela-



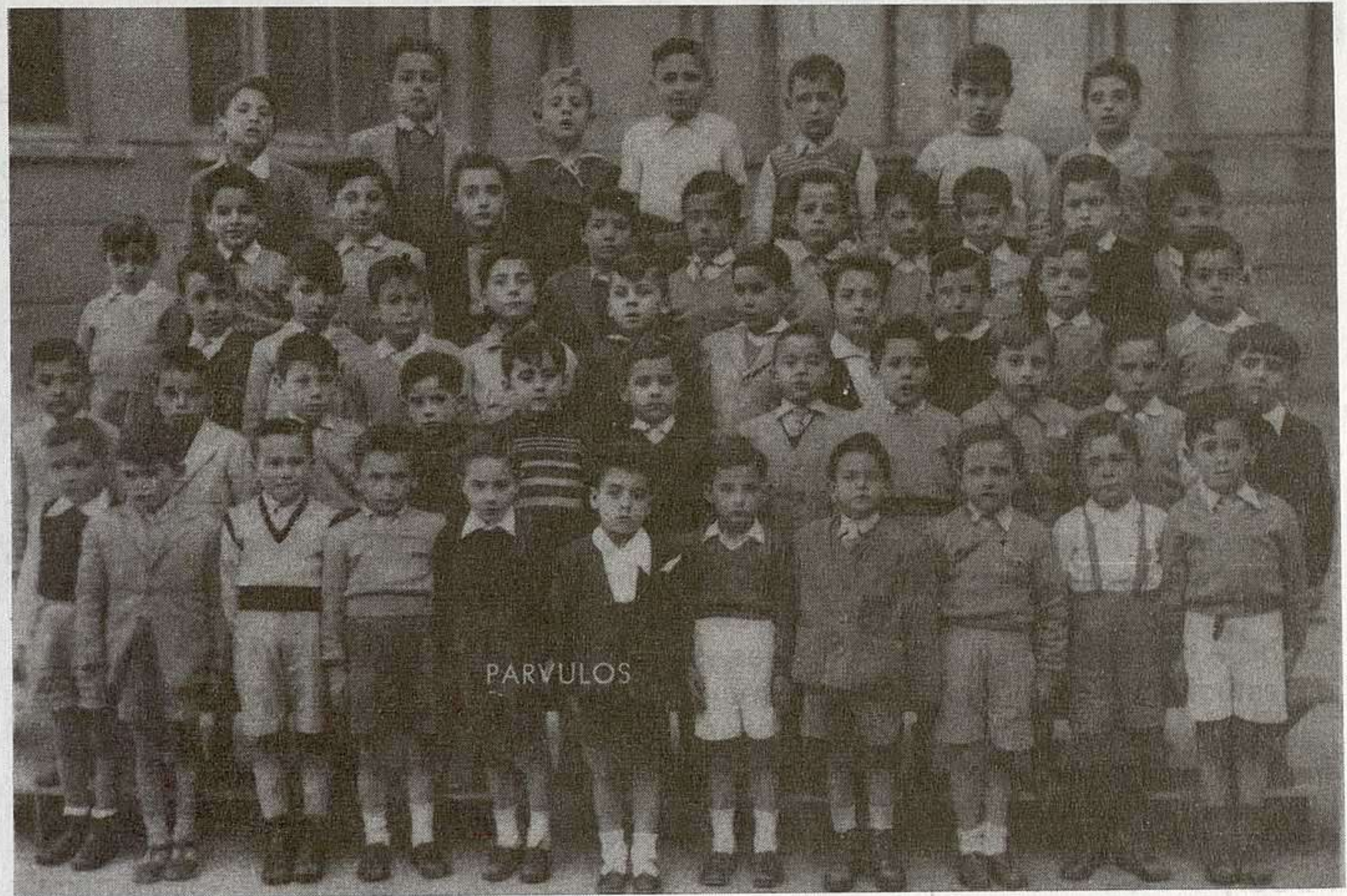


ciones críticas pero también constructivas, intentando llegar a acuerdos en aspectos parciales, ofreciendo soluciones aceptables para ambas partes en algunos terrenos concretos.

## El papel de la ideología

La enseñanza es un campo que se presta como ninguno a la batalla ideológica. Concepciones filosóficas, morales o pedagógicas de muy variado carácter y en muchos casos antagónicas, se ocupan intensamente de dar soluciones a la llamada crisis educativa. En este caldo de cultivo es muy fácil introducir elementos demagógicos, hojarrasca ideológica que, bajo la apariencia de la polémica, oculta intereses e intenciones no expresadas abiertamente. La llamada guerra de religión ha sido una de esas falsas batallas ideológicas, en la que los conceptos carecen de veracidad, porque están sirviendo de disfraz para apuntalar privilegios y no ideas. Utilizando para la galería conceptos tan nobles como la libertad de enseñanza, los derechos de los padres, echando mano de declaraciones internacionales, se ha desarrollado por debajo del iceberg otra batalla, ésta bien real, en la que no se han empleado ideas sino fuerza para imponer una salida unilateral y dogmática a la problemática educativa.

En los periódicos, en las concentraciones de padres católicos, en las declaraciones del Episcopado, se han deformado los términos, se aplicaron clichés, se utilizó el terrorismo verbal para presentar a la Escuela Pública como la antítesis de la educación en libertad y en democracia. Se contrapuso el modelo de Escuela Pública con el tipo de educación que se aplica en Europa, ocultando cuidadosamente que Europa optó hace muchos años por una escuela que coincide mucho más con la propuesta de la izquierda que



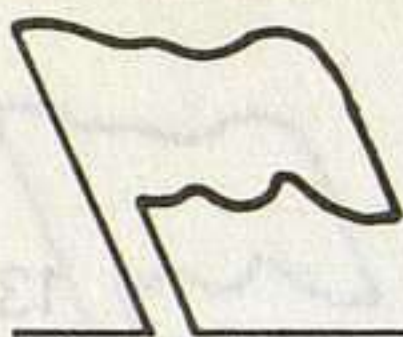
con los planteamientos de la derecha española.

Frente a esta ofensiva falsamente ideológica, es cierto que la izquierda no ha sabido o no ha podido contestar adecuadamente y que gran parte de los objetivos buscados por la Iglesia y la UCD se están cubriendo; sectores amplios de la población han caído en la trampa de esta ceremonia de la confusión, en que las palabras carecen de sentido. La falta de transparencia informativa o de deformación interesada de la prensa española, la inmadurez de muchos padres que carecen de criterios, han facilitado la manipulación de la opinión pública.

Labor urgente de la izquierda es acabar con ese confusionismo, atraer a la mayoría de la población a nuestros planteamientos. Y esta labor debemos hacerla con la lucha ideológica. Nosotros no negamos la lucha ideológica. Al contrario, creemos que es fundamental, pero hay

que conseguir llevarla a sus términos justos, eliminar los elementos demagógicos que la encubren, acabar con las falsas interpretaciones y, sobre todo, cambiar nuestra propia manera de enfrentarnos a la polémica. Si la izquierda actuó a la ofensiva cuando sacó a la luz la alternativa, desde entonces se ha colocado a la defensiva en el terreno de las ideas, basando sus propuestas en la contestación y no en la afirmación. Esto nos ha situado, junto a nuestra debilidad en el campo de los medios de comunicación, en una posición ambigua, cuando no silenciosa. Es cierto que hemos hecho un gran esfuerzo por llegar a la opinión de manera directa, barrio por barrio, escuela por escuela, pero es insuficiente. Tenemos que acabar con la idea extendida de que la izquierda no es sincera, que oculta sus verdaderas intenciones. Tenemos que demostrar que las propuestas totalitarias no son precisamente las nuestras y que





somos nosotros los auténticos defensores de la libertad de enseñanza.

## La posición de la izquierda

El panorama que hemos intentado describir es complejo y difícil. Contiene todos los elementos para pensar que las posibilidades de aplicación de nuestra alternativa están bien lejos de concretarse. Pero no debemos olvidar la otra cara de la moneda. A pesar de las insuficiencias y las debilidades apuntadas, la propuesta de Escuela Pública está calando en amplísimos sectores de la población, las asociaciones de padres de alumnos se desarrollan en todo el país, los profesores y los estudiantes protagonizan luchas muy importantes contra la política de UCD, los Ayuntamientos de izquierda apoyan la propuesta de los vecinos contra la mala gestión del Ministerio de Educación, el PSOE y el PCE mantiene posiciones unitarias muy sólidas en este terreno. UCD podrá aplicar el ideario y la financiación de los centros privados, pero no podrá impedir que padres, profesores y alumnos sigan luchando por la democratización, centro por centro. Esta voluntad popular,

que se manifiesta en los barrios, en las APAS, en los sindicatos, es la prueba palpable que UCD tiene de la incorrección de su política.

Pero las movilizaciones de protesta no bastan. El reto que la construcción de la democracia impone en el terreno educativo supone tener claridad sobre las necesidades del país en la producción, en la formación de hábitos democráticos arraigados, en la elevación cultural de los trabajadores. Las escuelas tendrán que preparar sólidamente a los alumnos para su futura incorporación al trabajo, deberán educarles en los valores democráticos, habrán de suministrarles capacidad para asimilar críticamente todas las manifestaciones culturales y científicas existentes.

Cubrir este ambicioso proyecto educativo exige dar urgente solución a las insuficiencias que hemos heredado. Nuestro trabajo debe tender a que se concreten tres elementos básicos en el sistema educativo. Por un lado, asegurar que todos los niños tienen un puesto escolar gratuito y con una calidad de servicios suficiente. Por otro lado, introducir métodos democráticos en la gestión y dirección de las escuelas y de los órganos de administración educativa a todos los niveles.

En tercer lugar, hay que prestar la máxima atención a la mejora de la calidad, realizar una ofensiva por la renovación pedagógica. Si se consigue cubrir estos tres aspectos, habremos avanzados pasos importantes en el camino hacia la Escuela Pública, porque son de hecho características esenciales de nuestro modelo educativo.

Por último, es importante destacar el carácter unitario que tiene el movimiento popular por la Escuela Pública. La mayoría de la izquierda coincide en este punto en sus programas políticos. Sería de gran importancia plantearse una relación más profunda y estable con otras organizaciones para establecer un método de trabajo común, más eficaz que los contactos esporádicos y coyunturales que hasta ahora se han tenido.

En definitiva, tenemos que darnos cuenta de que la transformación del sistema educativo, la introducción de elementos progresistas capaces de sustituir los objetivos reaccionarios y clasistas que hoy la definen, pasa por cambiar la tradicional concepción del trabajo político en el sector educativo, relacionándolo estrechamente con la estrategia global de la izquierda, situándolo en el terreno de lo político y lo social.



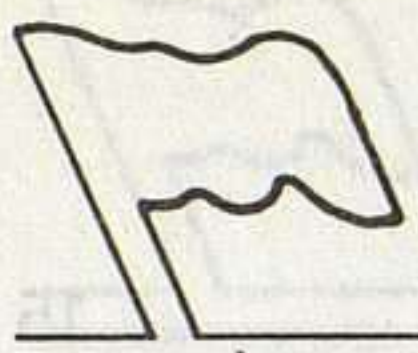


# La política educativa de la UCD

**Eulalia Vintró**

En 1977 el PCE publicó en los Cuadernos Cenit, número 5, el **Anteproyecto de alternativa democrática a la enseñanza**, documento que era, a la vez, fruto de un largo proceso de discusión y de estudio, y propuesta abierta al necesario debate entre todos aquellos que, atraídos por los ideales socialistas, quieren y necesitan cambiar el sistema educativo del Estado Español. En sus líneas generales la **Alternativa** sigue siendo válida y a ella nos remitimos, tanto en lo que tiene de análisis y valoración de la enseñanza y del sistema escolar en nuestro país, como en las iniciativas y tareas urgentes que marca.





Las páginas que siguen aspiran simplemente, a situar los rasgos generales de la política de UCD en materia educativa desde las elecciones generales de junio de 1977. Parece oportuno, sin retrotraernos demasiado en el tiempo, arrancar nuestro análisis hoy de los Pactos de la Moncloa, en octubre de 1977, para calibrar con una cierta perspectiva la situación actual.

Una ojeada al apartado de Política educativa, permite comprobar que en aquella ocasión se forzó al Gobierno a adoptar una política basada en dos ejes, la democratización y la gratuidad progresiva con un programa de construcciones escolares que superaba ampliamente el millón de puestos escolares en dos años. Sin pormenorizar ahora el resultado de dicho programa y el ritmo de ejecución, es evidente, que en 1978 y 1979 el índice de construcciones ha sido muy elevado y que la escuela estatal ha crecido en cifras absolutas y relativas.

Si la política de construcciones ha sido una consecuencia importante de aquellos acuerdos, en el otro eje, el de la democratización, la anterior legislatura no sólo no dio un solo paso adelante, sino que la mayoría mecánica de UCD y AP yuguló todas las iniciativas que comunistas y socialistas presentamos al respecto. No prosperaron nuestros proyectos de ley sobre centros, profesorado, patronato de escuelas integradas, consejos escolares, etc. Por otro lado, la UCD demoró hasta mayo de 1978 sus proyectos de ley sobre el Estatuto de Centros y de Financiación de la enseñanza obligatoria, y no agilizó los trámites parlamentarios, de modo que se llegó a la disolución de las Cortes en diciembre de 1978 sin que se hubiese iniciado su debate.

Al propio tiempo los problemas subsistían y se agudizaban: escasez de recursos; elevado número de alumnos por aula; mantenimiento de las subvenciones a la privada sin controles fiables; traslados

masivos, y en muchos casos forzados, de los enseñantes con las inevitables secuelas de demora en la incorporación a la escuela, de inexistencia de trabajo continuado en equipo, de desarraigo entre el profesor y el medio social, etc.; insuficiencia en las dotaciones de profesorado y muy especialmente en sustituciones; retribuciones salariales bajas y con agravio comparativo respecto a otros cuerpos y escalas de funcionarios. Y no seguimos por no hacer inacabable el listado de temas concretos y conflictivos.

Cabría decir, en síntesis, que ninguno de los problemas denunciados por los distintos sectores de la enseñanza desde la Ley General de Educación, en 1970, fue abordado con seriedad, rigor y profundidad por los responsables del MEC y que las diversas conversaciones-negociaciones entre los representantes de los trabajadores de la enseñanza y el propio Ministerio, obtenidas, generalmente, después de huelgas y movilizaciones, no suponían, en el mejor de los casos, más que un parche o un pequeño retoque a temas de máxima envergadura y que, para colmo, superado el conflicto, los acuerdos quedaban marginados o adulterados. Un ejemplo claro sería el tema del proyecto de ley sobre dedicación exclusiva para los profesores de EGB, tema aún hoy por resolver.

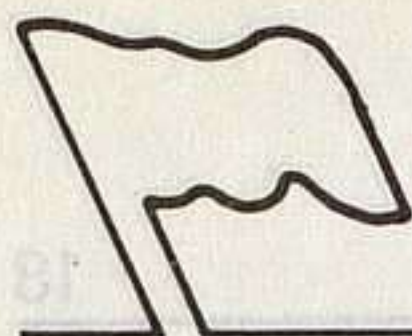
En este apretado repaso histórico, no podemos olvidar la promulgación de la Constitución y el conflictivo acuerdo a que se llegó en el artículo 27, cuya formulación final, si bien no respondía plenamente a nuestro planteamiento inicial, sí representaba un avance objetivo, una redacción abierta a desarrollos posteriores en un Parlamento con mayoría de izquierdas y unas garantías constitucionales en cuanto al control y a la participación de los sectores afectados en la planificación de la enseñanza y en las subvenciones económicas a la privada.

En esta etapa también ha tenido lugar la constitución de las Comunidades Autónomas, de los Entes Preautonómicos y la aprobación de los Estatutos de Autonomía de Euzkadi, Cataluña y, en parte, de Galicia. Sin embargo, aquí deberíamos destacar la cerrada oposición de UCD a aceptar formulaciones claras y contundentes en cuanto a las competencias de las Comunidades Autónomas en materia de educación y, lo que es más grave, el sistemático retraso en el traspaso de competencias en este campo.

Podríamos, pues, resumir la etapa junio-1977 a marzo-1979 como una fase presidida por una notable política de construcciones, fruto de los Pactos de la Moncloa, por una formulación aceptable del tema educativo en la Constitución, pero, como contrapartida, por una agudización de la problemática del sector a consecuencia de no iniciarse una revisión a fondo de la Ley General de Educación y de impedir la iniciativa legislativa de los grupos parlamentarios de izquierdas. Con ello se obstaculizaba gravemente el proceso marcado por nuestro Partido de avanzar legalmente hacia la nueva escuela pública, tan lejana de la actual escuela estatal como de la privada, a pesar de que en la práctica se han conseguido progresos, fundamentalmente en la democratización de los centros estatales, en la constitución de las Asociaciones de Padres, en su vinculación con la vida normal de los centros, etc.

A esta política de UCD en la primera legislatura no es ajena la persona del anterior Ministerio de Educación y Ciencia, Iñigo Cavero, representante del sector demócrata-cristiano más derechista, íntimamente ligado a la jerarquía eclesiástica y al Vaticano, a la Editorial Católica, en definitiva al sector que ya desde la dictadura venía controlando el MEC. No podemos, pues, olvidar qué intereses defendía y defiende ideológica y econó-





micamente este Ministerio y cómo la UCD en la nueva fase democrática ha mantenido sus ligámenes y sus intereses de clase, recurriendo para ello al viejo aforismo del «divide y vencerás», a base de enfrentar los diversos colectivos de profesores, privada contra estatal, cuerpos de funcionarios contra interinos y contratados, funcionarios entre sí, etc.

En efecto, Cavero pasa a Justicia después de las elecciones de marzo-1979 y Educación queda en manos del oscuro Ministro de la Presidencia, señor Otero, cuyos conocimientos en educación no parecían muy notables, pero que respondía a la necesidad de última hora de cubrir un Ministerio muy conflictivo con una persona de la mayor confianza de Suárez, una vez que otros demócrata-cristianos, como Alzaga, rechazaran por disensiones internas de UCD aceptar el cargo. Podía parecer, de entrada, que la Iglesia había perdido su preeminencia en este gabinete, que un técnico, Otero es abogado del Estado, iba a llevar con criterios de eficacia un Departamento caótico y que desde el Ministerio de Hacienda ha recibido y recibe muchas críticas por su mal y oscuro funcionamiento. Poco tiempo bastó para descubrir que nada había cambiado y que el señor Otero iba a revelarse como el paladín de la defensa de la enseñanza privada, es decir de la religiosa fundamentalmente, marginada y maltratada, en palabras del propio Ministro a la revista **Interviú**, por su Departamento.

Pasados los primeros días de vacilación, el Gobierno, el nuevo Ministro deciden no replantear a fondo a la educación y se limitan a representar los dos proyectos de ley del anterior gabinete, realizados, y ello es importante, al margen de la Constitución. Con estos dos proyectos, los únicos realmente dignos de consideración, si dejamos de lado la Ley de Autonomía Universitaria que compete al

Ministerio de Universidades e Investigación, se iba a iniciar el desarrollo de la Constitución, si bien, insistimos, con formulaciones ajenas a la misma, desde una óptica muy derechista y con graves consecuencias jurídico-constitucionales. Para salvar estas contradicciones, en especial las que derivan de su condición de Ley orgánica y la inevitable colisión con los Estatutos de Autonomía ya aprobados, UCD ha inaugurado un nuevo procedimiento, enmendar sus propios proyectos y evitar así que el resto de los grupos parlamentarios puedan reaccionar a tiempo con sus enmiendas a las nuevas formulaciones. No se trata aquí de analizar pormenorizadamente estos proyectos, ni las minucias y argucias del debate en ponencia, sino de señalar a qué política de fondo obedecen y qué objetivos se proponen.

En coherencia, y ello es igualmente importante, con el Plan Económico del Gobierno (de Educación sólo se habla en un párrafo para destacar la trascendencia de la Formación Profesional, que curiosamente el Ministerio de Educación piensa modificar para equipararla al Bachillerato en una nueva ley no escrita de Enseñanzas Medias), UCD se encamina decididamente por la privatización del sector público en áreas fundamentales de servicios, como la enseñanza y la sanidad, por no hablar de otros aspectos del PEG ya analizados por el Partido en su momento. Bajo el falso espejismo de la libertad de enseñanza, del derecho de opción de los padres, de los Convenios y los Pactos internacionales, se está echando una cortina de humo para ocultar cuál es la realidad educativa de nuestro país, en absoluto paralelizable a otros del Mercado Común, cuáles son las prioridades reales, cuál ha de ser la vía de una auténtica igualdad de oportunidades, una extensión de la enseñanza obligatoria en condiciones de calidad a todos los niños en

edad escolar, el mecanismo de ampliar las etapas obligatorias, etc.

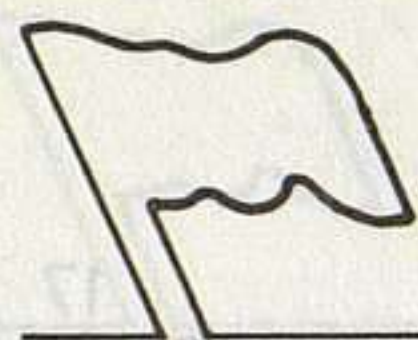
Por ello los comunistas no podemos aceptar los términos falseados en que se plantea el tema y reafirmamos nuestra política de escuela pública.

## **Alternativa a la enseñanza**

El modelo escolar que se nos quiere imponer presenta las siguientes características:

1. Reforzamiento de la enseñanza privada, bajo el prisma de la economía de mercado traducida a la libertad de la empresa educativa, única garantía de la libertad de opción. Para ello, ayudas sin contrapartida a las construcciones privadas y el cheque escolar.
2. Establecimiento de ideario como vía de garantía del control ideológico, del papel reproductor de la escuela, de la marginación de profesores, padres y alumnos en el proceso educativo, de la división en compartimentos estancos de la sociedad.
3. Impulso a la jerarquización y poder sin control de los órganos directivos, reduciendo a meras consultas no vinculantes el papel de los órganos colegiados.
4. Inexistencia de compromisos firmes para ampliar el período obligatorio de escolarización en preescolar, y casi nulas referencias a la etapa de guarderías.
5. Reconocimiento **de facto** del papel subsidiario del Estado en el área educativa, para ello reducción en un 25 por 100 de las inversiones para construcciones escolares (Presupuesto de 1980) y aumento de subvenciones a la privada, que en la última convocatoria se pueden extender a centros que no las hubiesen tenido nunca.





6. Ningún planteamiento encaminado a mejorar las condiciones económicas del profesorado ni las pedagógicas del conjunto del sistema educativo.

7. Preeminencia de la Iglesia Católica en el aspecto confesional: acuerdos con la Santa Sede, mantenimiento de la Religión como materia obligatoria y evaluable, sustituible sólo en teoría por una extraña «Ética y Moral».

Se trata, en suma, de degradar la red estatal de enseñanza y de consolidar la privada con los recursos públicos, haciendo más difícil la consecuencia de una red única fundamental de carácter público, gratuito, democrático y en buenas condiciones de calidad.

Hasta aquí, en apretada síntesis, se reflejan los principales argumentos expuestos en el marco de las Jornadas de Enseñanza del PCE, celebradas en enero de 1980. A finales de abril, pasados cuatro meses y aprobado en el Pleno del Congreso el controvertido Estatuto de Centros de Escolares, procede aportar alguna nueva reflexión.

En primer lugar, se han ratificado todos y cada uno de los puntos con que definíamos el modelo escolar de UCD y, más grave aún, la vía de imposición mecánica que han utilizado. A pesar de la amplia y extensa campaña de explicación y movilización impulsada por socialistas y comunistas en torno a dicho Estatuto, a pesar de las innumerables declaraciones de Ayuntamientos, claustros de profesores, asociaciones de padres, organizaciones sindicales, coordinadoras estudiantiles, etc., a pesar de las concentraciones y manifestaciones de protesta contra esta ley, UCD aliada a CD, PNV y MCatalana y algunos diputados del grupo mixto, Aizpun y de las Roces, no aceptó ni una sola enmienda, ni una sola objeción sustancial de la izquierda y fue aprobando uno a uno todos los artículos de la ley. Bien es verdad que la tensión acumu-



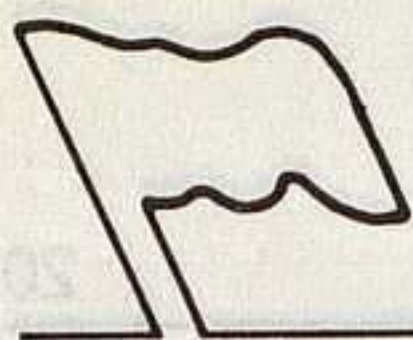
lada en dos largas semanas de debate parlamentario en el pleno y de protestas populares hizo mella en el sector socialdemócrata de UCD y obligó al multifacético señor Abril a subir a la tribuna para comprometer al gobierno en una política de prioridades para la enseñanza pública, condición impuesta por los socialdemócratas para votar el Estatuto. No debe olvidarse que la crisis de gobierno de UCD, iniciada en el referendum andaluz y culminada en las elecciones vasca y catalana, tiene un episodio relevante en el debate de la ley de Centros.

Hasta tal punto ello es así que la Comisión de Educación no ha iniciado aún el estudio y discusión del otro gran proyecto educativo, íntimamente ligado al anterior y sin el cual de poco vale; nos referimos a la Ley de Financiación de la Enseñanza Obligatoria, que desde septiembre de 1979 está aquejada de parálisis parlamentaria. El Gobierno, el Ministro de Educa-

ción, tan interesados en este segundo Proyecto, panacea, según afirman, de nuestro maltrecho sistema escolar nada dicen sobre este retraso, imputable por vía de hipótesis a su temor de provocar un nuevo choque frontal dentro y fuera de la Cámara con la oposición, cuando aún se están lamiendo las heridas del primer enfrentamiento, a su incapacidad financiera para ejecutarlo, a la inmediata remodelación del Gobierno, a la imposibilidad de cumplir las promesas hechas en su día a los socialdemócratas, a la dificultad de rehacer una mayoría mecánica como en el Estatuto (ya que la Minoría Catalana, por esta vez, se ha descolgado de UCD y ha presentado enmienda a la totalidad), a... cualquier otro pretexto, del que no es ajena la indefinición del propio Gobierno en dicho proyecto.

En resumen, UCD ha paralizado el desarrollo de sus proyectos legislativos, pasado el trauma del Estatuto: ni la Financiación sigue su curso reglamentario ni han entrado en la Cámara ninguno de los temas anunciados (Reforma de la Enseñanza Media, Estatuto del Profesorado, Escuelas de Formación del Profesorado, Plan de escolarización antes de los seis años, etc.). El Ministerio sigue gobernando por decreto y orden ministerial a resultados de las presiones que ejercen los distintos sectores sociales afectados y no acomete con seriedad y profundidad la revisión de la LGE en consonancia con el actual ordenamiento jurídico. El desarrollo reglamentario del Estatuto, que concede posibilidades infinitas a la Administración, puede representar una nueva vía de conflictos y constituye, sin lugar a dudas, una seria amenaza para el funcionamiento del sistema educativo. De las CAAA con potestad reglamentaria, de las organizaciones sindicales con capacidad de negociación y de las Asociaciones de padres con voluntad de intervención depende el resultado.





# Enseñanza: ofensiva ideológica de la derecha. ¿Sólo ideológica?

**Eulalia Vintró y Luis Gómez Llorente debatieron extensamente los problemas actuales de la enseñanza en una mesa redonda organizada por NUESTRA BANDERA.**

**Manuel Azcárate, que estaba presente, también intervino. La coordinación y organización de la mesa corrió a cargo de Paloma Portela, que orienta el debate y hace las preguntas.**

## La «doctrina escolar» de la derecha

**Nuestra Bandera.**—Mientras que la izquierda tiene ya una alternativa educativa elaborada ya hace bastantes años y que sirvió de base teórica para las movilizaciones durante el último período franquista, la derecha social no había expresado,

*de forma articulada y globalizada, sus principios en torno a la educación, limitándose a justificar por la fuerza de los hechos sus planteamientos doctrinales. A partir de la democratización del país surgen las primeras declaraciones programáticas de algunos sectores representativos de la derecha (la CECE, padre Martínez Fuertes, la Confederación Católica de Padres) más bien deshilvanadas y coyunturales. Un elemento que define esta derecha educativa es su carácter de respuesta a los planteamientos de la izquierda, fundamentalmente a la alternativa de escuela pública.. Sin embargo, a raíz de la elaboración de la Constitución y su posterior desarrollo legislativo, se va formulando cada vez con más precisión y articulación lo que podríamos llamar doctrina escolar de la derecha, a la vez que van tomando protagonismo de su defensa instituciones y personas de mayor relevancia política que en el período de transición, fundamentalmente el Episcopado y la propia UCD. El debate sobre el Estatuto*

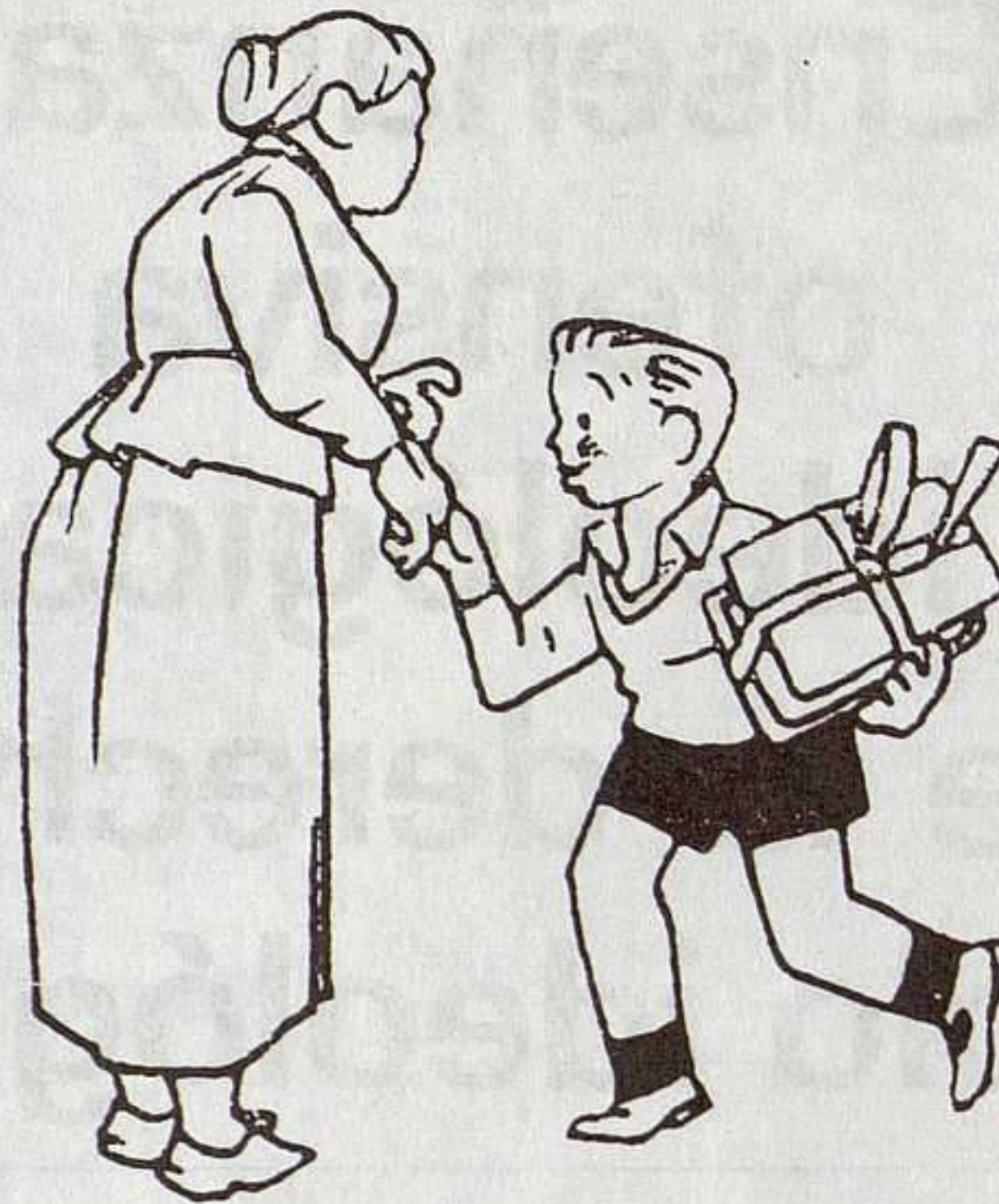
*de Centros Escolares ha servido como soporte para la expresión pública del pensamiento educativo de la derecha de una manera global. Al hilo de estas reflexiones, nuestra pregunta sería: ¿Cuáles pueden ser las razones que justificaban el silencio ideológico de la derecha en la cuestión educativa durante los diez últimos años del franquismo?; ¿en qué medida la alternativa de la escuela pública fue el detonante para romper este silencio?; y, a vuestro juicio, ¿cuáles serían los elementos que definen el modelo educativo de la derecha y por qué han elegido precisamente ese modelo y no otro?*

**Luis Gómez Llorente.**—En cuanto a la primera cuestión, yo tendría que hacer un reparo a la exactitud de la pregunta, pues unos diez años antes de la muerte del general Franco, la derecha empezó ya a desarrollar los fundamentos del mismo modelo que ahora ha conseguido imponer por la mecánica de los votos del Parlamento y, bastante antes de que apare-



ciase en escena el Padre Martínez Fuertes, ya había una campaña bastante estructurada, fundamentalmente en el diario «YA» y otras publicaciones. Recuerdo, por ejemplo, los artículos del Padre Lumbreras, que tenían la misma trama de toda la campaña actual de la derecha. Y remontándome un poco más atrás, yo creo que esta polémica se inició en España con la Universidad de Pamplona, allá por los años cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, etc. Hubo una polémica dura en la Universidad. Nosotros, siendo estudiantes, articulamos una contestación fuerte a los primeros pasos que dio la Iglesia en esta dirección, recuerdo, por ejemplo, los conflictos cuando se trató de ampliar el valor de la titulación del ICAI, de los jesuitas, y luego cuando comenzaron las donaciones de carácter público de la Universidad de la Iglesia. Quizá desde la guerra civil ése fue el primer conflicto importante que hizo suscitar ya los fundamentos ideológicos de en qué consistía la libertad de enseñanza, etc.

Entonces no se planteaba el problema a los niveles de enseñanza primaria y media, que se sitúan ahora como centro de la cuestión, y aparece ahora como una rama el problema universitario cuando la primera manifestación fue de carácter universitario. ¿Por qué entonces se produce ese cambio? El cambio se produce, desde mi punto de vista, porque entonces las condiciones económicas del país — estamos refiriéndonos a finales de los años cincuenta y comienzos de la década de los años sesenta — hacían todavía soportable para los clientes de los centros educativos de la Iglesia el pago de los servicios. Entonces no existía la necesidad imperativa que tienen hoy de que lo financie el Estado, la oferta que ellos podían hacer era perfectamente absorbible por la demanda de las clases medias e inclusive esas clases medias podían sufragar el servicio. Esto, naturalmente, estaba en rela-



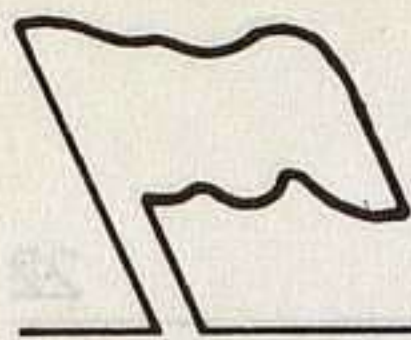
*debes dar gracias  
cuando te hacen  
un obsequio*

ción con una superexplotación de los profesores, salarios ridículos de los profesores y también con la calidad del servicio. El servicio era cualitativamente infame, la tecnocratización de los servicios era todavía muy baja, lo que permitía unos escolares muy mal preparados. Los veinte años que nos separan de aquellos momentos han sido años en que las luchas laborales han encarecido la mano de obra en la enseñanza; en que los niveles científicos, aunque estén muy lejos de donde debían de estar, indudablemente han avanzado muchísimo; la competitividad se ha agudizado, entonces, la calidad

del servicio, aunque esté todavía muy baja, ha ido subiendo y todo eso ha hecho mucho más elevado los costos de la enseñanza. Por otro lado, el deterioro económico de las clases medias ha sido notable, su poder adquisitivo ha descendido, se han empobrecido y cada vez les ha sido más costoso el mantenimiento de la educación de sus hijos.

Han convergido estos dos factores: el encarecimiento y la decadencia del poder adquisitivo. En este cuadro de condiciones objetivas, la supervivencia de la enseñanza privada se hacía cada vez más difícil. A su vez, esto hay que relacionarlo con un cambio en la actitud del Estado. En la política económica del franquismo, referida al plano de la enseñanza, hay que distinguir por lo menos dos grandes etapas: el franquismo de los años cuarenta y cincuenta hace mínimas inversiones en la enseñanza, en los años cuarenta se cierran institutos que se habían abierto en la época de la República y el crecimiento de los cuadros de Magisterio ni siquiera es proporcional al crecimiento vegetativo, hay menos maestros hacia el año cuarenta y ocho que hacia el treinta y uno, en proporción al crecimiento vegetativo del país. No digamos el descuido de los centros tecnológicos y de las facultades universitarias. ¿Por qué? Porque realmente la economía del país no requería mayores niveles ni mayor número de técnicos, estaba absolutamente congelada. Cuando viene el desarrollo, requiere un volumen de cuadros medios y de técnicos y una subida de la calidad general del producto que sale de las aulas, y entonces el Estado vuelve a reaccionar como en la Ilustración, vuelve a descubrir que es necesario que él satisfaga un servicio a cargo del presupuesto nacional, del que se van a beneficiar naturalmente las empresas privadas. En los años setenta empieza otra política de educación, que en el plano ideológico sigue siendo la misma que



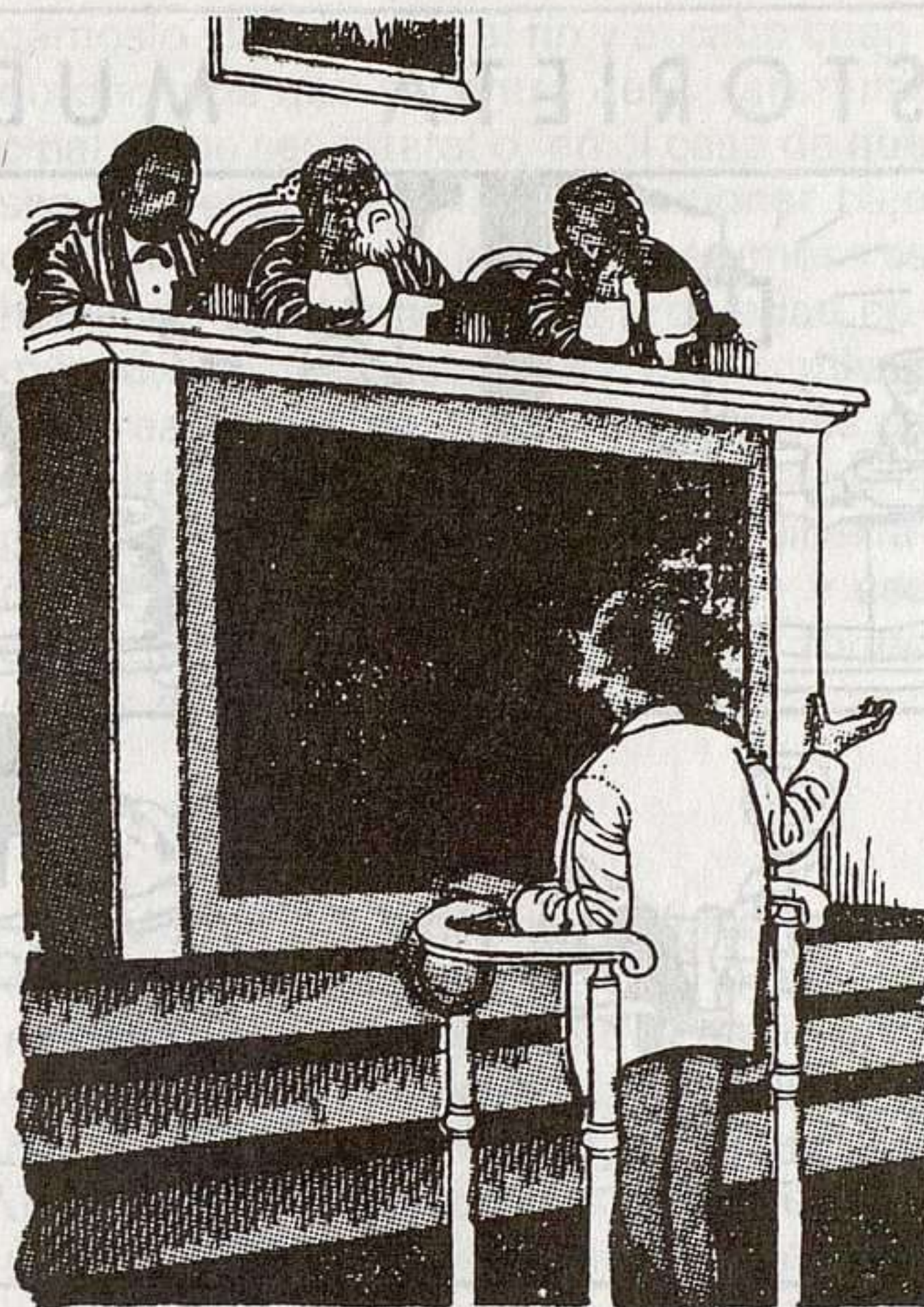


en los veinte años anteriores, del año cuarenta al sesenta, pero que a nivel de inversiones es completamente diferente. La ley Villar Palasí no surge de la noche a la mañana, sino que es la culminación de unos años en los que el Estado ha cambiado de actitud.

Durante los primeros veinte años del franquismo, de una forma deliberada, el Estado no hace nada o casi nada para facilitar incluso el desarrollo de la enseñanza privada. Eso es lo que cambia en los últimos veinte años del franquismo, del año sesenta hasta el final. Al crear el Estado muchos centros, que no podían por menos que ser semigratuitos, por toda la tradición que viene desde la época liberal, surge un factor de competición, que es un elemento que hay que añadir al cuadro que veníamos diciendo. A la subida de costos, a la decadencia de poder adquisitivo de las capas medias, se agrega, por lo que acabamos de decir, el factor competición, y entonces vienen las exigencias de un sector que se va asfixiando.

Lo que ocurre es que bajo el régimen de Franco no consiguieron jamás lo que están consiguiendo con Adolfo Suárez, porque el régimen del general Franco tenía cierta fortaleza dentro del sistema, y los ministros de Educación fueron dando con cuentagotas a los curas. Incluso el propio Villar y otros ministros muy de derechas fueron dando con cuentagotas. En el momento en que se aprueba la ley Villar —año sesenta— se prevén diez años para la aplicación de las subvenciones, y en un momento de auge económico. Entonces, ¿qué pasa ahora?, que estamos ante un Gobierno muy débil y un Gobierno muy débil es un Gobierno muy peligroso.

¿En qué medida la alternativa de la *escuela pública* fue un detonante para romper ese silencio? Evidentemente, fue el detonante cuando se hizo la alternativa de la *escuela pública* —que surge a la vez del Colegio de Licenciados y de Rosa Sen-



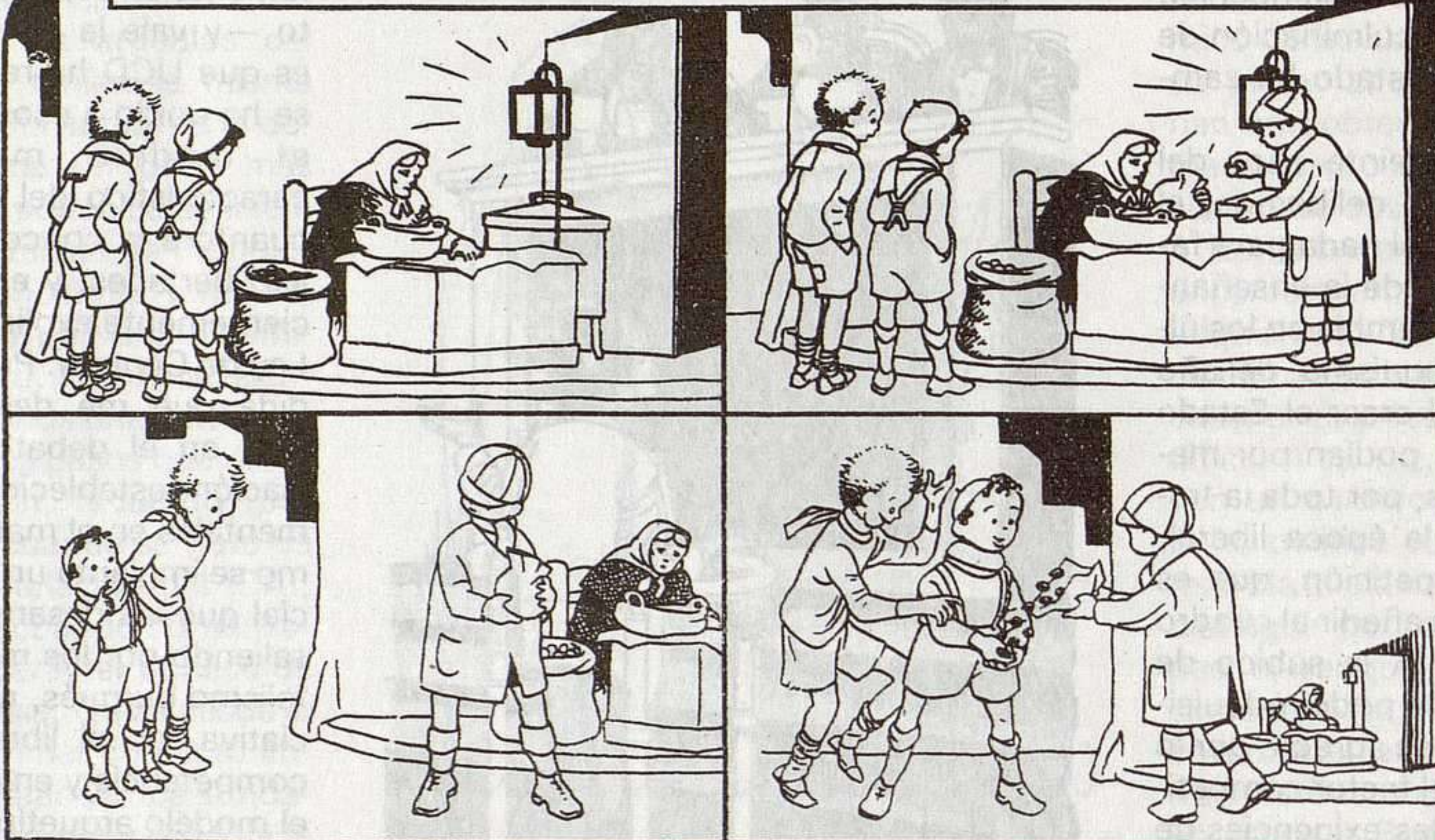
sant, en Cataluña— se preocuparon muchísimo y se dieron cuenta de que en aquellos momentos no éramos peligrosos, pero sí supieron ver que lo que tenía de peligrosísimo es que aquello lo estábamos haciendo socialistas y comunistas en la Junta del Colegio de Doctores y Licenciados y que ese sería el enfoque ideológico de las grandes fuerzas de izquierda. Y no es ninguna casualidad que en este campo de la enseñanza vayan muy próximas las fuerzas de izquierda en estos planteamientos. La raíz está en los planteamientos que se elaboraron conjuntamente en plataformas como el Colegio de Doctores y Licenciados de Madrid. Eso les produjo alarma y a partir de ese momento empezaron a desencadenar y a desarrollar una contracampaña por su parte.

Y, por último, hay otra pregunta:

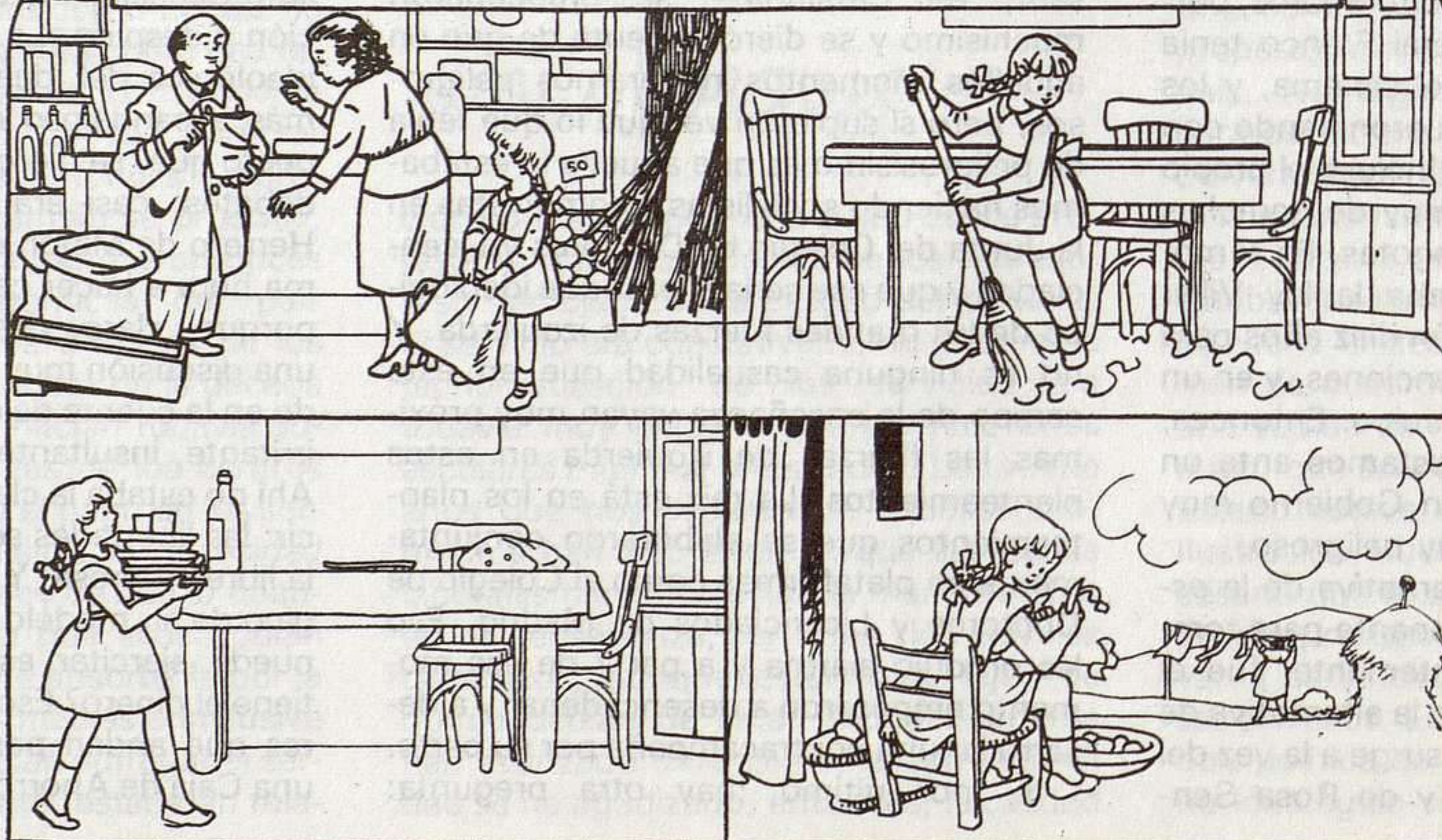
¿cuáles son los elementos que definen el modelo educativo de la derecha? Una de las cosas que se han podido ver muy claramente en estos debates en el Parlamento —y vale la pena estudiar los textos— es que UCD ha respondido —y la Iglesia se ha unido a esos planteamientos— con el modelo más profundamente característico del liberalismo burgués en cuanto a la concepción del desarrollo de las libertades, y eso no ha quedado suficientemente explicitado en el debate de la Ley de Centros. Personalmente, en la medida que me dejen, pienso explicitarlo más en el debate de la Ley de Financiación: establecidas las libertades fundamentales en el marco constitucional, ¿cómo se implanta un sistema económico social que las desarrolle? La Iglesia y UCD, saliendo por los moldes clásicos del capitalismo burgués, nos dicen: en la libre iniciativa, en el libre mercado, en la libre competencia y en la libre contratación. Es el modelo arquetípico. ¿Cuál es la sustancia ideológica de la Ley de Centros que se trata de potenciar con la Ley de Financiación?, la libre creación de centros, la libre dirección de centros, libre contratación y despido. Lo de menos es la guinda ideológica del ideario, ése es el aspecto más escandaloso de la cuestión, un aspecto que, se dieron cuenta al final de los debates, casi era superfluo, y el señor Herrero de Miñón estaba dispuesto a última hora a hacer cambios terminológicos, porque, claro, después llevar meses en una discusión muy dura, acabaron cayendo en la cuenta de que eso era una guinda irritante, insultante para el resto del país. Ahí no estaba la clave, la clave está en decir: las libertades se potencian a través de la libre empresa. Y ése es el fondo ideológico de su modelo. Porque, claro, ¿quién puede ejercitar esas libertades?, ¿quién tiene el dinero? Eso es obvio. Los profesores que andan por ahí sueltos, si van a una Caja de Ahorros a pedir unos millones



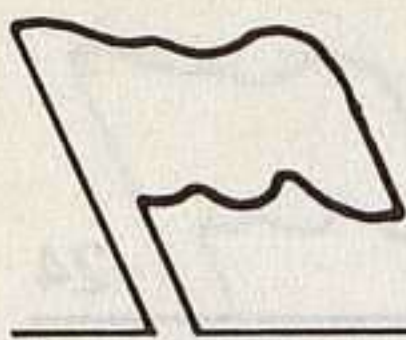
## HISTORIETA MUDA



## HISTORIETA MUDA







de crédito para montar un colegio los mandan a paseo, pero cuando va el padre general de los jesuitas, entre otras cosas tiene ya un capital para responder colosal y fabuloso, puede jugar mercantilmente con sus edificios en el centro de la ciudad, puede todavía, inclusive, salirle gratis y hacer un gran negocio trasladando el colegio. Y, derivado de eso, ¿quién puede ejercer la libre contratación? Es sarcástico, parece mentira pero tenemos que volver a decir como los fundadores del movimiento obrero, porque nuestras grandes verdades siguen siendo verdades, tenemos que volver a replicar como en la época de la I.<sup>a</sup> Internacional: ¿qué libertad tiene un pobre profesor parado para aceptar, como ellos dicen, espontáneamente, el ideario de un centro donde le ofrecen trabajo? Todos conocemos profesores que, en absoluta discrepancia, están coaccionados por el estómago. Naturalmente es cosa muy humana, y aceptan un puesto de trabajo donde se lo echen y en las condiciones que le digan. Y tenemos que soportar que el señor Herrero de Miñón y otros elementos reaccionarios como él nos digan que el profesor que trabaja en un centro ha elegido libremente un ideario.

En eso consiste el modelo y nuestra réplica es también clarísima —y no hay que engañar a nadie—, es la réplica clásica del pensamiento obrero: las libertades individuales no se potencian a través de la libre iniciativa, la libre empresa, etc., que sólo pueden utilizar con eficacia quienes tienen en su mano el capital o el crédito, sino a través de la potenciación de soluciones colectivas, es decir, la libertad ejercida colectivamente. De ahí que nuestra réplica a la libre creación de centros y a la libre dirección de centros sea el protagonismo de la comunidad escolar —lo llamemos escuela pública, lo llamemos escuela comunitaria, lo llamemos bajo distintos nombres—, porque a través de

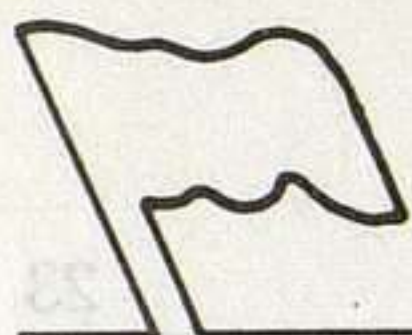
esos canales de propiedad colectiva, digámoslo claramente, al fin y al cabo cuando decimos que el centro debe ser municipal, debe ser estatal o, en el caso de que sea subvencionado, debe funcionar bajo control colectivo, lo que estamos es hablando en el fondo de la propiedad común de los medios que se van a utilizar para realizar un servicio, y es a través de esa plataforma como la inmensa mayoría puede ejercer auténticamente las libertades. Ese es nuestro contramodelo y eso es lo que ha estado latiendo en el fondo de los debates.

**E. Vintro.** — El análisis histórico me parece absolutamente exacto. Pero yo matizaría la afirmación de que están consiguiendo bajo Suárez cosas que no habían conseguido nunca, porque hubo una dejación de responsabilidades por parte del Estado por considerar, desde el punto de vista económico e ideológico que no era necesario, y que más bien era necesario que no hubiera una población culta, letrada, alfabetizada simplemente. Entonces dejaron esto en manos de la Iglesia que, por otro lado, había sido un soporte ideológico perfecto para convertir la sublevación militar en una cruzada. Y ese cambio, el cierre de escuelas públicas, de institutos en los primeros años y la apertura de centros elitistas, que además no tenían que pagar tributos, dio lugar a una situación especialmente privilegiada. Esta situación empieza a cambiar cuando, por la necesidad de mayor instrucción en la población, producto del desarrollismo, se hace la ley de Educación que tuvo, efectivamente, una virtud —aunque no se llegó a ejecutar—, la de poner condiciones mínimas, tanto desde el punto de vista de estructuras de los edificios, como en las titulaciones. Y ahí hay una de las primeras ofensivas serias de la Iglesia. Lo

que pasa es que en aquella época no se notó porque no había necesidad de discutirlo en un Parlamento absolutamente ineficaz, no había necesidad de ampararse en manifestaciones —una cosa que sólo organizaba la izquierda cuando podía—. Lo que sí había eran las conversaciones en las altas instancias, la Conferencia Episcopal, el Cardenal Primado, el Nuncio, con el ministro de turno que siempre era, curiosamente, procedente del mismo sector ideológico; ésta es también una constante de la educación bajo el franquismo.

Y yo recuerdo, porque eran mis primeros años de profesora, los finales de los años sesenta, que los artículos de los conciertos de la ley General de Educación erizaron los pelos de los grandes colegios religiosos, y llegaron a organizar una especie de reuniones para hacer frente al artículo de los conciertos, porque lo veían como una amenaza a la posibilidad de incautación por parte del Estado. Volvían a salir los fantasmas de la desamortización de Mendizábal, es decir, volvía a salir toda la polémica histórica. Esta fue una polémica que no trascendió, muy poco conocida porque se fue resolviendo con el cambio de Villar Palasí, con la no aprobación de la financiación al aprobarse la ley y —tampoco hay que olvidarlo— por las distintas órdenes y decretos de los Martínez Esteruelas, Julito Rodríguez, etc., que fueron desvirtuando absolutamente lo que podía tener de perfeccionamiento del sistema educativo en la segunda parte del franquismo. Hubo, pues, una reacción por parte de la Iglesia, pero fue una reacción que podían negociar tranquilamente, que fueron negociando conservando todos sus privilegios, acomodándose a esa necesidad de titulaciones. Las mismas congregaciones no tenían ningún inconveniente en mandar a los religiosos y religiosas a las facultades, incluso había órdenes religiosas que no deja-





ban entrar a formar parte de dicha orden si no se tenía un título universitario, adelantándose de alguna manera a lo que serían las exigencias.

Por lo tanto, hubo una contestación que se hizo, efectivamente, pública a partir del riesgo de no tener que negociar con el Gobierno, al ver que había unas fuerzas unidas en la oposición que eran socialistas y comunistas y demás sectores progresistas independientes, sectores de Iglesia progresistas —también hay que citarlos—, que ya no estaban de acuerdo con ese modelo, y entonces ya se entraba en una confrontación ideológica que la alternativa permitió divulgar. Ahí es cuando se han recuperado todos esos elementos —que tampoco se los inventaron de nuevo, que no es que no los hubieran asumido durante todos estos años, pero no tenían necesidad, desde mi punto de vista, de sacarlos a la luz—. Ahora, cuando se les hace la crítica de que durante todos estos años no habían dicho nada, contestan: «no, no, pero si tenemos documentos de la Conferencia Episcopal del sesenta y ocho, o documentos de la agrupación de enseñanza de lo que sea, en los que ya decíamos exactamente lo mismo que decimos ahora», ese modelo que, efectivamente, les ha venido como anillo al dedo. Y yo no sé si han sido los de UCD o ha sido la Iglesia, es difícil atribuirle una paternidad a la simbiosis y que no me atrevería a afirmar que sea UCD la que lo ha preconizado y la Iglesia se ha sumado.

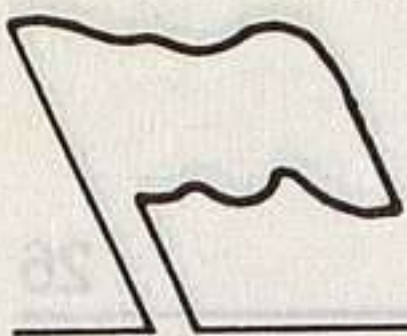
**L. Gómez Llorente.** — Me refería a los últimos meses, en el debate, cuando UCD ha tenido el apoyo, el aval al Estatuto de Centros muy descaradamente desde los órganos de la Iglesia. Ahora bien, los planteamientos de fondo, tienes mucha razón al decir que provenían de los sectores clericales y que UCD se ha limitado a asumir sus planteamientos. Estamos de acuerdo.

## La Iglesia o la UCD

**Nuestra Bandera.** — *Habéis hablado de la relación Iglesia-UCD, y la segunda pregunta iba por ahí, porque queríamos plantear precisamente esto: una de las manifestaciones más llamativas de la llamada «guerra escolar» ha sido la posición clara del Episcopado a favor de un determinado tipo de escuela y la enorme presión que ha ejercido ante el poder político par que éste adopte sus puntos de vista. Es claro que UCD ha identificado su programa educativo y, consecuentemente, el del Gobierno, con la doctrina de la Iglesia española en la materia. Quizá lo que habría que plantearse es este curioso fenómeno de alianza estrecha entre la Iglesia y el poder político, ese compromiso entre ambas instituciones, en un momento histórico en el que aparece como un anacronismo frente a la situación de otros países europeos y otras Iglesias nacionales, cuya influencia en aparatos como el educativo es sumamente débil y además aceptada como tal por la misma jerarquía. ¿Por qué esta relación entre la Iglesia y el poder civil en unos momentos en que se ha superado el hecho de que el franquismo necesitaba la justificación ideológica a través de la Iglesia, cuando la sociedad se ha polarizado muchísimo y, sin embargo, continúa existiendo todavía esa alianza? ¿En qué medida siguen confluyendo los intereses de la burguesía, o de una parte de ella, con los de la Iglesia, hasta el punto de que esa alianza se mantenga? Si aceptamos, por último, que la educación está dejando de ser aquel poderoso instrumento de control social que era hace unos años y el único mecanismo que existía para la difusión de las distintas concepciones del mundo, ¿por qué la Iglesia sigue empeñada en que el único mecanismo de control social, de difusión de sus ideas sea la escuela?*

**L. Gómez Llorente.** — Aquí se plantea el problema de la relación entre la Iglesia y el Estado como problema no simplemente doctrinal, sino como realidad en nuestro país. En primer lugar, quiero señalar el enorme peligro que encierra para la Iglesia el haber unido su causa a un partido político en una materia tan importante como es la enseñanza, en la cual, aparte de los elementos ideológicos, hay en juego colosales intereses económicos. Entonces esto puede tener consecuencias muy graves porque significa el enfeudamiento de la Iglesia con respecto a un partido político y, tal como están las cosas vamos en las próximas elecciones generales a una intervención muy descarada de la Iglesia en favor del partido político que le garantice el mantenimiento de las actuales leyes de Educación. Esto puede resucitar el anticlericalismo en nuestro país, anticlericalismo que, no nos engañemos, está latente en las masas de izquierda y que los dirigentes de la izquierda han tratado escrupulosa y exquisitamente de evitar que se reavivara. Y existe por unas razones objetivas e históricas: las gentes, la clase obrera, ha visto durante el franquismo que mientras ella carecía de libertad, el cura tenía libertad, mientras ellos estaban muy mal, las órdenes religiosas no estaban tan mal. Eso ha producido un resentimiento que está ahí, y desde luego a mí me parecería negativo y malo para el país que se reavivara, pero hay hechos que son imparables y si la Iglesia institucional apoya a los partidos de la burguesía, entonces es absolutamente inexorable, nos guste o no nos guste, que se produzca una reacción anticlerical. Y de ahí que los partidos de izquierda, precisamente para evitar eso, hayamos hecho enormes esfuerzos de intentar la aproximación y el entendimiento con la Iglesia. Yo no tengo escrúpulos, ni tengo por qué ocultar en absoluto que, al menos por





nuestra parte, y supongo que desde algunos otros partidos de izquierda también se habrá hecho, hemos tenido reiteradas y prolijas conversaciones con personajes muy significativos de la Iglesia española para tratar de, primero, clarificar el fondo de nuestro pensamiento, decir que no estamos hoy por la solución estatalizadora, que es lo que a niveles intelectuales preocupaba a determinados teóricos del campo de la Iglesia, que no queremos una escuela controlada por el Estado y que, por tanto, pueda ser manejada ideológicamente por el Gobierno de turno.

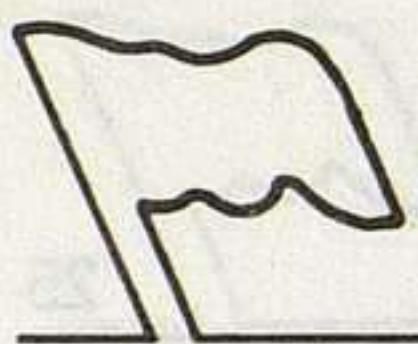
Pero, eso sí, tienen que comprender que odiamos tanto una escuela ideológicamente controlada por un Gobierno como una escuela controlada por un patrón, y que queremos liberar la escuela del Estado pero también liberarla del patrón, y que queremos la libertad de las comunidades. Más aún, estamos dispuestos a aceptar las comunidades que en este momento existen realmente en la enseñanza, y, por tanto, a respetar unas comunidades que en gran medida se han constituido como privilegio de los cuarenta años anteriores. En definitiva, debíamos sentarnos a la mesa con papel y lápiz para concretar y perfilar cómo debía de ser esa autonomía de las comunidades. Y habiéndonos ofrecido —y supongo que otras fuerzas de izquierda lo habrán hecho también— a ir a esa mesa, en el lugar y en el sitio de España que quisieran, nunca jamás hemos recibido la respuesta de tal día en tal sitio. Y en vez de haber ido a discutir un modelo concreto de escuela, las atribuciones de cada órgano dentro de la escuela, cuál es el papel de los profesores, de los padres, de los alumnos, etc., es decir, no mantener la discusión a nivel de confrontación de principios sino para descender exactamente a eso, para ver cuál es la escuela que merecía la financiación del Estado aun no siendo escuela del Estado..., habiéndonos ofrecido a

eso, no hemos tenido ninguna respuesta positiva, no hemos tenido más que buenas palabras, etc., y ésa es su colosal responsabilidad, la especial responsabilidad de monseñor Díaz Yanes. En cambio, estos señores han preferido discutir esas concreciones en los despachos del Ministerio de Educación en vez de hacerlo con las grandes fuerzas reales de la sociedad, además de haberlo discutido con el Gobierno.

Segundo, ¿por qué UCD busca esa aproximación con la ideología oficial de la Iglesia y por qué en el programa oficial de UCD, de su único Congreso, dice explícitamente que es su ideología el humanismo cristiano? Esto tiene también, a mi juicio, una explicación muy clara: la derecha española carece de tradición ideológica. La tradición ideológica de la derecha española es impresentable, en un régimen constitucional y democrático, a diferencia de la izquierda. La izquierda, en sus grandes versiones, tiene una fuerte tradición ideológica, aunque lamentablemente algún personaje de izquierda haya dicho que hay un exceso de acumulación ideológica, yo pienso que nunca hay un exceso de acumulación ideológica de la izquierda, porque un factor fundamental del movimiento de izquierda es la toma de conciencia y ése es un elemento imprescindible para crear la voluntad del cambio, pues no basta con las condiciones objetivas. De ahí que la izquierda tenga un gran depósito ideológico y un fondo que le ha permitido aparecer a la luz sin tener que improvisar unos programas, unas alternativas y unas definiciones conceptuales. En cambio, los equilibrismos malabaristas de un tráfuga como Adolfo Suárez, y de la cantidad de gentes que le rodean, ha tenido que ser enorme y no le bastó el barniz que le aportaban los Fernández Ordóñez o los Garrigues, etc., eso fue una operación muy superficial y muy momentánea, que tuvo la consecuencia

nefasta de haber destrozado la posibilidad real de un partido radical o de un partido socialdemócrata —da igual como se le hubiera llamado, hubiese hecho lo mismo—. Entonces tienen que hacer apelación a un depósito ideológico digerible por las capas intermedias de la sociedad, más bien los estamentos bienestantes —aquellos que tiene dificultades, pero se encuentran cómodos en ese universo, cómodos en esa instalación—, y que sea tolerable por la oligarquía, que no produzca la exasperación de la oligarquía. La oligarquía no se cree la ideología socialcatólica, en absoluto, le parece peligrosa, pero la tolera. En este país no existe esa ideología laica, burguesa, que tenemos en Francia, que empezó a producirse en Cataluña y se frustró, porque cuando empezaba a tener arraigo, en los años treinta, sobre todo, se empezaba a decantar lo que venía ya iniciándose desde principios de siglos, tuvo la muerte violenta, el corte abrupto de la guerra civil. Luego hay ya una razón secundaria, miserable, electoralista, que es, sencillamente, apoyarse en las redes caciquiles de un sector importante del clero, que sigue ejerciendo una influencia muy notable en determinadas provincias y en determinadas áreas del Estado. ¿En qué medida siguen confluyendo los intereses de la burguesía o de una fracción de la misma con los de la jerarquía católica? Creo que está implícita en lo que acabo de decir. ¿Por qué la Iglesia es tan beligerante en el tema educativo y ha apostado tan fuerte a la escuela cerradamente confesional? A mí me parece que hay problemas internos en la Iglesia que la llevan a esa postura y yo rehúyo, siempre que puedo, hablar de problemas internos de entidades ajenas a mí. Pero por decir dos palabras, puesto que está planteada la pregunta, diría que las propias jerarquías de la Iglesia desconfían de sus bases. Ellos mismos han tenido que acudir muchas veces a frenar ex-





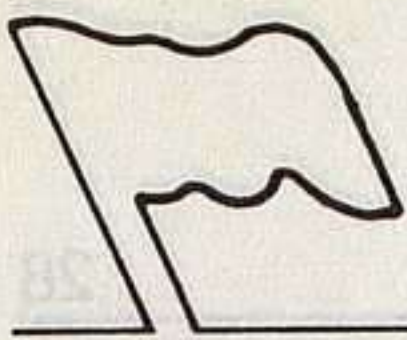
periencias, a desautorizar actuaciones, etc. Me da la impresión de que a cierta jerarquía de la Iglesia no le gusta en absoluto el protagonismo de la comunidad escolar, entre otras cosas, porque puede ocurrir que ese protagonismo, esa real libertad de los padres de un centro, ejercida solidariamente con los profesores del centro y, en su caso, con los alumnos, puede conducir a cosas que esa jerarquía no le gusta y, entonces, lo mismo que el Gobierno quiere poder para los delegados provinciales de educación, poder para unos directores de Instituto nombrados por el Gobierno, cierta jerarquía quiere el poder para el padre superior del colegio y no para la comunidad del colegio. Son sencillamente los viejos resortes autoritarios. El autoritarismo no se da sólo en el Estado, se da también en fuerzas sociales y, por desgracia, a veces también, en fuerzas políticas.

**E. Vintró.**— Yo empezaría por la última parte de las tres preguntas haciendo el recorrido inverso. El problema está en hablar claro de qué es la Iglesia española hoy. La Iglesia española, estos últimos años, los diez últimos, se ha encontrado, al menos, con tres tipos de actitudes: una, que podríamos calificar como tridentina, la más reaccionaria, la más franquista, la más conservadora, los llamados movimientos cristianos de base, los grupos de cristianos por el socialismo que han sido y son unos grupos potentes, a pesar de sus limitaciones, que han tenido una importancia notable desde el punto de vista de remover la estructura eclesial; y, luego, un sector que posiblemente es el mayoritario, la Iglesia de centro, por llamarle de alguna manera, que ha intentado hacer un poco de equilibrio entre estas dos formulaciones, quizá por su intento —que ha sido similar a la estructuración de este conglomerado político que tú antes calificabas como de apresurado,

superficial— ha habido como una sintonía entre la alta jerarquía y el conglomerado político que responde a la UCD, que les ha llevado a unos puntos de confluencia que no me parecen desdeñables. Ahora bien, respecto al problema de fondo —el enfeudamiento de la Iglesia respecto a un partido político—, no tengo una respuesta o una claridad suficiente, ese paralelismo entre UCD y el sector hoy dominante en la Conferencia Episcopal no me parece razón suficiente.

En estos últimos meses, esta sensación de ligamen entre la jerarquía y el poder político se está agudizando. Hubo una etapa de perspectivas, de ver cómo evolucionaba, las mismas declaraciones de la jerarquía eclesiásticas en las primeras confrontaciones electorales eran unas declaraciones distantes, de llamada a la participación, de llamada a la responsabilidad del ciudadano en el proceso político de un país que tuvo sus excepciones en los representantes de este sector ultramontano al que aludía al comienzo y que también las tuvo en el otro lado diciendo que había que votar a partidos progresistas, socialistas, de izquierda en definitiva. Pero en estos últimos meses, y sobre todo a partir del debate de centros escolares, lo que hay es un ligamen mucho más fuerte entre el sector mayoritario de la Conferencia Episcopal y la UCD. No sé si el ejemplo de lo que ocurre en los países que ellos siempre citan —Bélgica, los Países Bajos, la única zona europea donde la Iglesia conserva una auténtica influencia en el sistema educativo— les pueda servir de ejemplo, aunque no les valga el aspecto político; que también les pueda servir de estímulo esa trayectoria política, diplomática, ideológica, del nuevo Papa, que esto les dé, digamos, más alas o más fuerza para establecer esta vinculación; no estoy segura. Que en España, hoy, por toda la tradición de los cuarenta años del franquismo, siguen





confluyendo intereses de partes importantes de la burguesía con intereses de la Iglesia, esto sí que me parece que es una realidad, sobre todo en las zonas de España más atrasadas y en donde tanto la Iglesia como el poder político sacan el mayor número de beneficios electorales.

---

## La Iglesia no se ha autocriticado...

---

**Manolo Azcárate.**—La Iglesia española tiene en su historia, su historia de mucho tiempo y todavía acentuado por el período franquista, un papel muy específico en la sociedad española y la derecha ha tenido una ideología que ha sido la ideología de la Iglesia, es decir, la ideología católica. En general, no se puede separar en la historia de España la ideología religiosa de la ideología de la Iglesia hasta hace muy poco tiempo, y ha sido un factor fundamental de consenso, de la sociedad, de grandes masas del pueblo, etc., par conseguir la aceptación de un régimen de derechas, reaccionario, no sólo del capitalismo. Los períodos de democracia política en España son cortísimos. La Iglesia se encuentra ahora en la necesidad de ver si es capaz de asignarse a un régimen pluralista, de aceptar el pluralismo en la sociedad o de no aceptarlo, yo creo que ésta es la gran opción de la Iglesia. Aquí ha habido un fenómeno político muy extraño, sorprendente: que en un país con esa tradición católica llegue la democracia y no exista partido demócrata cristiano, cuando en Italia, Bélgica, etc., son los grandes partidos de la burguesía. Yo creo que ahí la Iglesia ha jugado con inteligencia, la Iglesia no lo ha querido y ha hecho todo par evitarlo. Era muy difícil en España, precisamente por la ligazón que había tenido la Iglesia con el régimen franquista, que un partido confe-

sional pudiese aparecer, y realmente con peso, en el juego político. El tema era entonces, ver cómo se situaba la Iglesia con respecto a ese partido que es UCD. Ha habido una etapa en que parecía que la Iglesia se distanciaba de la política, aceptaba el pluralismo en su seno, el pluralismo en la sociedad y digamos se dedicaba a lo suyo, es decir, en convertirse en una Iglesia que mantenía, conservaba, desarrollaba, los sentimientos religiosos. Ahora, en este último período, y en la medida que se ha pasado de la etapa puramente constitucional de la creación del marco en el que teníamos que jugar todos a resolver los problemas más concretos de una sociedad democrática, la Iglesia está demostrando una incapacidad de aceptar un sistema verdaderamente democrático y pluralista. Yo lo centraría en algunos aspectos, en la situación, concretamente, de la enseñanza, es decir, creo que la Iglesia ha demostrado una incapacidad total de autocrítica. En ese orden, la situación de los que no somos creyentes, en España, durante un período larguísimo... Hay otro problema en la enseñanza, hay una incapacidad de aceptar un sistema pluralista, como lo habéis explicado, porque claro, para que haya una sociedad pluralista, tolerante, en el terreno religioso, hace falta que haya una costumbre de enseñanza en común de los niños, que los niños se acostumbren a que el niño con el que juega y que está a su lado pueda no creer y el sí cree, que eso se convierta en algo normal desde pequeños y no crear unos *ghetos* en los cuales el que no cree es un ser extraño, con lo cual luego se potencia en la sociedad la intransigencia, la intolerancia y, por tanto, el totalitarismo. En eso, la Iglesia demuestra que es incapaz, lo mismo que demuestra que es incapaz en el tema del divorcio, en decir: vamos a buscar una ley que corresponda a lo que es común en cuanto a la actitud ante los problemas de la familia,

en el conjunto de los españoles, dejando para que los católicos tengan, luego, sus propias limitaciones en que sus convicciones morales y religiosas les implican, etc. Pero no querer imponer leyes al conjunto de los españoles basadas en unos principios morales que son exclusivos de la Iglesia. La actitud de la Iglesia ante la enseñanza plantea si es capaz o no de adaptarse a una sociedad democrática y pluralista o no. Realmente, la burguesía española está muy agarrada y muy necesitada de aparecer ligada a una ideología religiosa, si no ¿cuál?, pues no tiene ninguna otra ideología hoy, creo yo. ¿Qué va a pasar dentro de la Iglesia, dadas las tensiones que en su interior se producen, las diversas corrientes que se enfrentan? Eso todavía está abierto, todavía la Iglesia española no ha demostrado si es capaz o no de adaptarse a una sociedad democrática y pluralista.

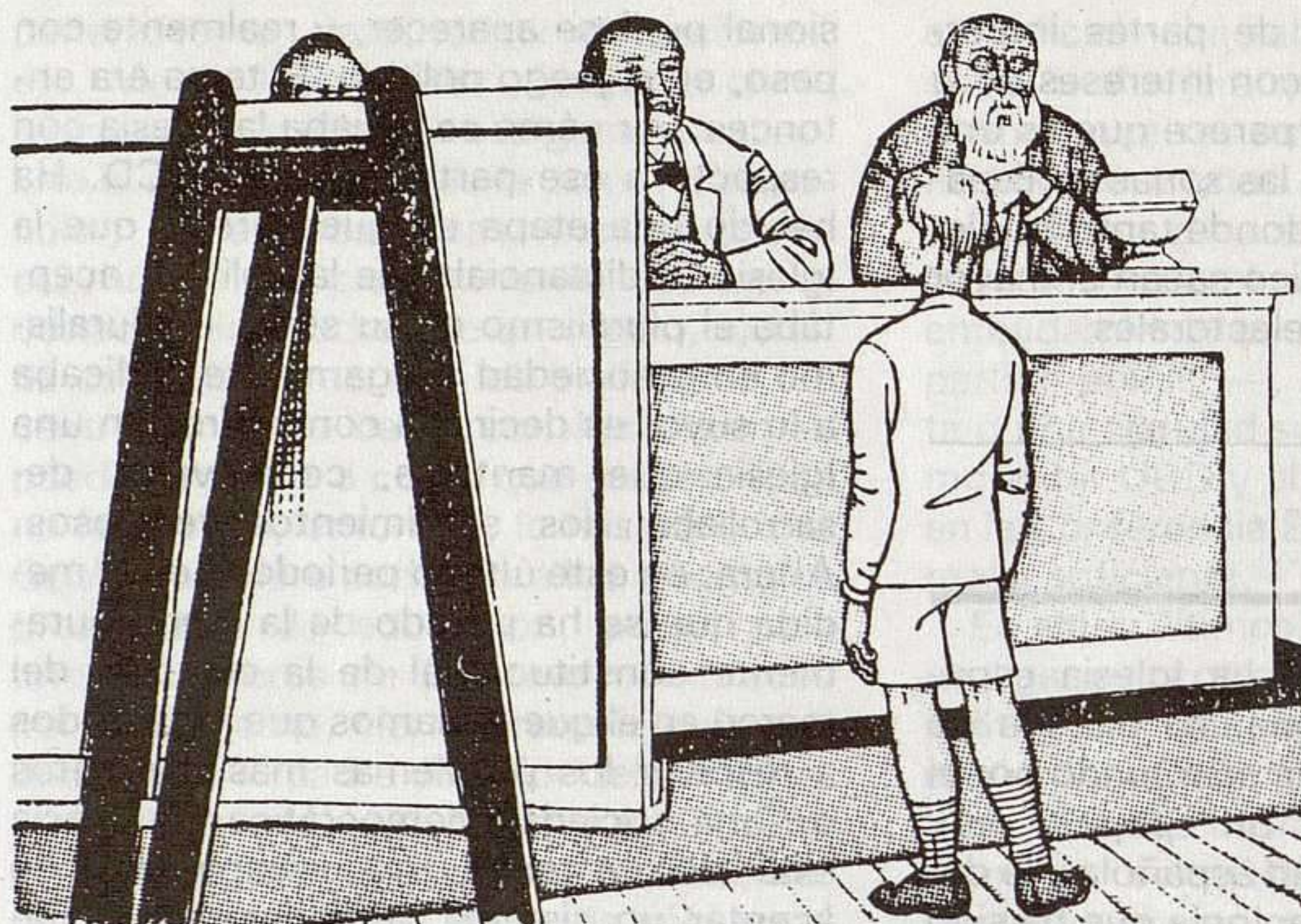
---

## Un modelo liberal

---

**L. Gómez Llorente.**—La ideología del sector progresista de la Iglesia que todavía se mantiene en las esferas próximas, relativamente, al Episcopado, ciertamente podríamos decir que es constitucional, demócrata, etc., pero si profundizamos un poco más, es simplemente liberal y yo creo que ésa es la raíz de fondo de nuestro choque. Están a años luz de los cristianos por el socialismo, por ejemplo. Es que hay que distinguir entre ese paso de la Iglesia institucional, que va de las entradas bajo palio de Franco en los templos y el incienso al dictador, a la aceptación del sistema democrático e incluso, reconozcámoslo también, a las posiciones colegiadas de la última fase de la dictadura reclamando libertades para el pueblo español. Pero eso tiene un límite y





# X Jo sé se e x a m i n a

H x

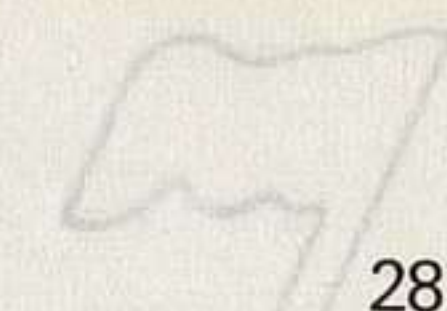
vamos a ver cuál es su límite ideológico: la aceptación de la democracia liberal, la aceptación de partidos políticos, sufragio, soberanía política ejercida a través del sufragio, con todas las limitaciones que ello tiene objetivamente en una sociedad de clases, que no se pueden desdeñar. Entonces, ¿qué ocurre?, que lo que han asimilado es la teoría del Estado liberal, burgués. Lo cual, en España, saliendo de la Dictadura ha sido un paso hacia adelante positivo —y saludamos alegremente que se haya dado ese paso hacia adelante—; pero con eso no hacemos más que situarnos en la vida normal de Europa hace cien años. Y ahí está, entonces, ¿cuál es la teoría del Estado?, insisto porque ésta es la clave de la cuestión que han asimilado, es la teoría liberal burguesa con todas sus implicaciones económicas. Y, por ejemplo, cuando Azcárate dice «van a dedicarse a lo suyo»..., pero es que para dedicarse a lo suyo, por muy trascendental que quiera llamarse su tarea, no tienen por menos que incidir en el plano económico, porque para realizar su tarea necesitan unos instrumentos econó-

micos. Y cuando se va a la implementación económica, instrumental, para ejecutar su tarea, supongamos que trascendental, apoyan las fórmulas liberal burguesas. Para hacer la propaganda de sus ideas necesitan periódicos y ¿qué modelo de prensa están apoyando y defienden tenazmente?, necesitan emisoras y ¿qué modelo están apoyando?, porque por la SER, el Cardenal Arzobispo de Madrid, muy «majo», yo lo recuerdo con mucha satisfacción, su discurso de la coronación del Rey, y lo saludo y fue valeroso en su momento, pero el señor Cardenal coloca todos los domingos por la noche su «rollo» a miles y miles de personas, en el momento de más audiencia, minutos antes de *Hora Veinticinco*. Y cuando el Partido Socialista se dirigió a la SER y dijo que quería comprar diez minutos semanales al precio que fuera, la contestación que recibió es que no se entraba a discutir los precios, no era un problema de precio, no cedían esos minutos ni al precio que puedan cobrar a Galerías Preciados o a cualquier publicidad. Ahí hay una situación consciente de privilegio apoyada

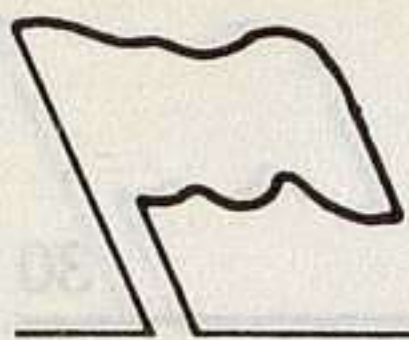
## Un modelo liberal

L. Gómez-Lorenz. — La ideología del sector progresista de la Iglesia que todavía se mantiene en las estas próximas, mas relativamente al Epiiscopado, ciertamente podemos decir que es constitucional, democrática, etc., pero si profundizamos un poco más, es simplemente liberal y yo creo que esa es la raíz de fondo de nuestro choque. Están a años luz de los cristianos por el socialismo, por ejemplo. Es que hay que distinguir entre ese paso de la Iglesia institucional, que va de las etapas bajo palio de Franco en los tiempos y el incienso al dictador, a la aceptación del sistema democrático e incluso reconocimiento también a las posiciones colegiadas de la última fase de la dictadura reclamando libertades para el pueblo español. Pero eso tiene un límite y

en el conjunto de los españoles dejando para que los católicos tengan, luego, sus propias limitaciones en sus convicciones morales y religiosas les implican, etc. Pero no quiero imponer leyes al conjunto de los españoles pasados en unos principios morales que son exclusivos de la Iglesia. La actitud de la Iglesia ante la enseñanza plantea si es capaz o no de adaptarse a una sociedad democrática y pluralista o no. Finalmente, la burguesía española está muy agitada y muy necesitada de aparecer ligada a una ideología religiosa si no fuera, pues no tiene ninguna otra ideología hoy, creo yo. ¿Qué va a pasar dentro de la Iglesia, dadas las tensiones que en su interior se producen, las diversas corrientes que se enfrentan? Eso todavía está abierto, todavía la Iglesia española no ha demostrado si es capaz o no de adaptarse a una sociedad democrática y pluralista.







en unos resortes económicos determinados, y es cínico que nos digan: abrir periódicos marxistas, porque resulta que el Partido Socialista, con ciento veinte diputados, no puede hacer un periódico diario y yo me imagino que «Mundo Obrero» debe tener un déficit muy importante. Sin embargo, ahí tenemos la colosal cadena de periódicos de la Iglesia y la colosal cadena de emisoras, etc.

Vamos, entonces, a la implementación, cómo se sostiene económicamente la enseñanza y cuál es su estructura material. La ideología de estos sectores progresistas da en el fondo la misma respuesta que un liberal burgués, y es que a lo que no han llegado, en absoluto, como han llegado algunas comunidades de base que se mueven casi en zonas extrañas, de tinieblas, dentro de la Iglesia, es a lo que son las soluciones socialistas y desde luego nuestra Iglesia liberal está por las soluciones liberal-burguesas en cuanto a la ordenación económica de la sociedad, y no han llegado a descubrir todavía que la manera de potenciar realmente la libertad de las masas no puede venir por esas soluciones de libre empresa y de propiedad privada.

**E. Vintró.**—Yo diría más. Incluso en estos momentos, a esta Iglesia institucional, le va muy bien tener sectores de la Iglesia en el tema educativo, mucho más derechistas y mucho más reaccionarios, porque esto le permite, por un lado, decir: no, nosotros no somos el padre Martínez Fuertes; marcan sus distancias y a la vez tampoco desautorizan explícitamente como Iglesia a ese señor —que sí habla en nombre de la Iglesia y que sí se vale del prestigio institucional de la Iglesia, a pesar de que la Iglesia institucional diga que ellos no son el Padre Martínez Fuertes o la Confederación Católica de Padres de Familia. Es decir, que juegan, mantienen su

ala derecha, y casi diría que la miman, para que les permita situarse en esa postura de centro y poder decir que ellos van por una línea más abierta, que, estoy de acuerdo con Gómez Llorente, no se aleja del modelo liberal-burgués.

**Manolo Azcárate.**—Un modelo liberal-burgués en la época de los grandes monopolios, es decir, cuando de hecho de lo que se trata no es ni siquiera del tipo de competencia capitalista que podía haber hace cien años, sino cuando eso quiere decir que lo controlan unos cuantos monopolios y multinacionales. Yo me quedé bastante asustando cuando, en la Conferencia que dio en *Siglo XXI* el padre Patino, para argumentar el tema de la enseñanza, al que ni siquiera dedica gran importancia, lo que decía es que para él lo escandaloso es que la televisión estuviese todavía en manos del Estado, cuando debía estar en manos de la sociedad. Ahora, en manos de la sociedad quiere decir en manos de unos cuantos monopolios.

**L. Gómez Llorente.**—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ahí está!

---

## La enseñanza y el sistema económico

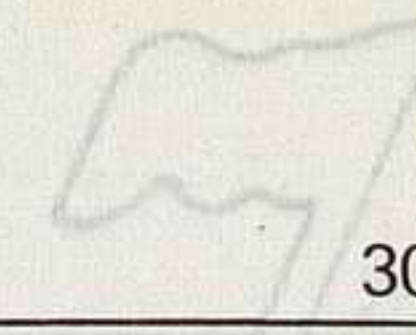
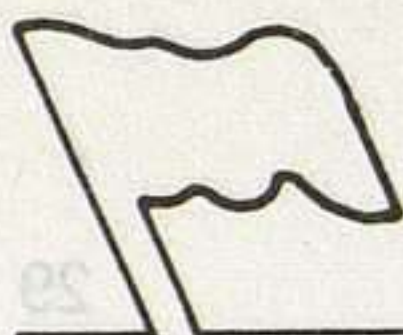
---

**Nuestra Bandera.**—*Me interesa que habléis del tema que ha salido ahora mismo, el problema de la libertad de empresa y de esos conceptos que se están aplicando al terreno escolar. Porque, efectivamente, en el reciente debate escolar se ha hablado del papel del Estado y de la sociedad en el terreno escolar, de la libertad de empresa en relación con la educación y de otros conceptos que tienen mucho*

*que ver con el modelo de economía vigente en los países capitalistas europeos. ¿Significa esto un intento de adecuación del sistema educativo al sistema económico y, por tanto, se supone que existía una inadecuación a corregir?, ¿pensáis que esta modernización, entre comillas, tiene realmente a resolver el atraso escolar español o simplemente ratificación de privilegios anteriores?*

**E. Vintró.**—¡Ojalá existiera ese intento de adecuar el sistema educativo al sistema económico! No vamos ni ahí. Bien o mal, en los países del capitalismo europeo, el sistema escolar ha sido un sistema que ha cumplido la función que dentro del sistema económico tenía encomendada, la formación de abrir una cultura, dar unas profesiones, tecnificar a los profesionales. La prueba es que la mayoría de esos países están en estos momentos replanteándose todo el tema de la formación profesional, no tanto desde el punto de vista de que el alumno sepa manejar el torno en la escuela, sino de tener un bagaje de conocimientos y luego unos cursos muy breves de capacitación técnica dedicada a un tipo de trabajo que les permita, después, con el avance de la tecnología, no quedar fijados a un modelo concreto de maquinaria, sino de poderse adecuar. Esto aquí, ni se ha planteado, ni existe, ni, yo diría, que se plantee. Con lo cual, si había una inadecuación a corregir, ésta es evidente, porque el nuestro es un sistema absolutamente invertido, en donde hay un predominio enorme del alumnado que va a la capacitación intelectual universitaria y un desfase absoluto entre lo que tenía que ser una preparación cultural y una adecuación al mundo del trabajo. No hay más que comparar la pirámide de alumnos de bachillerato con la pirámide de formación profesional, o lo que son las universidades politécnicas y es-





cuelas técnicas superiores o medias y lo que son las facultades humanísticas y literarias. Esto no quiere decir que en Europa no existan ya desajustes tremendos, y que en Alemania, en Italia, en Francia, exista ya una auténtica plaga de parados licenciados profesionales superiores, con lo cual es evidente que lo que no funciona es el sistema, pero esto nos llevaría ya a otro planteamiento. Aquí ocurre exactamente lo mismo, hay ya un paro importante de profesionales, pero no porque estén ni cubiertas todas las necesidades ni diversificadas las necesidades de profesionales, ni muchísimo menos estudiadas cuáles podrían ser, en una adecuación a esta sociedad capitalista del Mercado Común, al que nos hemos de integrar. Tengo el absoluto convencimiento, porque no he visto ni un solo estudio que haga ese tipo de análisis, que no hay esta planificación, que no hay esta voluntad de planificación dentro del capitalismo, que es una planificación muy distinta, pero es que ni siquiera hay esto. Es decir, se hicieron los *Pactos de la Moncloa* y allí se dijo que no se daba dinero, por ejemplo, a formación profesional porque éste era un nivel o un área educativa que iba a ser modificada. Han pasado tres años desde los Pactos, se ha hablado de reformas de enseñanza medias, hace ocho días el ministro dijo que de eso no había absolutamente nada y la realidad es que la formación profesional consiste simplemente en acoger a un ejército de parados a los que se les retrasa dos años la incorporación al paro. Pero no hay una adecuación de las enseñanzas en esos estudios, no hay una planificación de cómo tendrían que ser esas enseñanzas para adaptarlas al mercado de trabajo social, ni muchísimo menos al mercado futuro. Es evidente que nuestro sistema es incorrecto, pero también lo es que no hay transformación del sistema escolar, hay transformación de la empresa escolar y fortalecimiento de una

determinada empresa escolar, pero no adaptación ni adecuación a un sistema económico, incluso dentro de la lógica capitalista.

**L. Gómez Llorente.** — Sobre el aspecto de inadecuación entre el producto que sale de la escuela y el mercado de trabajo, no voy a dar más detalles porque creo que Eulalia Vintró lo ha descrito bien. Únicamente señalar que si no se acoplan esas dos cosas es por incapacidad del Gobierno, por incapacidad de las autoridades educativas. Porque el que no se acople tiene un costo adicional para las empresas que el Estado de derechas, o gobernado por la derecha, tenía que tratar de evitar. Que, por ejemplo, los ingenieros no sean rentables a la empresa durante dos, tres, cuatro años porque la empresa tiene que reciclarles y tiene casi que volver a hacer su formación, eso es algo contrario a los intereses del capital. Lo que pasa es que funciona tan mal el aparato de la Administración que no son capaces de cumplir aquello que desearían.

Pero mirando otro aspecto del problema, la pregunta se referiría a si los cambios que se están haciendo tienden a acoplarse al sistema. Pero yo querría plantear: ¿en qué consiste el sistema?, porque aquí tenemos una Constitución que tiene muy diversas lecturas. La Constitución es la arquitectura jurídica fundamental del sistema, pero es que yo creo que las fuerzas de derecha en este país, de una manera muy consciente, aunque no explicitada a niveles públicos, están tratando de establecer una lectura de la Constitución, y eso lo estamos viendo ya en el desarrollo de las leyes orgánicas y en la praxis gubernamental general —orientada a crear lo que suele llamarse una «democracia dirigida» o una «democracia gobernada», otros lo llaman una «democracia fuerte» y, desde el punto de vista de cierta izquierda, una «democracia

policíaca»... La «democracia policíaca» no tiene su manifestación simplemente en los aspectos más esotéricos, la represión con uniforme, pistola en mano, sino que tiene una manifestación más sutil pero más extensa y más cotidiana que va desde no permitir el acceso a los medios de comunicación social —es una bonita manera de reducir a la nada la libertad de expresión de los que contestan el sistema que solamente tienen libertad para criticar en las tabernas, pero que no pueden realmente comunicarse con las masas, privilegio que se reservan unas cuantas fuerzas—, hasta el control de la conciencia, no sólo en los mensajes estrictamente lógicos, sino a través de las colosales palancas publicitarias, elemento de muchísimo peso en el control de las conciencias, hasta el sistema educativo. Y, en este sentido, creo que los cambios que se van haciendo sí tienden a adaptarse al sistema, pero a un sistema nefando que es el de la «democracia dirigida», «fuerte» o «controlada», poniendo entre comillas todas estas palabras. Se tiende a que, por supuesto, la enseñanza siga siendo un aparato ideológico del Estado. Lo que ocurre es que en vez de utilizarlo en un sentido prusiano o hegeliano de una determinada época y concepción, se sirven de ciertas fuerzas que no son *sensu stricto*, pero que tienen los mismos objetivos que el Estado gobernado por la derecha y realizan esa función de aparato ideológico, y ahí veo yo la causa profunda de dar el control al Gobierno o a los patronos, justamente para que funcione como aparato ideológico y en este sentido, como aparato represivo de una conciencia crítica. Porque el gendarme con gorra y pistola en la mano tiene que actuar sólo sobre aquellos que, por una particular coyuntura de la peripecia vital, se salen del marco, mientras que la inmensa masa de ciudadanos llevan al gendarme metido dentro de la conciencia, porque se han





### Cambiar el protagonismo de la enseñanza

**E. Vintró.** — En el fondo es la última cuestión. Es decir, ¿hasta qué punto nuestra alternativa sigue siendo válida?, claro, yo diría que el elemento fundamental que señalaba ahora Luis Gómez, también Llorente, el tema de la validez de nuestra alternativa, no es tanto para agarrarse a la letra de todos y cada uno de sus apartados —cuerpo único, escuela pública...—, sino quitar el protagonismo a quien hasta ahora lo ha detentado. Ahí es donde se encuentra el elemento fundamental de lo que suponía la alternativa: el rompimiento de un modelo centralizado y pasar el modelo de la iniciativa a las organizaciones escolares, a las comunidades. Y para que esta iniciativa pueda tener una eficacia no ha de ser la iniciativa absolutamente individualizada de cada una de las comunidades, sino que se presupone la organización de los movimientos de base que pasan por las organizaciones sindicales, por las organizaciones de padres, por las comunidades políticas autónomas, que pasan, en fin, por todo lo que ha de

introducido la conciencia a través de la permanencia, nada más y nada menos que de ocho años como mínimo —hay que darse cuenta de lo que es eso, ¡eh!, ocho horas diarias o seis horas diarias durante ocho años, y en algunos casos, a lo mejor, durante dieciséis, casi a lo mejor hasta veinte años, y entonces, claro, eso es un fenómeno, un «costal» que yo creo que no se puede ignorar —y en ese sentido sí que aquí vemos cómo la enseñanza se trata de acoplar a un determinado modelo de sociedad, en el que existen los ritos formales de la democracia, pero donde se sofrenan a través de una serie de aparatos represivos, entre los cuales está el aparato ideológico de la enseñanza, las posibilidades de que haya mutaciones profundas. Y yo el único antídoto que veo a esto, no es el asalto del Estado, la insurrección, etc., yo creo que eso no son soluciones viables en nuestra etapa histórica, y aquí creo, en cambio, que sí juega un papel muy importante la transformación del Estado, en el sentido, por ejemplo, de que las autonomías sirvieran, en un modelo de izquierda, para producir los cambios desde la base, que la autonomía no se quede como una fórmula jurídica, sino que ese espíritu de la autonomía nos lleve a pensar, por ejemplo, en la relación que haya entre autonomía política, autonomía de las partes en las luchas económicas, autonomía de la escuela, autonomía del municipio, etc. Porque es, en definitiva, el crear unidades de poder y decisión mucho más pequeñas y unidades de poder y decisión, por tanto, mucho más asequibles al impacto de la participación. Ahora, de todas maneras, todo esto no sirve absolutamente para nada si no hay organizaciones populares. Sin organizaciones populares que den vida a eso, nos quedamos simplemente con la carcajada de la democracia formal y entonces no hacemos absolutamente nada de fondo.

ser lo que llene de contenido esta arquitectura a la que se refería, y todo lo demás es seguir haciendo esquemas, pero estos esquemas..., el de la alternativa fue válido, tremendamente válido en su momento, hace cinco años. Yo pienso que sigue siendo un elemento «arquitectónico» en este sentido válido, al que habría que introducir algunas adecuaciones en función de la situación actual. Pero sin perder de vista lo que, pienso, era el gran eje fundamental de la alternativa: este cambio en el protagonismo de quienes tienen que hacer la reforma educativa. Este sí que es el eje que no se puede tocar; lo que sí que habría que tocar es cómo se articula la realización en organizaciones concretas.

**L. Gómez Llorente.** — Yo sólo querría aclarar dos palabras, muy concretas y muy directamente operativas sobre el elemento que puede seguir dando fuerza a la lucha por una alternativa que sigue siendo válida: los profesores tienden muchas veces, de una manera poco consciente, a plantear la acción desde concepciones reivindicativas, de carácter, por dura que sea la palabra, corporativista. Y entonces aparecen como una lucha de los profesores contra el Ministerio. Es increíble y hay que vivir como espectador, pero desde dentro, como funciona el poder del Estado para darse cuenta de cuál frágil es eso y además cuantas posibilidades se le dan al poder entonces para disgregar a los profesores. Entonces, ¿cuál es el otro camino?, ¿el que daría fuerza a esta lucha? Hay que cruzar el Rubicón y comprender con rotundidad la necesidad de jugar la carta de los padres, no sólo ya por un concepto de principio, de participación, de derecho de los padres a intervenir, sino desde un punto de vista de eficacia en las luchas sociales. Desgraciadamente hay profesores que no ven esto con claridad y que no lo practican con decisión. Hay



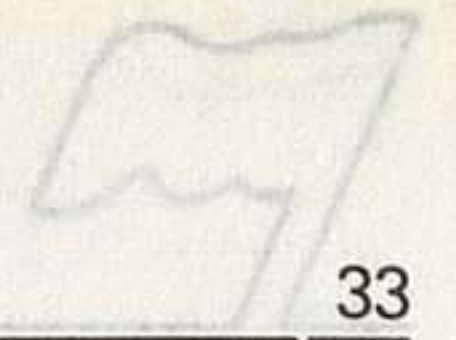
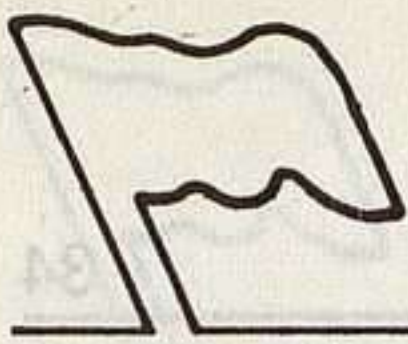
profesores que se sienten renuentes a la intervención de los padres y al protagonismo de los padres, unos porque son autoritarios más o menos conscientemente y tienen un temor a veces inconsciente y a veces explícito a que alguien les pueda discutir cómo hacen su trabajo y entonces éstos rehúyen la intervención de los padres; y hay otros que, situados en ciertas posiciones de izquierda que se consideran muy radicales, siguen jugando la carta del estatismo. Son personas que no han evolucionado, que no han sacado experiencias de lo que fueron los totalitarismos, que no han asumido la crítica experiencia de la socialdemocracia, hacen una crítica de la socialdemocracia un tanto superficial. Los que desde posiciones radicales izquierdistas siguen pensando en modelos estatistas, no se dan cuenta de que, en el mejor de los casos, eso significa el paso de unos ministros más o menos progres, en un momento dado, para luego ser sustituidos por elementos conservadores. Entonces estos estatistas de la enseñanza rehúyen también la intervención de los padres porque creen

que no va a ser lo suficientemente progresista y radical y que en algunos casos puede ser hasta reaccionaria. Están en el ensueño de pensar el Estado en manos de los radicales de izquierda y ésta es la fuente de todos sus errores. El movimiento de profesores tenía que cruzar el Rubicón de una manera tajante, para darse cuenta de que tiene que ser responsabilidad de los propios profesores el promover y potenciar esas asociaciones de padres, porque aquí recaigo en la idea básica que quería exponer: lo que tiene fuerza de verdad, de presión, sobre los gobiernos, sobre el Estado, es un movimiento profundamente articulado de padres, profesores y alumnos, que son los que pueden ejercer una presión suficiente, y eso no se va a obtener mientras los profesores planteen guerritas que se creen, con su mejor intención, que son planteamientos de clase pero que, desde la perspectiva global de la enseñanza, resultan acciones casi de inspiración corporativista. La verdadera acción de masas de la enseñanza hay que plantearla en la implicación de padres, profesores y escolares.

Yo soy español  
mi Patria es  
España







# Hay que actualizar la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura

**Carlos Rodríguez**

El desconcierto que, a lo largo de la transición política, vienen padeciendo las organizaciones de clase en el frente ideológico y cultural no debe ser justificado como la inevitable consecuencia de la difícil situación del país, porque entonces caeríamos en el riesgo de tener que seguir así bastantes años más. Nos corresponde a los militantes marxistas analizar, sin dogmatismos ni prejuicios, las causas de lo que se viene llamando de un modo simplista y a mi entender poco correcto, «la pérdida de la iniciativa política en políticas sectoriales fundamentales».

Dentro del capítulo de las grandes preocupaciones estratégicas de las que participan muchos militantes del PCE, hay una que se resume en la pregunta: «¿ha pasado la alianza de las fuerzas del trabajo y de las fuerzas de la cultura a segundo plano?». Interrogante que busca explicación a determinados aspectos de la realidad interna del Partido, a lo que los comunistas formulamos en el desarrollo de nuestra teoría política, y también a lo

que omitimos en ese desarrollo. Porque lo que ya no sirve es refugiarnos en análisis de tipo general acerca del proceso de asalariación de los trabajadores intelectuales. Ni tampoco, repetir los resultados de una abundante elaboración realizada en la etapa 1970-76, alimentada por una práctica política que está en la memoria colectiva de los comunistas.

Ello no quiere decir, sino todo lo contrario, que nos olvidemos del impacto que en la historia de nuestro pueblo ha tenido la formulación de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. El PCE retomaba, a mediados de la década de los sesenta, una realidad que recorre como un Gaudí la historia de España desde el último tercio del siglo XIX: la aspiración progresista de modernizar el país, de renovarlo política y culturalmente, frente al desprecio por la ciencia y la cultura mostrado constantemente por el núcleo dominante de la oligarquía española. En ese esfuerzo cultural fueron convergiendo los sectores de la pequeña burguesía

ilustrada que, a partir de la Restauración, tratan de colocar en España el reloj de Europa, con el movimiento obrero en ascenso, que pone especial acento en la lucha por el acceso del pueblo a la educación. Esa coincidencia se expresará en las sólidas alianzas políticas establecidas durante la Segunda República entre una parte del movimiento obrero y la amplia franja progresista de las capas medias urbanas. El acierto del PCE está no sólo en recomponer esa coincidencia, sino también en añadir un nuevo elemento como consecuencia del análisis de los cambios producidos en el interior de las clases trabajadoras: la salarización de los trabajadores de la enseñanza, la ciencia y la técnica. Recogiendo experiencias de movilización democrática y sindical, Dolores Ibarruri llegará a decir en la clausura son «incluso parte del movimiento obrero». Sin embargo, siete años después es difícil oír en el interior del PCE opiniones parecidas y, por el contrario, es bastante frecuente que en las discusiones se hacen





<sup>1</sup> Las causas de la desaceleración del proceso de masificación de los profesionales y técnicos en España ya se apuntaban en el Octavo Congreso del PCE (1972), en el informe de Adriano Beltrán «Los movimientos profesionales».

<sup>2</sup> Hace, ya tres o cuatro años que el fenómeno del paro de los profesionales ha asaltado el último reducto: las profesiones. Por ejemplo, de los 9.000 ingenieros superiores salidos de las Escuelas Técnicas entre los años 1974-75 y 1977-78, se estima que están en situación de paro o subempleo 2.600, es decir, casi el 30 por 100.

rígidas fronteras entre «los obreros y los intelectuales», defecto que los comunistas españoles reprochaban no hace mucho tiempo a los comunistas franceses. ¿Qué ha pasado para que eso ocurra? ¿Bajo qué arenas circula ahora ese Guadiana de alianzas populares que el PCE supo redescubrir y actualizar hace quince años?

### Acercamiento objetivo y distanciamiento subjetivo

Coincide el título de este artículo con el comienzo de una de las resoluciones aprobadas por la Conferencia Extraordinaria Provincial de Madrid sobre el trabajo del PCE en el Movimiento Obrero (29, 30 de junio y 1 de julio). «Los comunistas, empieza diciendo la resolución dedicada a técnicos y profesionales, debemos actualizar nuestra estrategia de la alianza de las fuerzas del trabajo y las fuerzas de la cultura». Los comunistas madrileños realizan su análisis en base a que:

a) El PCE considera que el fenómeno de la revolución científico-técnica, al producir una masificación de los profesionales, propicia el acercamiento entre estos sectores y la clase obrera tradicional. Sin embargo, aún siendo cierto que la sociedad española ha participado del fenómeno universal del uso generalizado de la ciencia como fuerza productiva directa, no es menos cierto que el tipo de capitalismo que padecemos nos ha introducido en una espiral de destecnificación, cuyos síntomas son: el aumento de la demanda de tecnologías externas, la crisis de la enseñanza, el colapso del sistema sanitario, la decadencia del sector «cuaternario» (investigación, ingenierías, consultoras, etc.) y un largo etcétera de **indicaciones de estancamiento científico y cultural**. Es decir, el avance científico y técnico

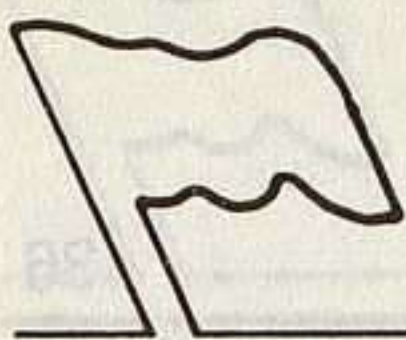
no ha producido, en la dimensión que preveíamos, los factores de acercamiento entre las fuerzas del trabajo y de la cultura<sup>1</sup>.

b) Este estancamiento de las fuerzas productivas ha causado un crecimiento alarmante del ejército de reserva laboral en los sectores profesionales, con el consiguiente problema de la seguridad en el empleo, lo que junto a la importante reducción del abanico salarial en la mayoría de las empresas, supone nuevos elementos objetivos de acercamiento de estas capas a la clase obrera. No obstante, las clases dominantes han sabido utilizar los aparatos ideológicos en esta etapa de crisis económica y social profunda para fomentar el gremialismo, que si bien en estas condiciones afecta al conjunto de la clase trabajadora, se manifiesta de una forma más preocupante en las capas de profesionales y técnicos. **El avance de las posiciones gremialistas** (que hace que dichas capas se distancien subjetivamente de la clase obrera tradicional) está creando condiciones difíciles para la implantación del sindicalismo de clase en estos sectores, así como para el aumento de la influencia de la izquierda.

c) Por ello, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura no puede basarse solamente en la masificación de estos sectores, sino que debe ponerse también el acento en **las contradicciones de carácter político** entre los profesionales y el sistema capitalista en nuestro país. Sería, por tanto, un error reducir la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura al plano exclusivamente sindical, sin que ello suponga, en absoluto, menospreciar la relativa amplitud del colectivo de trabajadores intelectuales potencialmente sindicalizables por su situación objetiva (estado avanzado de salarización, concentraciones laborales, tradición reivindicativa, etcétera).

Las resoluciones de la Conferencia de





la Organización madrileña no descubren ningún Mediterráneo, pero suministran elementos importantes para desarrollar un aspecto de la teoría eurocomunista que últimamente está bastante marginado. Por ejemplo, el IX Congreso del PCE (1978), centrado en el análisis de los grandes problemas de la transición política y de la actualización de la definición del Partido, no aporta nada de nuevo acerca de la alianza de los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales. Ese mismo año el PSUC realizó un debate excesivamente «sindicalizado» sobre las fuerzas de la cultura, por lo que sus conclusiones tenían una utilidad muy parcial.

## Señales de alarma

Es fácil convenir que, pese a las tendencias existentes de signo contrario, no se ha roto el hilo conductor de la teoría de «la alianza de las fuerzas del trabajo y de las fuerzas de la cultura»: el proceso de salarización masiva de estas últimas, de modo que esa alianza no la realiza la clase obrera tradicional con grupos de trabajadores intelectuales «desclasados», sino con capas laborales cuya situación objetiva aproxima sus intereses a los de los demás trabajadores. Es sabido (y se ha escrito bastante sobre ello) que según la teoría marxista los trabajadores intelectuales son parte y producto de la división del trabajo (división que el comunismo trata de superar), y que en esa división hay una suma de causas de tipo técnico o funcional, y de causas sociales que reflejan el intento de las clases dominantes por imponer formas de división clasista del trabajo a fin de jerarquizar y dividir a los trabajadores. En este sentido, tanto las organizaciones sindicales y políticas de la izquierda, como las clases dominantes se han apresurado tras la Segunda Guerra Mundial a librar la batalla por la influencia

en las crecientes «clases medias» asalariadas. Desde entonces hasta hoy, los instrumentos de lucha política e ideológica se han hecho más diversos y complejos en los países capitalistas desarrollados. Una de las claves de esa complejidad está en que se produce un aumento de las contradicciones entre el sistema capitalista y grupos sociales cada vez más amplios que, sin embargo, se ven privados de instrumentos para autoorganizarse, sometidos a la marginación y la disgregación, conformando colectivos difícilmente movilizables por las organizaciones de clase.

Aún no hemos valorado con detenimiento fenómenos como **la descualificación del conjunto de la fuerza de trabajo en nuestro país**, tanto de los trabajadores intelectuales como de la clase obrera tradicional. En contradicción con la exigencia popular de una mayor educación, el sistema productivo pide a quienes se incorporan a él por vez primera, un menor nivel de formación que hace años. Eso ocurre en casi todas las categorías laborales, pero ese proceso de descualificación de la fuerza de trabajo **está agravado en las capas profesionales**. Ello indica que, además de ser ese despilfarro de recursos intelectuales un problema de interés nacional, el modelo económico diseñado por los grupos oligárquicos combina una estructura industrial de país desarrollado, con un subdesarrollo científico que amenaza con trasladar a medio plazo fuera del país los núcleos de decisión y de trabajo científico de las ramas productivas más tecnificadas, que son lógicamente las que demandan un número mayor de trabajadores intelectuales. De consumarse ese proceso de dependencia económica y tecnológica, **la paralización del crecimiento de las capas de técnicos y profesionales** puede ser un fenómeno de largo impacto, que dure bastantes más años que la propia crisis económica, con la consiguiente

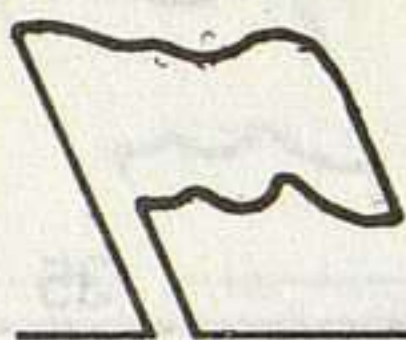
repercusión en el sistema educativo, especialmente en la enseñanza universitaria.

Hay que empezar a calibrar las consecuencias políticas de la creación de amplio ejército de **lumpen-proletario intelectual, sometido al paro y la eventualidad de un modo crónico**. Si lográsemos cuantificar el incremento de profesionales en paro estos tres últimos años (cosa que no han podido hacer, por falta de aparato estadístico, ni los sindicatos de clase, ni los Colegios Profesionales, ni los organismos oficiales) estaríamos ante la medición de unas tendencias quizá espeluznantes<sup>2</sup>. Porque, además, ese ejército de reserva intelectual, absolutamente privado de mecanismos de autoorganización, es la clientela potencial del pasotismo culto, esencialmente insolidario y reaccionario, que fomentan los «nuevos» filósofos e ideólogos de la derecha.

Junto a ello, en las capas de profesionales con empleo es detectable un **reforzamiento de los planteamientos corporativistas** y un «impasse» de los proyectos progresistas defendidos por los movimientos de los profesionales asalariados y demócratas de esta década. El atasco del desarrollo científico y tecnológico del país es el colchón objetivo de las élites tradicionales de las profesiones, para fomentar gremialismos irracionales en el interior de las capas profesionales.

Además, la situación material de los trabajadores intelectuales se ha visto agravada por la reducción de los incrementos salariales común a toda la clase trabajadora, con frecuentes conflictos entre las distintas categorías laborales a la hora del reparto de la masa salarial. A menudo, los sindicatos de clase se han confundido el principio de la igualdad con el igualitarismo, defendiendo subidas salariales lineales cuya acumulación año tras año ha tenido un serio coste para la iz-





<sup>3</sup> Al igual que se hace con otros aspectos de la política del Partido, sería muy positivo que la práctica de encuentros estatales monográficos se materializase en unas Jornadas del PCE sobre las fuerzas de la cultura. Otro tanto cabe decir del PSOE.

<sup>4</sup> «Proyecto orientativo sobre la sindicación de profesionales y técnicos». Secretariado General de la CS de CC.OO. Febrero 1977.

<sup>5</sup> Aunque las conclusiones son excesivamente optimistas y bastante simplistas, es interesante el artículo «Los técnicos votaron por CC.OO.», de José Carlos Lacalle y Carlos Rodríguez en «Unidad Obrera», segunda quincena de mayo de 1978. Sobre la significativa muestra de 2.500 delegados sindicales madrileños elegidos en el colegio de técnicos y administrativos, los porcentajes son: 37,3 por 100 de CC.OO., 36,8 por 100 de no afiliados, 20,8 por 100 por UGT y el 5,1 por 100 restante de otros sindicatos.

<sup>6</sup> El Primer Congreso de Comisiones Obreras (1978) aprobó una fórmula de autonomía organizativa y reivindicativa de estas capas laborales dentro del sindicato. El hecho de que año y medio después esa fórmula siga sin aplicarse, está dando la razón, a mi entender, a los partidarios de formalizar una mayor autonomía al estilo de la UGITC dentro de la CGT francesa.

quierda, tanto desde el punto de vista sindical como del político. Ese proceso de **mayor empobrecimiento relativo**, en estos tres últimos años, de los técnicos y profesionales con relación a la clase obrera tradicional, se ha visto acelerado por la **presión fiscal**: la reforma fiscal se está haciendo fundamentalmente a costa de las rentas salariales intermedias. Todos los fenómenos señalados en este epígrafe exigen de la izquierda española un análisis más riguroso en base a una medición de alcance real de los mismos: paro, descalificación profesional, niveles salariales, etc.<sup>3</sup>

### Un debate sindical desenfocado

En la etapa de la transición de la dictadura a la democracia, la discusión realizada en el interior del PCE sobre las fuerzas de la cultura ha padecido un exceso de componente sindical. Ello ha distorsionado enormemente el debate político, aunque el análisis de la política sindical para los trabajadores intelectuales proporciona muchas pistas para abordar el problema global.

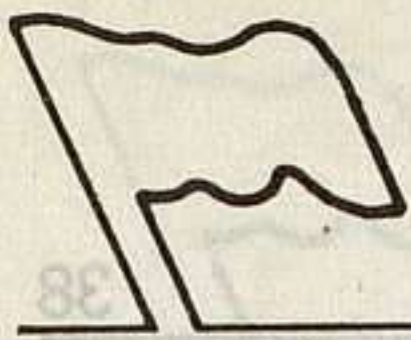
En 1977, poco antes de la legalización del PCE, la CS de CC.OO. hizo público un documento orientativo sobre la sindicación de técnicos y profesionales, proponiendo transformar los movimientos unitarios existentes en estos sectores en «sindicatos de la mayoría del sector, autónomos y lo más unitarios posibles, a fin de que pudieran ser un instrumento eficaz de defensa de sus derechos profesionales y sociales»<sup>4</sup>. Paradójicamente, esa propuesta coincidía con la desaparición de la COS, lo que hacía prácticamente imposible que los sindicatos de clase se pusieron de acuerdo para satisfacer las pre-

tendidas «aspiraciones de edificación de sindicatos autónomos que garanticen la unidad de los movimientos y luchas reivindicativas de los trabajadores de cada sector».

Sin embargo, al pasar de las consideraciones generales a detallar la propuesta en los diversos sectores (técnicos, enseñanza, sanidad, funcionarios), el documento cambiaba de tono, reservando las formas autónomas de sindicación para los enseñantes, los cuerpos especiales de la Administración y los médicos no hospitalarios. Las contradicciones del documento al que nos referimos (que no se atreve, en buena parte de los casos, a llevar hasta sus últimas consecuencias la propuesta de transformar los movimientos unitarios en sindicatos unitarios) son consecuencia del mantenimiento voluntarista del argumento de que en este país aún era posible la unidad sindical a corto plazo. Ello, en los sectores laborales de los que estamos hablando, ha chocado con la realidad sindical de esos «movimientos unitarios y socio-políticos» de los trabajadores intelectuales:

a) No era cierto que los organismos unitarios representasen a la mayoría de los trabajadores de esos sectores fuera de la negociación de reivindicaciones concretas. Se trataba de **formas unitarias presidenciales**, carentes de un proyecto de sindical global. Incluso cuando se habla del contenido sociopolítico de estos movimientos hay que hacer las diferencias entre el carácter de contestación a la dictadura que objetiva y explícitamente tales movimientos unitarios han tenido, y sus premisas ideológicas y sindicales fuertemente contaminadas de corporativismo, que han provocado contradicciones también entre grupos laborales de un mismo sector. No se deben confundir estos movimientos con la parte organizada de los mismos, y más particularmente con la vanguardia sindical consiente, mayori-





tariamente vinculada a los sindicatos de clase.

b) Tampoco es cierto que la afiliación de los sindicatos de clase «rompiese» la unidad de esos movimientos unitarios de trabajadores intelectuales y empujase a una parte importante de los mismos a afiliarse en masa a un sindicalismo corporativo o amarillo. **El proceso de afiliación sindical es lento en estas capas y presenta techos bajos para cualquier tipo de sindicalismo.** En cuanto a la pluralidad de tendencias sindicales, esta pluralidad existe **antes e independientemente** de la articulación de esas tendencias en sindicatos. Una característica de estos sectores es la existencia de unas corrientes sindicales (cuantificables en votos en las elecciones sindicales últimas) con una base organizativa bastante menos desarrollada que en las capas obreras.

No es casual que sea en estos sectores donde se ha producido ese espejismo de que los organismos unitarios fuesen el motor de sindicatos unitarios. Precisamente por su bajo nivel de organización, todavía era posible mantener **tesis consejistas que, habiendo sido anteriormente válidas, ahora reflejaban unas concepciones sindicales difícilmente compatibles con el eurocomunismo.** Ciertamente, las coordinadoras de maestros, PNN, técnicos, médicos, etc., se elegían a partir de delegados elegidos a su vez en asambleas de grupos homogéneos de estos trabajadores. Pero identificar estos organismos (y otros habidos en el seno del movimiento obrero tradicional) con los actuales consejos italianos, tal como se ha venido haciendo a menudo, era ignorar que el movimiento de consejos en Italia se asienta en unos sindicatos consolidados y con gran experiencia.

Afortunadamente, la práctica sindical de los comunistas en CC.OO. ha ido por delante de la teoría sindical en las capas

de técnicos y profesionales. No en vano puede CC.OO. presumir de una trayectoria única en nuestro país de trabajo en estas capas, así como de la preocupación por dar forma organizativa a un sindicalismo de clase específico para profesionales, técnicos y cuadros, con cierto grado de autonomía dentro del sindicato. Esa especificidad no se refiere solamente a las reivindicaciones salariales, sino también a otros factores de diferenciación: tipos de comunicación, lenguaje, formas de lucha, etc. En numerosos conflictos laborales, bajo la dictadura, CC.OO. supo optar entre el paro de los talleres, que las oficinas de esa empresa no secundaban, y el ritmo lento en que participaba el conjunto de la plantilla. Con esto no quiero decir que el conjunto de la CS de CC.OO. haya aplicado realmente esos planteamientos maduros que están en la tradición del movimiento de CC.OO. Pero sí constatar que es la única central que ha demostrado una clara sensibilidad ante la difícil incorporación de los técnicos y profesionales al movimiento obrero organizado. Los resultados de las elecciones sindicales en el colegio electoral de técnicos y administrativos reflejaron ese aspecto de la historia de CC.OO.<sup>5</sup>

En cambio, UGT ha tenido hasta hace poco una posición obrerista, de incompreensión de la situación específica de menor conciencia sindical y reciente masificación de los técnicos y profesionales. Contra numerosos pronósticos, UGT quedó bastante por detrás de CC.OO. en votos sindicales en el colegio de técnicos y administrativos en las elecciones sindicales de 1978. El radicalismo verbal contra los acuerdos de la Moncloa, las convocatorias de acciones por reivindicaciones imposibles, etc., explican que UGT perdiese en favor de las candidaturas independientes un espacio sindical que aparentemente era suyo.

En estos casi dos años, CC.OO. ha evi-

denciado digerir demasiado despacio los cambios objetivos que se exponían en el apartado anterior: la velocidad de instalación de reflejos corporativistas en el seno de las capas trabajadoras ha sido mayor que el ritmo de respuesta de CC.OO. a esos cambios. Incluso, cabe detectar algunos síntomas de «deseducación» de la primera central del país con relación a estos aspectos de la política sindical<sup>6</sup>. Por su parte, UGT es consciente de las posibilidades perdidas hace dos años, y trata de rectificar ahora. El acuerdo CEOE-UGT, que marca un giro estratégico del sindicato socialista, puede tener efectos importantes en el segundo colegio electoral sindical, que, como recuerda Nicolás Redondo, es el 30 por 100 de los trabajadores españoles. No estamos ante la UGT inmadura y absurdamente izquierdista de 1977-78, sino ante un sindicato que, pese a sus tremendas carencias orgánicas, tiene una concepción muy realista de sus propias posibilidades, definidas de un modo rotundo por la dirección del PSOE.

Es importante que las dos grandes centrales de clase hayan entendido que **no es lo mismo un sindicalismo amarillo de conciliación, que un sindicalismo corporativo, gremial, aunque a veces pueden coincidir.** El sindicalismo corporativo se va organizando con mayor o menor intensidad según los casos (Administración, Sanidad, Enseñanza, etc.), entrando en crisis los grupos de delegados sindicales «independientes» (no organizados en sindicatos), que eran la coartada sindical de los partidos políticos de la derecha para relativizar el espaldarazo de la mayoría de los trabajadores españoles al sindicalismo de clase. En estos momentos, la derecha política ha optado resueltamente por abrir cauces de desarrollo del sindicalismo corporativo, a la vez que trata de aumentar las distancias entre los sindicatos y los trabajadores no afiliados.

Por todo ello, puede haber variaciones



importantes en la estructura del voto sindical de los técnicos y profesionales (CC.OO., UGT, sindicatos corporativos, tasa de abstención) en las elecciones sindicales de 1980. Va a depender mucho de como actúen las distintas fuerzas sindicales este otoño.

### El voto político de las clases medias asalariadas

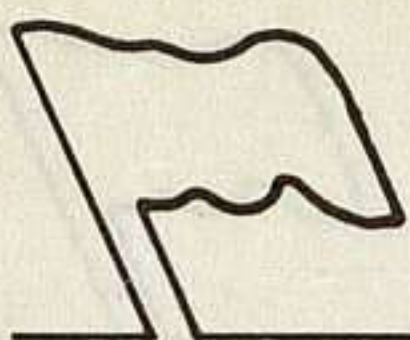
Con toda su importancia, la vida sindical no puede ser el hilo conductor de la alianza de las fuerzas de trabajo y las fuerzas de la cultura. Los trabajadores intelectuales viven en sus centros de trabajo contradicciones con el capital que sólo muy parcialmente tienen un tratamiento sindical: el abismo entre la racionalidad técnica y la utilización irracional de la ciencia y la técnica por las clases dominantes, entre las posibilidades de una nueva organización del trabajo basado en colectivos pluridisciplinares y las necesidades del capital de jerarquizar y atomizar el trabajo, destruyendo mecanismos de desalienación del mismo. A la vez, fuera del centro de trabajo, las fuerzas de la cultura viven las contradicciones cotidianas de una sociedad que para humanizarla, es decir, para reconciliarla mínimamente con el hombre, requiere transformaciones profundas. El trabajador intelectual, además de asalariado en su empresa, es un ciudadano explotado por el sistema capitalista de muchas formas: como consumidor, como inquilino, como padre de alumno, como receptor de cultura, como demandante de ocio, como usuario de servicios públicos, como víctima de una moral dominante que genera incomunicación, angustia, machismo, inseguridad personal, agresividad, etc. Es decir, las coincidencias entre los trabajadores manuales y

los trabajadores se prolongan más allá del aparato productivo en todas las esferas de la vida social.

Ese conjunto de contradicciones se manifestó puntualmente en mayo de 1968, que facilitó a la izquierda europea el abandono de planteamientos momificados y el rearme ideológico para recuperar la esperanza del socialismo democrático y, entre otros aspectos, para luchar a fondo contra la concepción burguesa de los trabajadores de «cuello blanco» como clase-puente entre el capital y la clase obrera, amortiguador de la lucha de clases. Sin embargo, tras un avance de posiciones en la etapa 1969-75, se inicia, coincidiendo con el agravamiento de la crisis económica, un último período de atasco, cuando no de retroceso, de la izquierda en las clases medias europeas. Este nuevo colapso de las expectativas de avance hacia el socialismo pone en evidencia el exceso de mitificación y el escaso análisis crítico del episodio de mayo de 1968. Sin pretender entrar aquí en las grandezas y servidumbres del mito del mayo francés, destacan hoy los aciertos estratégicos del trabajo de Santiago Carrillo ese mismo año en «La lucha por el socialismo, hoy». Además de avanzar elementos de la teoría política eurocomunista, Carrillo desarrollaba la idea de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura como la llave de la izquierda para implantarse en las capas medias. Ese propósito político ha sido parcialmente conseguido en nuestro país, mediante el movimiento estudiantil de la última década del franquismo y los movimientos profesionales, relativamente amplios a partir del año 1972.

Hay, pues, en estas capas una tradición innovadora de la izquierda española, que tiene su traducción electoral. En este sentido, cabe destacar que el voto comunista (PCE) en las elecciones legislativas de 1977, empata con el voto socialis-





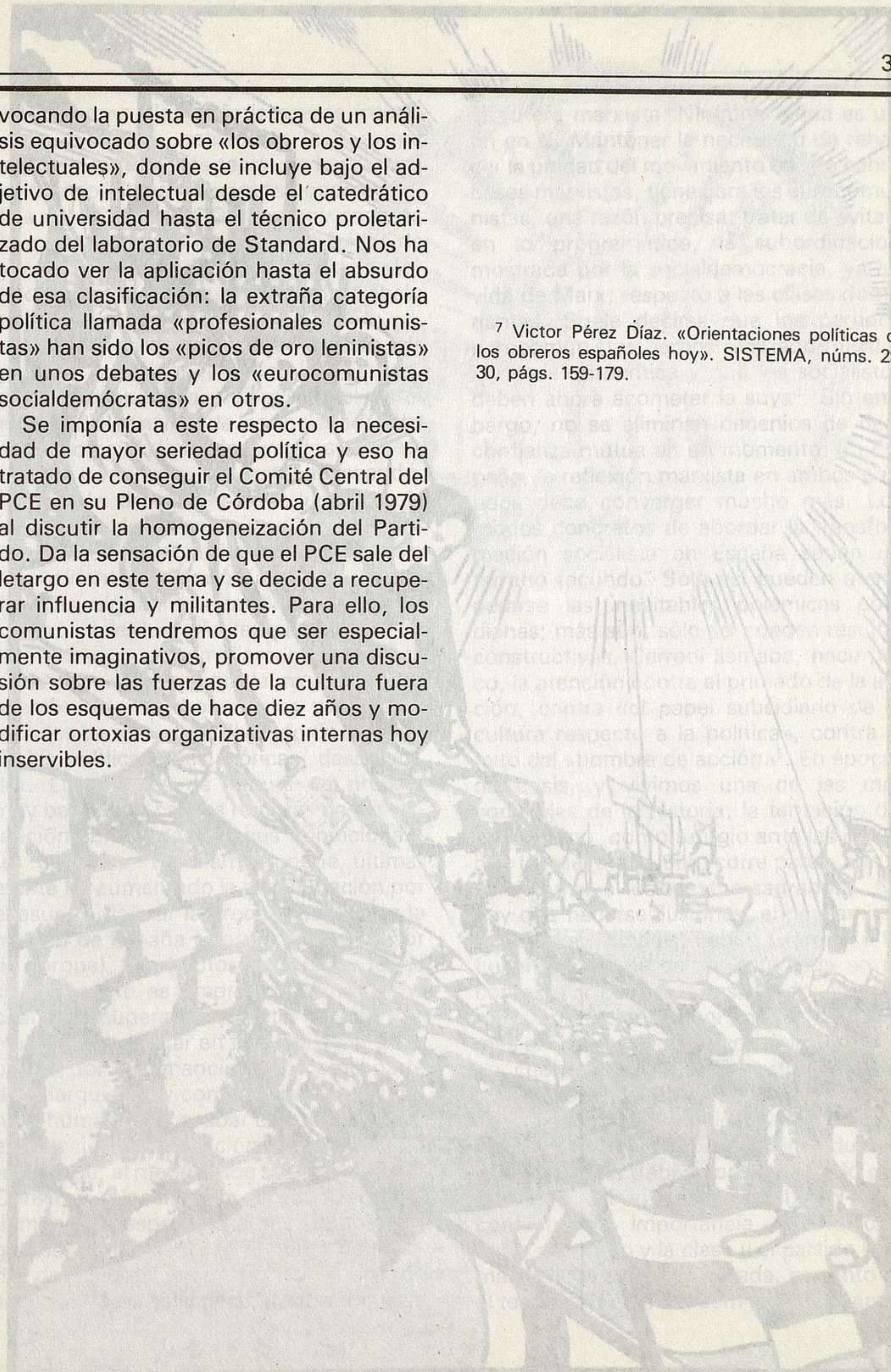
ta (PSOE + PSP) en las capas de los profesionales asalariados. Es decir, para el PCE los titulados asalariados son la segunda capa trabajadora en votos, lógicamente detrás de la clase obrera tradicional y por encima de los empleados y los técnicos no titulados<sup>7</sup>. El dirigente socialista Ignacio Sotelo puede explicar ese voto comunista en base a la **sectorialización** del «mensaje político» hacia el profesional asalariado. Justamente eso empieza a entender el PSOE ahora, a partir de su último Congreso Extraordinario, en tanto el PCE no acaba de asumir la urgencia de redefinir la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura en un contexto de crisis social profunda.

Este atasco del PCE en su elaboración política sobre los trabajadores de la ciencia, la técnica, la enseñanza y la cultura tiene razones objetivas, pero también importantes causas internas. Para empezar, los máximos órganos de dirección del PCE han confundido frecuentemente la realidad de estos sectores con la problemática particular del núcleo de intelectuales comunistas que colaboran en las comisiones de trabajo del Comité Central. La necesaria reorganización territorial del PCE en la legalidad fue mal aplicada, tanto en cuanto a sus ritmos como en muchos aspectos concretos, motivando un retroceso en la relación directa del profesional comunista con sus sectores. La participación de aquél en la discusión sobre la transición democrática estuvo muy sesgada por la polémica acerca de la sindicación de estas capas, primero, y después por el deficiente funcionamiento de las agrupaciones territoriales, donde la tarea prioritaria era asimilar el enorme salto numérico producido tras la legalización del PCE, homogeneizando comunistas de las más variadas procedencias, edades y posiciones políticas. Pero, sobre todo, el gremialismo alimentado por la crisis social se ha trasladado al interior del PCE, pro-

vocando la puesta en práctica de un análisis equivocado sobre «los obreros y los intelectuales», donde se incluye bajo el adjetivo de intelectual desde el catedrático de universidad hasta el técnico proletariado del laboratorio de Standard. Nos ha tocado ver la aplicación hasta el absurdo de esa clasificación: la extraña categoría política llamada «profesionales comunistas» han sido los «picos de oro leninistas» en unos debates y los «eurocomunistas socialdemócratas» en otros.

Se imponía a este respecto la necesidad de mayor seriedad política y eso ha tratado de conseguir el Comité Central del PCE en su Pleno de Córdoba (abril 1979) al discutir la homogeneización del Partido. Da la sensación de que el PCE sale del letargo en este tema y se decide a recuperar influencia y militantes. Para ello, los comunistas tendremos que ser especialmente imaginativos, promover una discusión sobre las fuerzas de la cultura fuera de los esquemas de hace diez años y modificar ortoxias organizativas internas hoy inservibles.

<sup>7</sup> Victor Pérez Díaz. «Orientaciones políticas de los obreros españoles hoy». SISTEMA, núms. 29-30, págs. 159-179.





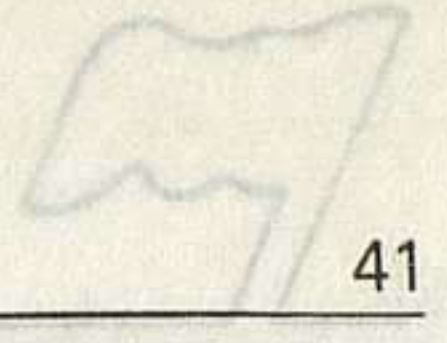
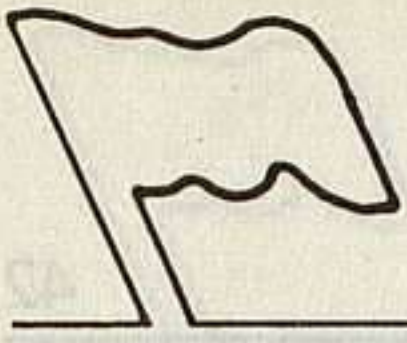


# Crisis del Marxismo

## ¿La crisis de qué Marxismo?

Alberto Infante





¿Hay crisis del marxismo? Evidentemente, hay crisis del marxismo-leninismo en cuanto ideología justificatoria del sistema político soviético. Pero ¿será cierto, como dicen los ideólogos oficiales del PCUS, que al abandonar esa doctrina, se acaba abandonando el legado de Marx? En concreto, partidos que como el PCE, han adoptado la formulación «marxista revolucionario», ¿corren el riesgo de iniciar un lento camino hacia su Bad Godesberg? J. Pérez Royo hace un análisis de los tipos de argumentación que suelen oírse en el interior del PCE<sup>1</sup>, y, a continuación, plantea: «¿qué relación se ha dado históricamente, y se da en estos momentos, entre el marxismo, en cuanto teoría definidora de las motivaciones... y de los fundamentos de la práctica del movimiento obrero... y dicho movimiento obrero?» No voy a repetir las respuestas que ofrece a dicha pregunta; añadiré algunas reflexiones a lo que plantea. El dogmatismo es, a la teoría, lo que el autoritarismo a la práctica. Ambos florecen sobre la base de la incultura rodeados de un halo de «necesidad», por imperativos de la «situación», como mal menor, etc. Una vez asentados, son difícilmente desalojables de sus posiciones, incluso cuando buena parte de las condiciones que «justificaron» su ascenso han desaparecido. En un marco de democracia representativa; con una estrategia de transición al socialismo basada en el sufragio universal, en la participación activa, organizada y consciente de amplísimas mayorías, el movimiento obrero y sus partidos «necesitan», mucho más que antaño, no poseer la teoría que haya de guiar al movimiento e introducirla, desde fuera, en éste, sino invertir las relaciones teoría-práctica, para ser capaces de teorizar sobre experiencias ajenas, discutir las con sus protagonistas, incorporarlas al acervo cotidiano de lucha e ir diseñando objetivos intermedios cuyo alcance acerque la transformación so-

cialista como algo prácticamente interesante a toda la población. Esto exige, también, mucha más teoría en la práctica política cotidiana. ¿Cuántos cuadros medios del PCE o el PSOE son hoy capaces de exponer cuatro elementos básicos de la presente crisis capitalista, relacionándolos entre sí y con su área de trabajo político?

Recientemente, J. Muñoz citaba seis grandes apartados (economía, historiografía, antropología, evolución del sistema mundial, análisis de las sociedades del este, ecología) donde la investigación teórica de corte marxista está avanzando. La difusión del concepto de lucha por la hegemonía desde antes de acceder al poder, especificidad básica de la revolución en occidente, fecundó hace más de dos décadas, alguna de estas líneas<sup>2</sup>. Sin embargo, los textos más representativos de este esfuerzo son ampliamente desconocidos entre nosotros por la mayoría de los miembros y cuadros de los principales partidos de izquierda. El grado de difusión de las publicaciones teóricas, desalentador. Los índices de lectura de prensa, muy bajos. Las causas remotas de esta situación son evidentes; sus condicionantes de clase, también. Aunque últimamente ha aumentado la preocupación por el asunto, colmar la brecha, trágica en la historia de España (y otros países del sur de Europa), entre actos sin teoría y teoría sin actos, no es empresa fácil. Máxime cuando recuperar el carácter creador del marxismo, su lugar en la lucha de la clase obrera por su emancipación como parte de la larguísima y compleja batalla del género humano por acabar con todo tipo de explotación y dominación, enfrenta los intereses de, al menos, dos superpotencias. Construir el socialismo profundizando la democracia espeluzna a sus grupos dirigentes. El marxismo es el punto de partida de ese esfuerzo, no su punto de llegada<sup>3</sup>. Marx solía decir, ironizando, que

él no era marxista. Ninguna teoría es un fin en sí. Mantener la necesidad de rehacer la unidad del movimiento obrero sobre bases marxistas, tiene para los eurocomunistas, una razón precisa: tratar de evitar, en lo programático, la subordinación mostrada por la socialdemocracia, ya en vida de Marx, respecto a las clases dominantes. Suele decirse que los partidos eurocomunistas hemos realizado nuestra parte de autocrítica y que los socialistas deben ahora acometer la suya<sup>4</sup>. Sin embargo, no se eliminan decenios de desconfianza mutua en un momento. En España, la reflexión marxista en ambos partidos debe converger mucho más. Los modos concretos de abordar la transformación socialista en España serían un terreno fecundo. Sólo así pueden atemperarse las inevitables polémicas cotidianas; más aún, sólo así pueden resultar constructivas. Cerroni llamaba, hace poco, la atención contra el primado de la acción, contra «el papel subsidiario de la cultura respecto a la política», contra el mito del «hombre de acción»<sup>5</sup>. En épocas de crisis, y vivimos una de las más complejas de la historia, la tentación del practicismo, como refugio ante las dudas que lo nuevo provoca, corre pareja con la del recurso a los «textos sagrados». No hay que hacerse ilusiones, el pensamiento de Marx, Engels, Lenin, Gramsci o R. Luxemburgo, ha de ser estudiado en su contexto y conocido, asimilado, junto a otras aportaciones, por masas cada vez más amplias; ya no es reducible a un único cuerpo doctrinal. El partido político juega papeles de vanguardia social cuando hace mediación racional, integradora, entre cultura, ciencia y trabajo. Educa al luchar con los trabajadores, tratando que expresen «el interés general» en cada conflicto de importancia. La relación entre el partido y la clase y el partido y las masas debe ser reexaminada, no tanto en el terreno de la teoría como en el del análi-



sis de las formas concretas que viene adoptando<sup>6</sup>.

Una última reflexión. Si no se pueden menospreciar las tendencias oportunistas en el PSOE, tampoco conviene menospreciar la influencia combinada de practicismo y dogmatismo en el interior del PCE. Tiene tradición y soportes. Políticamente, conviene hoy a los intereses de la derecha y, por otros motivos, en ciertos casos, a los del PCUS. Pueden encarnar en determinados sectores obreros o populares, crispados ante los efectos de la crisis y la derechización paulatina del

clima político. Hay que decir, abiertamente, que tal derechización sólo puede combatirse penetrando más, y más a fondo, en el conjunto de los trabajadores, comprendiendo su diversidad, asimilando concepciones y no «regresando» a unas «puras y duras esencias» que desconozcan cuanto ha sucedido en el mundo durante este siglo o traten de explicarlo en clave teológica<sup>7</sup>. Esta labor de penetración ofrece un vasto espacio, insuficientemente explotado todavía, para quienes se proponen no sólo interpretar el mundo sino cooperar a transformarlo.

<sup>1</sup> Pérez Royo, J.: «¿Crisis del marxismo?» en N. Bandera, número 100, págs. 90-95, sep.-oct., 1979.

<sup>2</sup> Muñoz, J.: «El marxismo en la crisis» (nota sobre el sentido actual de un programa de investigaciones marxistas) en Los papeles de la FIM, núm. 1, enero, 1980.

Este artículo contiene interesantes reflexiones sobre el tema. Coincido con la fórmula «Lo esencial del marxismo no es, por otra parte, su vertiente teórica, sino su doble condición de aportación gigantesca a la autoconsciencia social humana y de suma de elementos fundadores de una práctica emancipatoria». También éste era, me parece, el sentido del responso de Engels ante la tumba de Marx.

<sup>3</sup> Ver: Triana, E.: «Sartre y la crítica del pensamiento marxista» en EL PAIS, 2/5/80. Recuerda acertadamente: «El esfuerzo sartriano fue acertado y útil al dirigirse contra las opciones excluyentes que pretendían identificar conciencia de clase con materialismo transcendente, lucha por el socialismo con la defensa hermética de una concepción fija del mundo y de la naturaleza.»

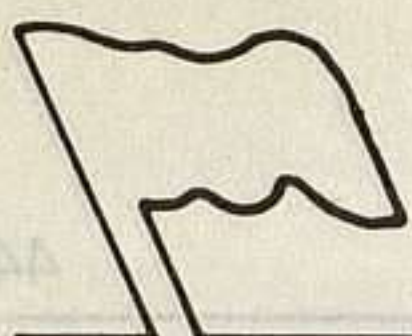
<sup>4</sup> Un reciente estudio elaborado por el Partido Laborista inglés señala que «los partidos comunistas siguen teniendo grandes dificultades en aceptar que los partidos que pertenecen a la Internacional Socialista son genuinamente representantes de la clase obrera de sus respectivos países y están genuinamente interesados en darle a la clase obrera el poder real», aceptando que ello podría estar justificado por «el comportamiento de los partidos socialistas que llegaron al gobierno en varios países de Europa Occidental». No obstante la importancia del documento, las diferencias siguen siendo serias. ¿Durante cuánto tiempo?

<sup>5</sup> Cerroni señala: «... es cierto, sin embargo, que la política sigue siendo, digamos, la locomotora de la historia, pero a condición de que acepte a su vez ser el objeto de una investigación científica... ¿por qué llamó entonces Marx "científico" a su socialismo?... Marx sometió su análisis político a una interrogación científica, le hizo objeto de una ciencia... el problema sigue siendo el primado de la ciencia, incluso sobre la política. Que no debe ser entendido en el sentido de la tecnocracia. Es preciso, pues, descubrir la centralidad de la ciencia y de la cultura en el mundo moderno... que es también un gran recurso de la democracia», en «La política, la cultura, el socialismo. Conversación con U. Cerroni», Argumentos, núm. 33, abril, 1980.

<sup>6</sup> Existe cierto desasosiego entre muchos cuadros intermedios al respecto. Las dificultades objetivas y subjetivas para el asentamiento de las agrupaciones de empresa; los modos de relación directa y estable del partido con la población; las relaciones partidomovimientos asociativos urbanos y agrupación comunista-sección sindical de CC.OO.; son problemas que se inscriben en un reto más general: tratar de avanzar, en concreto, posiciones en la articulación del bloque social alternativo al dominante, en condiciones políticas difíciles.

<sup>7</sup> En un reciente congreso sobre «El marxismo-leninismo en la época contemporánea», los portavoces del PCUS insistieron en la «unidad del marxismo», en que el «marxismo-leninismo es una doctrina íntegra», en que Bresnev es fiel continuador del leninismo y en que el «relativismo absoluto es ahora un peligro tan grande como el dogmatismo» (sic.). El carácter abstracto de estas precisiones no debe hacernos olvidar su valor de aviso acerca de los propósitos de los ideólogos oficiales de la URSS.





# ¿Qué es la revolución antitotalitaria?

Fernando Savater

**«Independiente porque nadie depende de mí, no soy esclavo porque no soy amo.»**

(VÍCTOR TAUSKI)

Ayer todo el mundo era creyente, hoy no encuentra uno más que escépticos por donde quiera que mire. Vivimos en un éxtasis de desencanto, en una orgía de desilusión: todo el mundo ha despertado de su sueño dogmático y se menean las cabezas al unísono con agrídulce clarividencia. Los ex fanáticos se tambalean cabizbajos, llenos de náusea, autocompasión y tolerancia universal, como juguistas dirigiendo la resaca a las ocho menos cuarto de la mañana fría. El realismo —entendido como pura aceptación de la impotencia o del cinismo— es el **alka-seltzer** de las almas otrora sublevadas. La derecha, al menos, sabe que no hay solución ni alternativa a lo vigente: hay que afirmar los valores occidentales, a los que ya se encuentran justificaciones biológicas o en cualquier otro ramo del positivismo científico; otros, convalcientes de antiguas **chinoiseries**, recomiendan **resistir**, resistirse a las seducciones del po-

der y del anti-poder, del deseo, del paganismo, de la diferencia y volver a la segura abstracción de la Ley Universal que garantiza el trascendente Señor judeocristiano. La izquierda parlamentaria ya no se atreve a alzar la voz, finalmente convencida de que tiene poco que decir. Partidaria de la transformación homeopática de la sociedad, sospecha que es más seguro para el progreso que los cambios sean argumentados de la manera menos subversiva posible: a fin de cuentas, insinúa, todo cambia para que todo siga igual, de modo que, por favor, dignense concedernos alguna pequeña modificación de las cosas para que contentemos a nuestra clientela. No son hipócritas en esto, pues en el fondo así es como piensan. Suspiran: la gente está desencantada, pasa de todo... y, por si acaso cuela, redoblan sus esfuerzos por engañarla, aunque sea a fuerza de realismo. La gente que pasa suele pasar ante todo de ellos. Con lo cual

ya demuestra un atisbo de interés por lo real bastante considerable. Y más a la izquierda truenan los fieles lectores de Politzer, los adictos a alguna forma de «socialismo real», sea rojo o amarillo. Todavía no son capaces de participar en lúgubre festín escéptico, complejidad psicológica que les rebasa, y se limitan a gruñir desconcertados y feroces en torno a él. Recuerdan aquellos versos de Víctor Hugo:

**«Je vais, je viens; je suis  
[l'alternative sombre;  
Je suis l'heure qui fait sortir,  
[en frappant l'ombre,  
Douze apôtres le jour, la nuit  
[douze césars.»**

En estas circunstancias, hablar de «revolución» parece pedantería, mala fe o misticismo obtuso. Es la hora de las tareas a corto plazo, desencantadas, el final





de estas grandes palabras cuyos luminosos propósitos desembocan en tiranía y muerte. Revolución se llamó la que comenzó en Francia en 1789 y desembocó en el terror, la guillotina y Napoleón; revolución dicen que fue la bolchevique de octubre, cuyo saldo es la dictadura burocrática, los procesos de Moscú, el Gulag... Y revoluciones, la encabezada por Mao en China y por Fidel Castro en Cuba, que han servido para entronizar autocracias con rasgos despóticos a la oriental (o a la caribeña), políticas interiores represivas de cultura o disidencia, políticas exteriores de ambigua connivencia con dictaduras derechistas, etc... ¿Hubo otras revoluciones? Duraron el tiempo de un suspiro, como la Comuna parisina o la vilmente calumniada de los consejos obreros de Hungría. Las revoluciones «logradas» han sido giros orbitales del Todo, reforzadores de la autoridad y la separación burocrática del poder, cuyos efectos prácticos positivos no van mucho más allá de haber acelerado la industrialización de países estancados, haber sustituido la corrupción del **champagne** por la tiranía de las pólizas, escolarizar a niños que no tendrán libros que leer ni podrán desarrollar sin peligro su espíritu crítico y brindar unas mejoras en la Seguridad Social que países democráticos han conseguido más eficazmente y con menor costo. Parece que es cuerdo renunciar a la grandilocuente noción de Revolución, tal como llegados a cierta altura de la vida seguir soñando con la felicidad es síntoma de infantilismo. Y, sin embargo...

Sin embargo, el punto de vista que quiero defender aquí es precisamente el opuesto. Sostengo que la revolución es una aspiración ética irrenunciable, la promesa triunfal del fin de lo político; que tal proyecto es la gran obra de arte que puede acometerse hoy, la mayor aventura de nuestros días y el trasfondo de cualquier moral que se pretenda autónoma, y

no puro reflejo de la coacción social establecida o del terror religioso; que la revolución no es como proyecto ni ha de ser en la práctica la restauración del Todo reforzado, es decir, la ocupación del poder separado (Estado) por una casta de especialistas en mandar preferible a la actualmente instalada, sino que es imaginable una revolución antitotalitaria (de hecho, es la única imaginable que puede ser llamada «revolución»); que tal revolución no es una vaga apetencia de corazones desafectos al principio de realidad, ni algo tan informe, misterioso, negativo y sublime y que **nada** positivo puede decirse de ella sin traicionarla (aunque evidentemente y a causa precisamente de su propio contenido positivo, sería contradictorio poder trazar un plan completo y definitivo de ella); por último, que la revolución no advendrá como consecuencia inexorable de ningún tipo de necesidad histórica, o económica, o natural, o como el Gran Día de algún Milenio religioso, pero su **verosimilitud** teórica y su **posibilidad** práctica están ligadas al desarrollo de luchas históricas (quizá debiéramos decir «antihistóricas»), condiciones técnicas, contradicciones políticas, invenciones simbólicas, análisis críticos y, en líneas generales, al concreto **despliegue creador** de las fuerzas propias de los individuos, en su pluriformismo, cooperación y disonancias. Veamos si soy capaz de esbozar superficial y dogmáticamente las líneas maestras de lo que llamo «revolución antitotalitaria», advirtiéndole de antemano que no se trata en modo alguno de un fruto original de mi particular capricho, sino de la reformación servil de lo que propugnan desde hace un par de siglos los combatientes por un **comunismo libertario**; incluiré en este cuadro no sólo ideas clásicas del anarquismo, sino también las aportaciones fundamentales de Nietzsche o Stirner y, en este siglo, de Landauer, Bataille, Camus o Castoriadis, siempre te-

niendo en cuenta que unas y otras han brotado de **sublevaciones efectivas** de individuos reales (no clases o castas predestinadas), en reivindicación de su emancipación económica, su autonomía política, su liberación sexual o el reconocimiento institucional de estilos de vida diferentes: sin la existencia constatable de estas luchas reales en el pasado y en el presente, sea cuales fueren sus logros, las obras de los teóricos serían pura palabrería o un sueño ridículo.

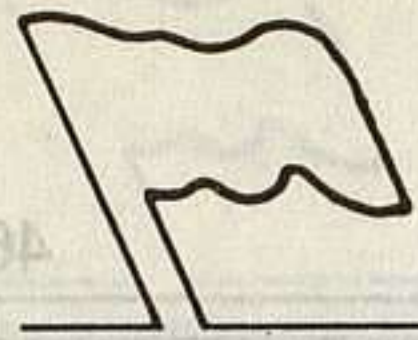
---

## 1. En qué se funda

---

El hombre que se separa del continuo animal/mundo por la invención de las herramientas; la principal de éstas es la comunidad social. Hay en esta proposición —estricta y conscientemente **mitológica**, como corresponde a toda antropología de los orígenes— la firme decisión de no considerar las instituciones sociales como dependientes en esencia de ninguna fuerza **inhumana**, sea teológica o natural, sino exclusivamente de la **voluntad** de los hombres. Esta voluntad es afán ordenador, fundador y dominante; ansia de prestigio y de inmortalidad; decisión de manejar artificios y de convertir en artificio la naturaleza toda, pero también convicción de la propia no-instrumentalidad, de la pertenencia de los hombres a un orden distinto al de las cosas útiles (el ámbito de lo sagrado, la fiesta, el sacrificio); voluntad de creación y de poder, voluntad **poética** en sentido literal. **Toda institución social, toda forma comunitaria, es fruto de la voluntad creadora de los hombres y de su**





**imaginación simbólica, ansiosa de plenitud y triunfo sobre la muerte.** Muchas sociedades primitivas no conocen la división entre gobernantes y gobernados, jefes y súbditos. Cuando ésta se da, por razones que sería imposible apuntar brevemente aquí, surge lo que puede llamarse Estado en sentido lato. El Estado es la institución permanente y autorreproductora del poder separado, es decir, la creación de una casta de especialistas en mandar, cuyas decisiones marcarán la pauta de la vida comunitaria. El poder social se concentra en un punto institucional que absorbe las fuerzas propias de imaginar, decidir y ejecutar de todos los socios; desde ese punto, se redistribuyen las fuerzas según pautas marcadas en la cúspide, de modo que cada cual pueda cumplir con la tarea que se le encomienda y del modo que se le ordena. Este poder separado puede funcionar según un corte abrupto, pero más frecuentemente lo hace escalonadamente, en forma de pirámide burocrática. Las justificaciones de la separación del poder son de todo orden: teológicas, de superioridad de casta o fuerza de los jefes, racionalistas... En cualquier caso, esta instauración de la división del poder precede y causa la división económica de la sociedad en poseedores y despojados, explotadores y siervos. Aquí discrepamos de la visión marxista del Estado como instrumento de perpetuación del dominio económico de los poderosos. El poder separado precede a la acumulación y a las clases, y las motiva. Algo de esto intuyó Marx, cuando dice: «La naturaleza no produce, de un lado, poseedores de dinero o mercancías y, de otro, poseedores de su sola fuerza de trabajo. Tal relación no tiene ningún fundamento natural, ni es tampoco una relación social común a todos los períodos de la historia. Es evidentemente el resultado de un desarrollo histórico preliminar» (Capital, Lib. 1). Pues bien, ese desarrollo

histórico previo es el nacimiento de la separación del poder.

---

## 2. Qué es

---

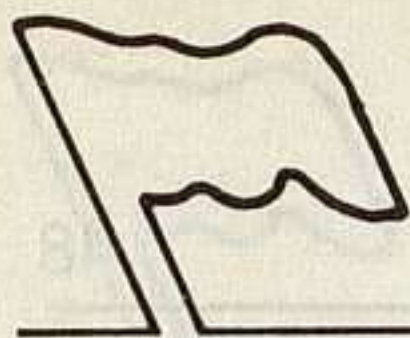
La Ilustración desmitificó las más usuales justificaciones teológicas de la separación del poder. Nace la idea de que la sociedad es fruto de un pacto entre los hombres (Hobbes, Rousseau), según el cual éstos delegan permanentemente o transitoriamente, absoluta o parcialmente, su fuerza en una soberanía separada que dirima sus querellas y organice sus vidas. Pero ya en el siglo XVI, La Boétie se admiraba de que los hombres se sometieran a un poder único y proclamaba que habían nacido para ser «unos» y no para someterse al «uno». Se abre paso la idea de que la separación misma del poder es injusta, de que la única forma de que los hombres sean iguales en el poder o en tanto al poder (aunque subsistirán las diferencias inagotables de la fuerza propia) es la no delegación del poder, **la intervención directa y permanente en la gestión social.** No es un motivo altruista lo que lleva a demandar la abolición del Estado: sólo quien no ha renunciado a decidir ni delega sus decisiones (la capacidad de decidir por uno mismo es irrenunciable e intransferible, por lo mismo que no se puede hacer el amor por otra persona ni comer por él) puede ser considerado **libre**, es decir, perteneciente a un orden no instrumental; y sólo hombres libres pueden **reconocerme** como radical indeterminación y voluntad creadora, no cosificada ni instrumental, insustituible e incomparable. Es decir, sólo entre hombres libres se me tratará como persona y no como herramienta. La instrumentalización del hombre por el hombre no es sólo explotación económica, sino que, antes

de ésta y produciéndola, es expolio de la capacidad de decidir, organizar, **instituir.** Quienes han delegado su poder (o a quines les ha sido arrebatado) son despojados también de todo lo demás. Aquí nuevamente discrepamos del marxismo, cuando éste parece suponer que hay una enajenación de la iniciativa decisoria de los trabajadores que no depende de la voluntad contraria de los dominantes, sino de la necesidad misma de las cosas. Por ejemplo, dice Engels: «Si el hombre, con la ciencia y el genio inventivo, somete a las fuerzas de la naturaleza, éstas se vengan de él, sometiéndole, mientras las emplea, a un verdadero despotismo, **independientemente de toda organización social** (subrayado mío, F. S.). Querer abolir la autoridad en la gran industria misma, es querer destruir las fábricas de hilados a vapor para volver a la rueca.» Esto equivale a reconocer la inevitabilidad de la explotación en la sociedad industrial cuando precisamente lo que habría que transformar revolucionariamente son las relaciones autoritarias cristalizadas en la fábrica y en las máquinas mismas, so capa de racionalidad. **Es decir, que llamamos revolución a la abolición de la separación instituida entre gobernantes y gobernados; a la desaparición de toda delegación permanente de las fuerzas propias individuales; a la organización, desde abajo de la comunidad (prefiriendo la horizontalización del poder a su verticalización), en federaciones de asambleas de creadores, con cargos permanentemente revocables y supresión de las disparidades en las retribuciones.** ¿Proyecto imposible? No mucho más que el mantenimiento ininterrumpido del actual «equilibrio» político internacional, la verosimilitud teórica —no pura inercia con parches políticos febrilmente aplicados— del vigente sistema económico mundial o el tránsito gradual del capi-









«Marxismo» quiere aquí significar «teoría marxista». Por tanto, estamos hablando de «crisis teórica» del marxismo y de «revolución teórica» en el marxismo.

Pero «teoría», en el contexto de «teoría marxista» —en cuanto se la sigue considerando como una teoría viva, actual— no es algo que pueda ser reducido (filológicamente) a los límites de la MEGA. Como teoría política, que pretende controlar el proceso mismo de la historia, no solamente tiene que incorporar las etapas que precedieron a su formulación (modo de producción asiático, esclavismo, etc.), así como también dar cuenta de las teorías políticas implicadas por éstas etapas (teorías que serán consideradas como ideológicas). Tiene también que incorporar —y esto es lo más paradójico— las etapas que le son posteriores, en particular, el mismo desarrollo de la teoría en su función de organizadora de los procesos políticos histórico-universales posteriores a 1873. Por ello, cuando se habla de **marxismo**, se habla, desde luego (MEGA) de Engels, pero también de Kautsky; se habla de Lenin, pero también de Stalin; de Rosa de Luxemburgo y de Trotsky, de Gramsci y de Mao. Acaso no de Bernstein, por ejemplo. Es como si hicieramos a Marx, en cierto modo, «responsable» de las interpretaciones de los marxistas —al menos de aquellos que han tenido un significado histórico universal (y ello en la medida en que una teoría de la Historia, como la de Marx, si bien no tiene por qué llegar a descender a las interpretaciones ulteriores de la teoría en lo que tienen de subjetivo o psicológico, sí que tiene que llegar a estas interpretaciones a través de la obligación de dar cuenta de los procesos histórico universales ligados a ellas)—. Y así resulta que, de hecho,

## Gustavo Bueno: «¿Crisis en el marxismo o revolución en el marxismo?»



hablamos, de un modo no enteramente gratuito (creemos), de «crisis del marxismo», cuando, según otros, debiera hablarse sólo de «crisis del leninismo» (o de la interpretación leninista de Marx), o de «crisis del leninismo» (o de la interpretación leninista de Marx), o de «crisis del estalinismo» (o de la interpretación estalinista de Marx y de Lenin), etc.

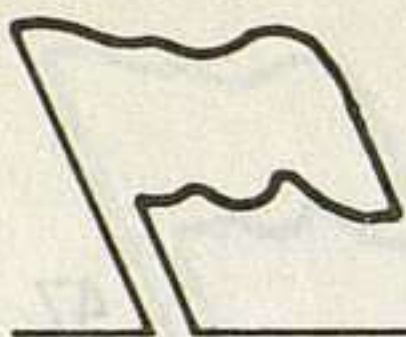
Una teoría con las pretensiones de la teoría marxista, que asume como material

propio la masa integra de procesos reales (políticos, económicos, sociales, religiosos) a los cuales busca orientar (o, lo que es lo mismo, con cuya orientación histórica objetiva pretende estar identificada), no puede ser indiferente al curso mismo de los acontecimientos que ella ha previsto, o incluso inspirado. El material que le sucede es, sin embargo, interior a ella; el desarrollo de la teoría no puede reducirse a la condición de un proceso lógico abstracto que pueda practicarse al margen del propio curso de ese mismo «material».

## II

La «crisis del marxismo», de la que todos hablamos, por tanto, no girará tanto en torno a los ajustes lógicos formales de la teoría marxista (por ejemplo, de los ajustes entre las supuestas incoherencias entre la teoría del valor del Libro I y la de los precios del Libro III de **El Capital**), —la «crisis» lógico formal de una doctrina como la marxista siempre podrá encontrar alguna **salvación** también formal—, cuanto en torno a su extracto material, a la coordinación de los sucesos que le son futuros, pero no externos. Y esto porque tales materiales «ulteriores» no podrían entenderse meramente como externos **verificadores** o **falsadores** (en el sentido de Popper) de una teoría cerrada previa, sino como contenidos internos de una teoría abierta de la cual constituyen también internos desarrollos. No se trata tanto, pues, de poner la crisis de la teoría marxista en supuestas **incoherencias** entre las partes de la doctrina de Marx, o en **inadecuaciones** de la teoría (de sus predicciones) con los hechos ulteriores: se trata de poner la crisis en la





eventual incoherencia e inadecuación a la vez de estos materiales (ulteriores, además de anteriores) entre sí, en la medida en que las interpretaciones de la doctrina (que sean desarrollados suyos) tampoco resulten coherentes entre sí. Podemos incluso aventurar como fórmula bastante general de esta crisis teórica, así entendida, la siguiente: una **crisis teórica** del marxismo se produciría allí en donde aún estando «prevista» (y aún más: programada y puesta en ejecución) por la teoría una cierta conexión de identidad (una verdad) entre diversos términos (o trozos) de la realidad histórica, tal identidad deja de producirse, como si los materiales fuesen los responsables de la «disociación». Las «crisis del marxismo» (de la teoría marxista) tendrían entonces la forma de «crisis de identidad» —pero no en el sentido metafísico hegeliano (como la autonegación de una sustancia realmente idéntica) sino en el sentido dialéctico (el de la disociación de una identidad entre términos que fueron, no solamente pensados, sino construidos como partes de una misma estructura). Algunos ejemplos que se dejan cómodamente acoger por ésta fórmula:

1) La Primera Guerra Mundial significa acaso la primera gran crisis del marxismo, la de la Segunda Internacional, a propósito de su doctrina del proletariado, de la identidad o unidad del proletariado internacional. La Guerra obligaba a desplazar ese proletariado internacional al limbo de la virtualidad pura, por cuanto esa identidad de la clase universal resultaba fragmentada por determinaciones particulares (nacionales) que, fuesen o no superestructurales, lo cierto es que estaban influyendo en acontecimientos de escala planetaria.

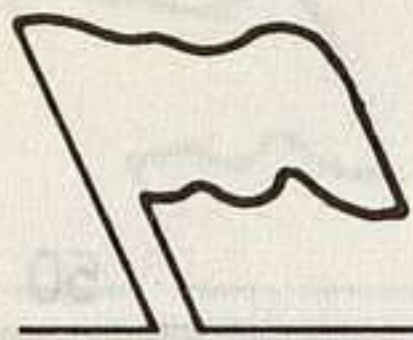
2) Esta crisis habría sido resuelta por

el leninismo: la Revolución de Octubre demostraba de nuevo la realidad del proletariado al hacerlo protagonista de la primera gran revolución socialista. La teoría marxista resultaba así desarrollada (no meramente «apuntalada») con la doctrina del capitalismo imperialista. Esta doctrina daba cuenta del «aplazamiento» de la construcción de esa unidad del proletariado que la primera Guerra había desmentido, por cuanto la unidad reaparecía (una vez roto el eslabón más débil) en un futuro próximo merced precisamente a la consolidación de la Unión Soviética. Esta consolidación (que comportaba la «electrificación» de Rusia y la revolución agraria de los años treinta) cubre el período estaliniano y está apoyada precisamente sobre la **identificación** de la Unión Soviética con la Patria del Socialismo, núcleo en torno al cual habrá de reconstruirse la virtual unidad mundial. La segunda gran crisis del marxismo comenzará a producirse ahora al ritmo de la progresiva disociación entre la Unión Soviética y la Patria del Socialismo (o del Socialismo, a secas). Literariamente, la crisis está anticipada ya en los comienzos del estalinismo (Trotsky), reflejada en sus fases centrales (Orwell, **Animal Farm**) y caricaturizada en sus últimas etapas (Soljenitsinx, Glucksmann, Henri-Lévy), pero acaso se **realiza** objetivamente (históricamente) en el conflicto chino-soviético. A mi juicio, ésta ha sido la crisis más profunda de la teoría marxista y la que más repercusiones ha debido tener y deberá seguir teniendo en el movimiento comunista internacional. Para resolverla (en términos que no sean meramente psicologistas —«traición a la revolución», «culto a la personalidad»—) se ven empujados muchos por la necesidad de regresar hasta componentes muy lejanos de la teoría marxista: la Unión Soviética podría así ser «envuelta» por la teoría marxista, desde luego, pero a condición de que los pro-

prios desarrollos de Lenin y de Stalin sean reducidos, en gran parte (por medio de categorías marxistas disponibles) a la condición de componentes ideológicos. La Revolución de Octubre no sería una traición, pero tampoco una revolución que haya instaurado el modo de producción socialista; es acaso una revolución antiimperialista (ideológicamente entendida como socialismo por Lenin y por Stalin) que se acoge, no ya a la categoría del modo de producción socialista, sino a la de una formación que recuerda el modo de producción asiático, un monopolismo de Estado industrial, no ya agrícola (Bahro).

3) Simultáneamente a la crisis teóricas a las que hemos aludido, crisis determinadas por la dialéctica misma de los materiales internos a la propia «jurisdicción» de la praxis marxista y como contrafigura de esta dialéctica interna tiene lugar el proceso de consolidación del capitalismo, o el aplazamiento indefinido de su agonía. Muchas veces se aduce ésta consolidación o recuperación del capitalismo (después de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial) como principal instrumento de refutación de la teoría marxista. En mi opinión, esto no es correcto, salvo acaso para quienes entienden la teoría marxista al modo popperiano, interpretando la «recuperación del capitalismo» puede ser asimilada por la propia teoría marxista (en cierto modo esta recuperación es ella misma marxista, en una dirección contrarecíproca), y no ya sólo por medio de una nueva corrección de parámetros, sino incluso dando lugar a un **desarrollo** de la propia teoría (en el sentido por ejemplo de Sweezy y Baran). Si no me equivoco, la crisis que para el marxismo representa la consolidación del capitalismo, hay que situarla en otro lado. Por así decir, no en la existencia de la recuperación, sino en su conteni-





do: no es una supuesta predicción del marxismo aquello que hace crisis, sino un componente más profundo (creemos) y menos advertido de la teoría marxista, a saber, la concepción del trabajador industrial como protagonista del modo de producción capitalista, entendido en el contexto del progreso de la humanidad hacia el comunismo. Porque la recuperación del capitalismo en la forma del «capitalismo monopolista» de Sweezy y Baran, por ejemplo, implica un entendimiento de la producción en términos tales que el trabajador industrial ha de comenzar a ser clasificado, en gran medida, entre las superestructuras, en su sentido más peyorativo. La identidad **en la base**, establecida por la teoría marxista clásica, entre trabajador industrial y clase universal (y no sólo por su negatividad de clase desposeída, sino también por su condición positiva de heredera de la ciencia politécnica que soporta la humanidad, como el siervo hegeliano a su señor) comienza a disociarse. Y se disocia primero, porque el trabajador industrial deja de ser, no sólo el que exclusivamente es trabajador manual, sino, también, el «paria de la tierra» —los parias de la tierra viven ahora precisamente en los países no industrializados, en la India, en Africa— y segundo, y, sobre todo, porque aquello que produce el trabajador industrial, su **producción**, ha perdido el prestigio progresista que correspondía a los productos de la industria del siglo XIX (ferrocarriles, electricidad) y adquiere los tonos más falsos y sombríos de los productos superestructurales: tanques y automóviles, aviones de guerra y napalm, además de cirios pascales y coca-cola. Las fuerzas del trabajo pierden con esto el prestigio prometeico que habían adquirido como alumbradoras de las energías prístinas de la Naturaleza, motores de la Historia, frente al lujo superestructural creado por artistas y escritores al servicio de la burguesía, o de las

fuerzas de la cultura, en general (que resultan ser, por otra parte tan trabajadoras, en el plano jurídico laboral, como las primeras). El proletariado deja de poder ser identificado, en cuanto clase trabajadora, con la conciencia práctica de la humanidad en la nueva formación capitalista (y por supuesto, en la industria armamentista del monopolismo de Estado) no solamente ya no es identificable con el curso **básico** de la producción dominadora de la Naturaleza, sino que comienza a presentarse como algo que amenaza y corroe ese curso, en cuanto despilfarra, ciega y agota los recursos energéticos y conduce al suicidio de la vida antes que a la «reconciliación del Hombre con la Naturaleza». El determinismo cultural, la «ideología ecologista», son motores importantes de la crisis de la teoría marxista en aquellas partes suyas que, al parecer, estaban más preservadas, por su abstracción, de una contrastación empírica (Hombre/Naturaleza, Base/Superestructura) y obligan a desarrollar la teoría marxista en direcciones muy distintas a las que conducía el progresismo decimonónico.

4) Como último ejemplo del concepto de «crisis del marxismo» que estamos ensayando: la identificación entre el Estado y la Clase Dominante (explotadora) —parte de la teoría marxista clásica correlativa de su identificación entre el proletariado y la clase universal, con la doctrina de la revolución asociada a ella— comienza también a entrar en crisis al disociarse, en la Unión Soviética, en el «Estado de todo el pueblo» y en el Capitalismo al reconocerse que importantes funciones del Estado no pueden interpretarse como meros servicios instrumentales de la clase capitalista (ni menos aún del fascismo), sino como funciones autónomas administrativas, ligadas a burocracias no capitalistas, comparables acaso a las castas de escribas del modo de producción asiático.

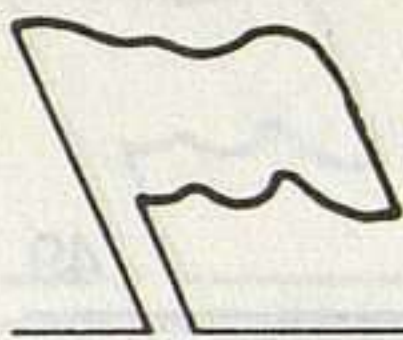
### III

Las crisis de la teoría marxista, tal como las venimos analizando, no parecen implicar necesariamente el reconocimiento de su agonía, puesto que precisamente cada crisis viene acompañada de una ampliación del campo de la teoría, de un **regressus** hacia conceptos más abstractos, desde los cuales las identidades (verdades) rotas parecen volver no ya precisamente a restaurarse, pero sí a ser reabsorbidas en identidades de más amplio radio.

Ahora bien: ¿podemos afirmar que éste proceso de resolución de la crisis ha dado lugar siempre a resultados igualmente satisfactorios? Yo creo que no. Y me parece que la acumulación de éstas rupturas de nexos de identidad preestablecidos por la teoría marxista está acaso determinando en ella algo más que una **crisis**, o que un conjunto de crisis, está determinando una **revolución** de la teoría, una **Umstülpung** del marxismo comparable a la **Umstülpung** que el hegelianismo sufrió en la época de Marx y por obra de Marx mismo.

Cuando hablo de esta inversión o «vuelta del revés» del marxismo, lo hago naturalmente en un sentido analógico —puesto que ésta inversión del marxismo no tiene el sentido de una involución hacia el idealismo. He aquí los términos de mi analogía: suponiendo que la **Umstülpung** del sistema hegeliano por Marx quedase bastante aproximadamente definida, en el marco de los estratos hegelianos del Espíritu (subjetivo, objetivo, absoluto), como la transmutación del significado del Espíritu absoluto (que Marx «pasaré» a la esfera del Espíritu Objetivo, como superestructura), la **Umstülpung** del marxismo que estaría produciéndose quedaría definida en el marco de la escala de los modos de producción que constituyen el contenido del materialismo histórico (a su vez, necesitado de una amplia-





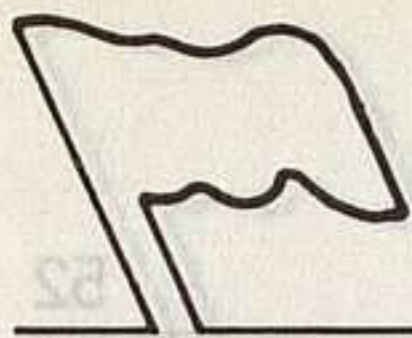
ción que profundice la «estructura plana» —Hombre, Naturaleza— en el que ha sido concebido). La teoría de los modos de producción y de su sucesión histórica —sea lineal, o bien no lo sea— es la parte de la teoría marxista que mayor incidencia tiene, sin duda, en los programas estratégicos o planes políticos comunistas: diríamos que constituye el «plano» mismo de éstos programas. Y cualquiera que sea el estatuto que se otorgue a éstos modos de producción, y al orden entre ellos, parece lo cierto que todos están pensados como tendiendo a desembocar, mediata o inmediatamente, en el comunismo, en el modo de producción comunista. Ahora bien, el comunismo, hoy por hoy, no es una categoría de la historia efectiva, puesto que está más allá de la historia, y no porque se sitúe en un lugar celeste (aunque algunos piensan que su lugar es, por cierto, interplanetario —los militantes comunistas que sean cristianos verán acaso en ésto una aproximación a su antiguo ideal del paraíso celestial, que les aguarda si llevan una vida santa y justa y acaso heroica—), sino, sencillamente, porque se sitúa en el futuro, mientras que la historia, por definición, se refiere al pasado. Sin embargo, el comunismo confiere sentido y orientación a las fases históricas que le anteceden, comenzando por la fase cero, por la llamada «comunidad primitiva» (¿se definirá la comunidad primitiva por medio de las relaciones de igualdad —como hace Marvin Harris— o bien poniendo en ella en primer plano las relaciones de fraternidad?). Se diría (si se nos permite una comparación con los procedimientos de la Geometría proyectiva) que la «fase final» (comunismo) viene a desempeñar un poco el papel que en el análisis de las figuras finitas proyectivas alcanzan sus proyecciones en los puntos de infinito: las propiedades proyectivas de una figura, las razones dobles principalmente, han de conservarse invariantes en

todos los miembros de la clase proyectiva, y las figuras formadas en la transformación proyectiva infinita, por su sencillez, simplifican muchas veces la demostración de las propiedades proyectivas «finitas». Decía Marx en los **Manuscritos de 1844**: «El comunismo verdadero es la solución del enigma de la Historia y sabe que es ésta solución».

Ahora bien, ocurre que el marxismo acostumbra a representarse ésta figura de infinito —el comunismo— en términos tales en los que desaparecen las «razones dobles», digamos, las relaciones dialécticas de conflicto que vinculan las partes constitutivas de un modo de producción. Los motivos por los cuales esto haya sido así no vamos a estudiarlos en éste lugar. En cualquier caso no hay que olvidar que el Marx maduro se refirió al comunismo principalmente en sus aspectos económicos y de un modo muy sobrio: «sobre lo que ocurrirá después de la revolución social —dice Engels— Marx habla sólo en términos generales, de una forma muy general». Además, Marx ha dicho explícitamente (en **National Oekonomie und Philosophie**) que el comunismo no es el fin de la evolución humana, sino el principio de la Historia (algo que Croce no tuvo en cuenta cuando vio la concepción marxista del comunismo como la «detención de la Historia»). Pero lo cierto es que la fase del comunismo nos viene siempre descrita en términos más bien metafísicos que dialécticos, cuando nos atenemos a sus contenidos. Se diría que no porque Marx se resista a **representarse** ésta edad es posible entenderla omitiendo el proceso de su representación: entenderla es aquí precisamente imaginarla (si es que se trata de un estado terrenal, empírico, y no de un estado espiritual, transfísico, inimaginable por definición). Se diría que Marx sabía que el peligro mayor para los conceptos abstractos por medio de los cuales formuló el concepto de la sociedad

comunista era su representación —a la manera como el peligro mayor para el concepto teológico del Paraíso Terrenal es su representación en imágenes, por otra parte ineludible—. (Podría decirse que la mejor crítica al mito del Paraíso Terrenal la constituye el tomarlo en serio y pensar en él, desarrollar representativamente su idea —porque éste desarrollo transforma el mito en una ridícula fantasía—). En el concepto de comunismo, sin embargo, está contenida la noción de la reconciliación de los hombres entre sí —reconciliación que incluye acaso la formación de una raza homogénea, de aspecto malayo—, así como la reconciliación del Hombre y de la Naturaleza, de la Base y de la superestructura, del trabajo intelectual y del trabajo manual, «creciendo las fuerzas productivas y corriendo a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva» (**Crítica del Programa de Gotha**). Es la época del Hombre total, politécnico, del hombre en el cual todas las contradicciones habrán sido resueltas, en el cual la fraternidad (más que la igualdad) entre los hombres, habrá sido instaurada, la alienación cancelada y el «reino de libertad» definitivamente conquistado. (Algunos marxistas se representan éste estado final como la **apoteosis** del hombre que, como única conciencia del cosmos —«Pimpollo de la Tierra», diríamos con Fray Luís— habrá incluso dejado de tener que depender de los animales y de las plantas y, soberano de la naturaleza, producirá por síntesis sus propios alimentos, extraídos de un mundo inagotable). Desaparecido el Estado, una sociedad universal, que sólo necesitará de la «administración de las cosas», iniciará, en la paz perpetua, una vida indefinida. La cultura florecerá, suprimido el determinismo económico (que, según Petrovic, rigió sólo para las etapas anteriores, «prehistóricas»), como expresión superabundante del hombre libre, en





su variedad inofensiva, infinita y pacífica: «¡Dejad que cien flores florezcan y que se espongan cien escuelas de pensamiento!».

Sin duda, muy pocos marxistas dejan de estar hoy sometidos a un pudor tal que les permita diseñar de ésta suerte el modo de producción comunista. Pero la cuestión es que aunque la representación se mantenga, por pudor, en la penumbra, su concepto ejerce funciones decisivas. Si se habla de «revolución traicionada» o fracasada, es precisamente en función de que la fase final no se ha instaurado, o porque se aplaza continuamente en el tiempo. Si el socialismo no es «comunismo en formación», ¿cómo puede entonces la clase obrera seguir estando directamente interesada en él?, pregunta Rudolf Bahro. Los más críticos y acaso también los más cínicos, concederán que éstas representaciones nos llevan a la utopía, pero defenderán el utopismo en nombre del «principio de esperanza» (Bloch).

¿Cómo, sin embargo, aceptar una representación metafísica en el seno del materialismo histórico? ¿Cómo podrían perderse en ésta figura proyectiva final las «razones dobles», es decir, las relaciones dialécticas constitutivas de los modos de producción históricos si es que estas relaciones dialécticas son el principio de la vida y del movimiento? Acaso pudiéramos interpretar simplemente, como recurso para mantener la coherencia del materialismo dialéctico, al meno de un modo formal, para no «deterner la Historia», la tenaz propensión de tantos soviéticos en el interés por los extraterrestres, así como su ya vieja política de los viajes espaciales. Sin duda ésta política puede ser explicada a partir de otras motivaciones (dar salida al enorme excedente industrial derivado del desarrollo de la Unión Soviética, espionaje, meteorología o explotación de recursos energéticos). Pero, en todo caso, semejante política permite reintroducir, aunque de un modo imagi-

nario, y «formal», las «razones dobles», la dialéctica, en ese Estado metafísico; una dialéctica imaginaria y externa porque procede por la introducción del **deus ex machina** de los extraterrestres y de las naves espaciales que salen en su busca. Y una dialéctica imaginaria, externa y gratuita, no puede tomarse como alternativa de la dialéctica interna que el materialismo histórico requiere en el momento de diseñar el concepto de comunismo.

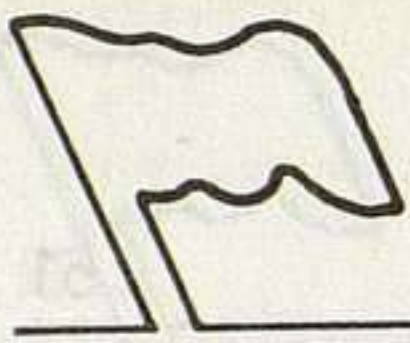


Porque si en éste se han de conservar las «razones dobles», es preciso también que se conserven las contradicciones, las inconmensurabilidades, aunque ellas se den en otro plano diferente de aquél que el capitalismo determina. A fin de cuentas, se trata no de otra cosa sino de aplicar las propias categorías de la dialéctica materialista al propio modo de producción comunista, a fin de rebasar su representación metafísica y utópica. Ese mundo comunista no puede ser el escenario del Hombre total, el lugar en el que se cancela la alienación humana — simplemente porque éstos conceptos son, no ya utópicos, sino metafísicos (de la misma

(de la misma manera que el Paraíso Terrenal no puede ser el escenario de Adán, por la sencilla razón de que el «primer hombre» es un concepto que no tiene más consistencia que el concepto de «círculo cuadrado»).

La desaparición del hambre, de la miseria, o de la servidumbre, no implica la desaparición de los conflictos humanos, sino acaso al comienzo de conflictos verdaderamente humanos (no cuasi animales, por así decirlo), internos al hombre, en su relación mutua y con la Naturaleza. La necesidad de alegar los recursos energéticos — no ya por su escasez global, pero si por su agotamiento específico — determinará convulsiones tan violentas, como aquellas que se derivaron de la propiedad privada; el control demográfico de la población puede abrir una dialéctica tan terrible como la que se dio en las épocas primitivas, o menos primitivas, estudiadas por Harris (el envejecimiento de la población planteará el problema de la eutanasia sistemática). La administración de las cosas (sustitutiva de esa administración de las personas con que se designa a la política, al Estado) es un concepto vacío, sólo compatible con una sociedad enteramente preprogramada en sus bases genéticas (al modo del **Mundo Feliz**), porque, ¿cómo podrían las nuevas generaciones incorporarse a la República universal sin mediar desde luego un proceso de educación y adoctrinamiento? ¿Y quién mantendría la dirección y coordinación de los miles de encargados de la transformación de la cría humana en ciudadano? ¿Es ésta administración de cosas o es administración de personas? Y, sin embargo, muchos siguen pensando en la supresión futura de todo tipo de administración de personas como si ésto tuviese algún sentido, salvo aquél que les permite «tolerar», por transitorios, los actuales procedimientos «prehistóricos» del adoctrinamiento y de la educación.





#### IV

Lo que designamos como «Revolución en la teoría marxista» es principalmente algo así como éste **Umstülpung** del marxismo que estaría operándose en el momento en que se trata de reconstruir la totalidad del materialismo histórico —y de la política a él asociada— a la luz de ésta figura proyectiva de infinito conservadora de «las razones dobles». Consiste en transmutar la representación armónica y metafísica por una representación dialéctica y tenazmente antiutópica. En lugar de ver el estado final como el término de la serie de modos de producción en los cuales se han eliminado sus servidumbres, el **Umstülpung** de la teoría marxista consiste en gran medida en contemplar desde un estado final, él mismo dialéctico, a las distintas etapas y situaciones de la Historia positiva.

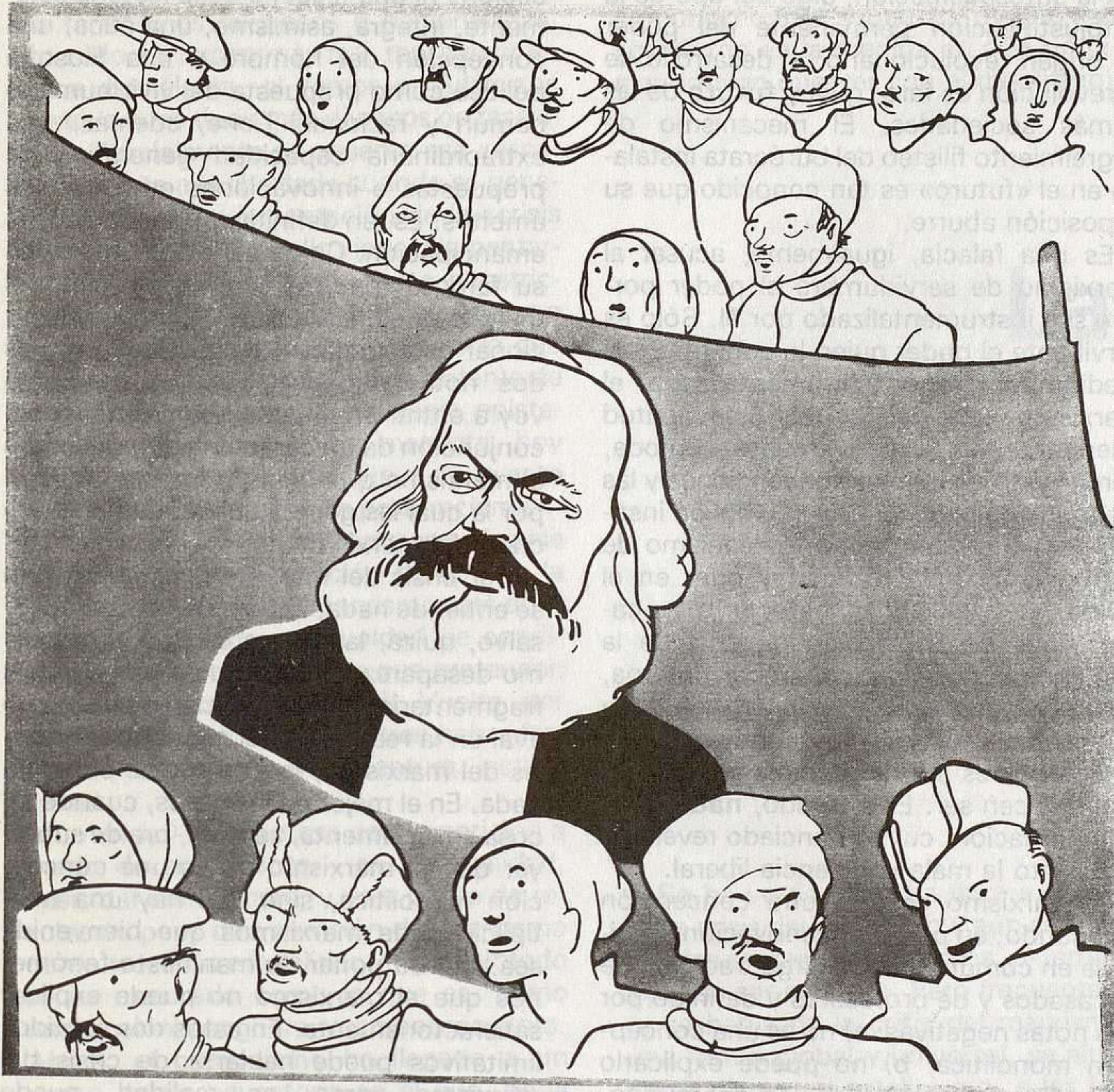
La revolución en la teoría marxista a la que venimos refiriéndonos repercute evidentemente en la interpretación de multitud de los procesos históricos dados en las diferentes etapas de la Historia, comenzando por la concepción de la misma comunidad primitiva. Así mismo, por ejemplo, los conflictos entre los distintos Estados feudales, o capitalistas, o incluso los propios conflictos entre los Estados socialistas, podrán verse ya a una luz distinta, porque otras serán las relaciones entre la base y la superestructura.

¿Pensará alguno que esta revolución transmutación de la teoría marxista es demasiado especulativa y que a los problemas concretos —aquellos que, según dicen, han de someterse al análisis concreto (¿?)— que el marxismo tiene planteados les resulta indiferente ésta revolución? No lo creemos así; antes bien, nos

parece inmerso en la más completa inocencia un marxista que, sin querer entrometerse en éstas cuestiones llamadas «especulativas», cree haber alcanzado el mayor grado de la hipercritica cuando se entrega al «análisis concreto de la realidad concreta» y que no puede ser otra cosa sino comentario libre, sin regla alguna, y entregado al ingenio de cada cual (que puede ser, desde luego, muy grande). La revolución en la teoría marxista implica, ante todo, el cambio de actitud global de quien colabora en la instauración del socialismo y recíprocamente. Por ejemplo, no será su actitud la del «reproche continuado» ante el malvado capitalista, o el diagnóstico de los grandes problemas de la vida en términos de problemas de «alienación capitalista», ni su actitud global tendrá que estar precisamente orientada a la consecución del estado del bienestar (en el que el consumidor satisfecho podrá disponer de raciones de cultura abundantes, hermosos esparcimientos, competiciones gimnásticas no antagónicas, campeonatos de ajedrez y hasta del silencio de los templos), al epicureismo, sino, nos atreveríamos a decir, su actitud global estará más cerca de la actitud que conocemos históricamente con el nombre de estoicismo. Bastaría considerar las diferencias en la orientación en los programas de los partidos políticos derivadas de enfocar su estrategia desde una perspectiva armonista o desde una perspectiva dialéctica, para medir el alcance de ésta **Umstülpung**. El armonismo, por ejemplo, tenderá fácilmente al gradualismo, y recíprocamente; tenderá a la política del incremento de la producción, del ingreso de España en el Mercado Común Europeo, incluso del ingreso de España en la OTAN, en la medida en que confía

en que el desarrollo del propio capitalismo conduce a un estado monista en el que las contradicciones han de ser resueltas. Preferirá las formas democrático formales, decretará la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, en virtud de una armonía presupuesta (olvidando que los «bloques históricos» incluyen la composición de partes opuestas, unidas ante terceros), se alejará del leninismo —en cuanto leninismo significa no ya precisamente la dictadura de un proletariado difícil de identificar, cuanto evidencia en la necesidad de una vanguardia de la clase trabajadora—, practicará la accidentalidad de las formas de Gobierno (puesto que cree saber que en el «punto de infinito» una corona más o menos es una cantidad despreciable), y considerará a su Partido como uno más entre los representantes de un **pueblo** que se considera armónicamente coherente en sus partes, por definición. La lucha contra las multinacionales será acaso su principal objetivo, al menos verbal, y su política de masas, la extensión absoluta de la cultura superior, con especial consideración del arte, del folklore y demás entretenimientos del tiempo de ocio. En resolución y prácticamente: estará enredado en el oportunismo, se aturdirá con la copiosa problemática de la política cotidiana (de la que se obtendrá, sin duda, algún paliativo que permita mantener la organización partidista y su burocracia), y llegará naturalmente a formar parte del propio sistema global que la admite en el seno de su propia oposición. Porque aun cuando se hiciese con el poder, su política no podría diferenciarse de la opuesta mucho más de lo que se diferencia la mariposa gris llamada **Biston betularia** de su forma mutante llamada **Biston carbonaria**.





El marxismo está en crisis. Cosa cierta e indudable en la que coinciden los especialistas y los locutores de TV sin asomo de discrepancia. Para ahorrarnos pruebas de las que sólo consiguen aburrir al lector mostrando lo erudito que es el autor, baste el ejemplo de que una revista como NUESTRA BANDERA imprima artículos de plumíferos dispares, entre los que se cuenta el modesto autor de estas líneas.

Demostrada fehacientemente la existencia de la crisis del marxismo, vamos a dedicar el resto del artículo a probar, de modo igualmente fehaciente, su inexistencia. Empezamos por la palabra, y pido mil perdones. Si crisis significa crisis, ¿qué sentido tiene decir que el marxismo, que es una concepción del mundo, una teoría científica, está en crisis? Siendo muy generoso, cabe atribuirle un signifi-

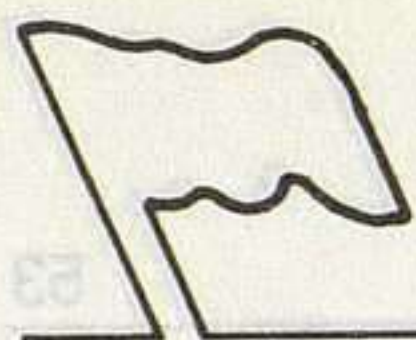
# Crisis...

## ¿Qué crisis?

Ramón García Cotarelo

cado metafórico. Si crisis significa, sin más, «hundimiento» (como creen muchos locutores y algunos especialistas, que suelen confundir «crisis» con «crack», no sé por qué) carece de sentido alguno hablar de crisis del marxismo. En cualquier caso, el diagnóstico es inadecuado al paciente. Está en crisis el comunismo y todo un modo real de organizarlo. El marxismo es muy otra cosa. El





argumento de que el marxismo es «lo que se ve», es decir, que es el comunismo porque el comunismo es la única realización que «conocemos» del marxismo, es una falacia en su aparente transparencia; tiene la misma validez que el que asegura que el cristianismo evangélico es **sólo** la Iglesia Católica por haber sido la primera en institucionarlo. Se puede ser nuevo filósofo en el país de Voltaire, pero no ignorar a Lutero.

El marxismo institucional, aquel que retrataba a Marx y Engels con la falta de gracia de los semiiconos de los paniaguados del buró político está no sólo en crisis; está en entredicho, en el descrédito total. Que la teoría que sirve para argumentar la libertad sirva de coartada para mantener el despotismo es algo bochornoso, pero, al mismo tiempo, es habitual en el mundo. Es lo que podemos llamar la «perversión institucional la «perversión institucional de las ideas». Las ideas, aspectos, formas previas, destellos, apuntes, esbozos generadores de libertad en la medida en que pertenecen al ámbito de la Idea (y no hace falta desayunarse todos los días con Hegel para ver esto) se degradan hasta convertirse en procedimientos administrativos como contexto de supervivencia de las gentes a sueldo. El encanallamiento es sutil pero real. El marxismo es un discurso inviable en boca del poder, como diría uno de los jóvenes afrancesados de hoy. El marxismo de Marx, Engels, Luxemburg, Gramsci, Korsch, y otros, es una concepción disolutiva del poder. Igualmente lo es el marxismo algo más profesoral, de Sartre, Sweezy, della Volpe, Adorno, etc., aunque sea menos batallador. El marxismo disuelve el poder en sus enunciados porque lo conoce. Pero conocimiento y desconocimiento llegan a ser un mero problema de matices, y cabe pasar del uno al otro casi de modo inconsciente, sin advertirlo; basta con ser accesible al halago

y a la autosatisfacción; algo del tipo de la autojustificación permanente del poder de origen revolucionario: el desarrollo de la revolución es faro, guía y **futuro** de las demás sociedades. El mecanismo de engreimiento filisteo del burócrata instalado en el «futuro» es tan conocido que su exposición aburre.

Es una falacia, igualmente, acusar al marxismo de servidumbre al poder porque sea instrumentalizado por él. Sólo es servil ante el poder quien lo admira. En la medida en que es instrumentalizado, el marxismo deja de ser tal. Esta actitud puede parecer excesivamente cómoda, pero insisto en que las concepciones y las ideas suelen padecer una perversión institucional que opera como mecanismo de corrupción por la realidad y que, en el fondo, no tiene por qué afectar a las capacidades de convicción racional de la idea o de la doctrina (coherencia interna, grado de penetración, lucidez...). Al fin y al cabo, mucho más cómodo —y estúpido— es afirmar que las gentes son lo que dicen ser. En el fondo, **nadie** cree esa afirmación, cuyo enunciado revela de inmediato la mala conciencia liberal.

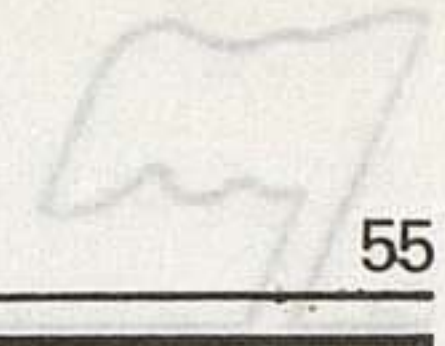
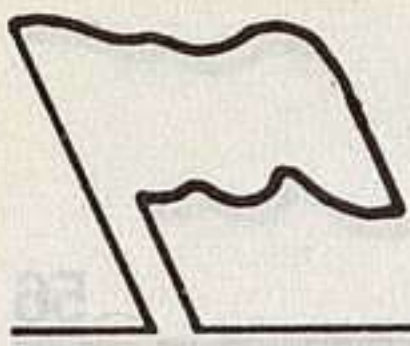
El marxismo es esta otra concepción del mundo, en perpetua renovación, cultivada en común por una larga tradición de fracasados y de profesores y definido por dos notas negativas: a) no es una concepción monolítica; b) no puede explicarlo todo. Como laxa concepción del mundo, caracterizada por un enfoque básico similar y una similar metodología, el marxismo tiene el carácter de una teoría científica compleja, con avances y retrocesos continuos frente a la realidad, con contradicciones e insuficiencias. Una teoría científica compleja que, por tener como ámbito fundamental de referencia la realidad social, se encuentra en proceso siempre renovado de remodelamiento categorial. Esta concepción laxa, esta teoría, que no es una mera «guía para la

acción» ni una filosofía de la historia solamente, integra, asimismo, una ética, una concepción del hombre y una filosofía política como propuesta del vivir humano común y racional. Tiene, además, una extraordinaria capacidad generativa de propuestas e innovaciones en todos los ámbitos. Es, en definitiva, una teoría de la emancipación. Como señalaba Lukács en su famosa obra, la categoría básica del marxismo es la totalidad. Conviene relacionar esta totalidad luckacsiana con las dos notas negativas mencionadas. No voy a entrar en el tema de ver cómo esta conjunción da un carácter lábil y dinámico al marxismo que bien podría ser la razón por la cual las gentes gustan de hablar de crisis del marxismo.

Por crisis del marxismo, por tanto, no se entiende nada, hablando en propiedad; salvo, quizá, las ganas de que el marxismo desaparezca, substituido por visiones fragmentarias y pintorescas, cuyo único aval en la realidad es el capricho. Por crisis del marxismo, insisto, no se entiende nada. En el mejor de los casos, cuando tal cosa se argumenta, se trata, ora de subrayar que el marxismo no es una concepción monolítica, sino que hay una multiplicidad de marxismos que bienvenida sea, ora de poner de manifiesto fenómenos que el marxismo no puede explicar satisfactoriamente. En estos dos sentidos limitativos puede hablarse de crisis del marxismo como, en realidad, puede hablarse de crisis de todo.

Es curioso que, en esta época nuestra de crecientes posibilidades para la libertad, las gentes le tengan tanto miedo que prefieran renunciar a ella, como muestra Fromm en su archiconocido libro. Tanto es así que, donde los sistemas sociales y políticos no garantizan la **Gleichschaltung** de los ciudadanos por medio de la infantilización tecnológica masiva, cual sucede en las sociedades industriales avanzadas, las masas dan auténticos sal-





tos en el vacío, en busca de otras cadenas de fanatismos religiosos o nacionalistas. Con ello no hacen más que reproducir en clave nostálgica, el fervor popular que sostuvo a los tipos más diversos de fascismos. Parcialmente se observa esa «escapada frente a la libertad» cuando se generaliza la amarga lamentación de la «crisis del marxismo». Con ella viene a lamentarse, en realidad, la falta de las constricciones intelectuales y el hecho pavoroso de que ser marxista hoy ya no es lo que era hace treinta años, ya no da patente de infalibilidad ni concede privilegio epistemológico ninguno. Ser marxista hoy —por lo menos en occidente— es un acto de libertad que implica un pronunciamiento. Ya no hay aquel vaporoso dejarse arrullar por la orquestación hortera de la razón de la historia: el marxismo está en el mundo y compite en igualdad de condiciones con otras doctrinas que pretenden destinos diversos para aquél. Vuelta, por tanto, al campo de batalla tras haber fracasado en la primera aventura institucional.

La crisis —y acéptese esta repetición a modo de estrambote— es, en realidad, crisis del comunismo; y ya a punto de resolverse pues que su visión del marxismo como recetario monolítico y explicalotodo se ha mostrado como lo que es, como una ilusión pazguata y empobrecedora. Ahora, el comunismo ha llegado a un punto de su trayectoria en el que, de la solución que se le dé dependerá su subsistencia (que es la acepción real de crisis). No se trata solamente de que los comunistas acepten que hay marxistas no comunistas (cosa que hoy ya resulta evidente), sino de que acepten, asimismo, la contradicción —hasta hoy insalvable— entre Poder y degradación del marxismo. Mientras no se tomen medidas para solucionar esta situación, el marxismo producido por los comunistas será de «peor calidad», para emplear una terminología

mercantil, debido, básicamente, a que el comunismo (por supuesto, mucho más el socialismo en la medida en que sigue teniendo algo que ver con el marxismo) es

Poder y, donde no lo es, muestra la peor de las connivencias que pueden tenerse con el Poder: el deseo de serlo.

# La crisis de *nuestro* marxismo

Valeriano Bozal

Se ha vertido mucha tinta a propósito de la crisis del marxismo y aún cabe esperar que se gaste mucha más, el tema está lejos de ser agotado. Pero frecuentemente se habla de la crisis del marxismo de una forma global y universal, se alude al dogmatismo, al estalinismo, a las insuficiencias teóricas de los clásicos, las parcelas que ellos no han abordado, las raíces de la crisis en la «naturaleza» de los países del Este europeo, etc. Confieso que en toda esta literatura echo en falta una cuestión que me parece de interés: no la crisis **del** marxismo sino la crisis de **nuestro** marxismo. Estas líneas pretenden apuntar, con una actitud que puede considerarse conscientemente polémica, algunos rasgos que nos permitan comprenderla mejor.

Doy por descontado que España no está culturalmente aislada, que nuestro marxismo tampoco lo está y que, por tanto, los rasgos generales de la crisis le afectan tan profundamente como en Italia, Francia o Alemania. Son rasgos en los que no voy a entrar pero que posiblemente —y esto es lo único que a su propósito adelanto— resultarán matizados al articularse con los propios.

Un buen punto de partida consiste en considerar la diferente situación en que la crisis se produce. Mientras que en los demás países del Occidente europeo hay una situación democrática más o menos consolidada, con organizaciones políticas y sindicales que gozan ya de indiscutible tradición y una libertad cultural que nosotros hemos envidiado durante años





—aunque está lejos de ser el modelo definitivo al que aspiramos—, en España se asiste a un período de transición caracterizado por las fuertes tensiones sociales y políticas, acentuadas por los problemas nacionales, la supervivencia —y aún hegemonía— de amplios sectores del antiguo aparato del Estado, etc. Cualquier consideración de la crisis del marxismo en nuestro país debe huir, en mi opinión, de las adjetivaciones estrictamente académicas y centrarse en este marco concreto.

Y es en ese marco concreto donde se presentan las dos exigencias más claras para el desarrollo de nuestro marxismo: capacidad de análisis de la situación —el proceso de transición— y capacidad para dar una respuesta positiva, en la perspectiva última del socialismo e inmediata de la profundización de las libertades en la vía al socialismo, a la transición y a la salida de la transición.

¿Hasta qué punto ha satisfecho nuestro marxismo esta doble exigencia?

En los primeros momentos la formulación de una teoría de la ruptura parecía responder positivamente a esa pregunta. Después, cuando los hechos se resistieron a los esquemas y la solución prevista se alejó del horizonte político, práctico y teórico (asunto que está todavía pendiente de una análisis en profundidad), se obviaron los análisis de clase en función de limitadas reflexiones políticas y aún en ocasiones estrictamente parlamentarios, cuando no simplemente electoralistas. Lo que, naturalmente, suscitó una reacción dogmática de carácter antiparlamentario y antielectoralista que ignoraba, o pretendía ignorar, la importancia de estos aspectos en el complejo político social y económico del país. De lo que se trata no es de arremeter contra los análisis políticos en primera instancia, sino de situar tales análisis en instancias más complejas, donde adquieren un sentido pleno y un nivel en el que es posible ejer-



cer una política de clase. La dificultad de alcanzar semejantes resultados en un ámbito como el nuestro es evidente y no necesita muchos comentarios, solamente señalar que el puro encasillamiento en lo estrictamente político-parlamentario lejos de reducir las dificultades no hace más que acrecentarlas.

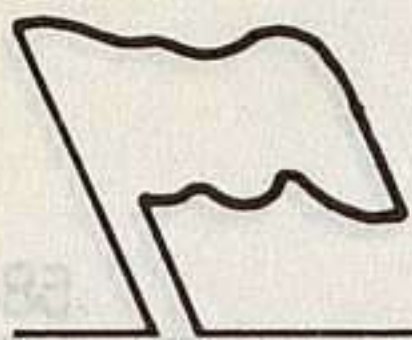
En términos más concretos me parece posible decir que a lo largo del proceso de transición se solapaban dos movimientos no suficientemente diferenciados y analizados: el de consolidación del bloque dominante burgués en la nueva situación, lo que conlleva la reconquista —cuando la haya perdido, si es que la ha perdido— o mantenimiento de la hegemonía política, social y económica, así como la consoli-

dación de los nuevos aparatos e instituciones políticas de los que el bloque se sirve en el campo político-parlamentario, administrativo, etc. La evidente interrelación entre uno y otro movimiento no puede hacernos olvidar que:

- Las tensiones y contradicciones que en el seno del bloque puedan darse no conducen indefectiblemente a su ruptura, desaparición o derrota, sino que pueden resolverse —y de hecho parece que se están resolviendo— mediante un ajuste en la interna correlación de fuerzas.
- Las tensiones y contradicciones internas de las instituciones políticas del bloque dominante no son un reflejo mecánico de las que en el bloque se producen ni conducen necesariamente a su ruptura.
- Las instituciones políticas —los partidos— no son los únicos aparatos del bloque dominante, y si en ellas pueden darse —y de hecho se dan— contradicciones de difícil solución, su debilidad e incluso su ineficacia puede equilibrarse con el desarrollo del dominio en otros sectores, por ejemplo los que, recurriendo a una terminología de corte gramsciano ya tradicional, podemos adscribir a la sociedad civil: enseñanza, sanidad, administración, etc.

Para mi gusto, el análisis marxista de la transición ha «pecado» de cierto politicismo que se encuentra finalmente con una consolidación —ni definitiva ni eterna— de la burguesía, cuyo último acto ha sido hasta el momento el resultado de las votaciones autonómicas en Cataluña y el País Vasco. Lo que nos orienta —y mucho me gustaría equivocarme— hacia el modelo





francés del ghetto político de la izquierda: aumentar las dimensiones del ghetto a cambio de mantener sus tapias.

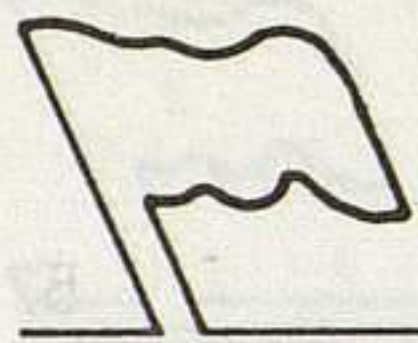
Si el politicismo era la nota que caracterizaba al análisis de la transición, las dificultades han sido muchas. Arruinado el modelo marxista-leninista, el llamado por Bahro «socialismo real», las propuestas alternativas no han sido muchas. Las reivindicaciones más o menos ecologistas a que se han sumado algunos sectores del marxismo, principalmente en Cataluña, no parecen haber cobrado por el momento la suficiente entidad como para convertirse en una alternativa. La otra «salida» ha sido el eurocomunismo.

Respecto de este último hay que decir que su desarrollo es ambivalente y que la imagen del cojo le viene que ni pintada: su presencia en el campo internacional, donde ha definido claramente su trayectoria, no corresponde con lo que en el interior sucede. Sus aportaciones a la teoría de la transformación social parecen excesivamente parcas cuando no se limitan a simples declaraciones de intenciones. La metáfora del calcetín —la «vuelta» de los aparatos de la sociedad civil— no pasa de ser una tibia interpretación de las propuestas gramscianas en torno a la conquista de la hegemonía política y social, propuestas que como la historia pone cotidianamente de manifiesto son mucho más fáciles de decir que de aplicar. Aún más, la situación en el campo profesional, en los sectores culturales y técnicos, la relativa debilidad del movimiento ciudadano y la evidente desarticulación de los movimientos de masas hacen pensar que aquella metáfora tiene poco que ver con la realidad y que si, en el mejor de los casos, se dispone del ideal, se carece del instrumento para realizarlo.

Naturalmente, la respuesta a tantos interrogantes no es una receta, no se de nadie que tenga alguna. La crisis del marxismo sigue ahí.







# Las negociaciones PCE-PCOE de mayo de 1921: Problemas para la formación de un grupo dirigente comunista

Luis Arranz

## I. Cuestiones generales

No resulta sencillo, en el breve espacio disponible, sintetizar los aspectos más sobresalientes de la difícil y a la postre precaria articulación de la corriente comunista en nuestro país durante el período 1919-1921. Incluso aunque, como es el caso, el intento se limite a la corriente escindida del PCOE. De ahí que se haga necesario seleccionar un momento con especiales características de síntesis de entre los varios que más significativamente van puntuando esa articulación. Y se-

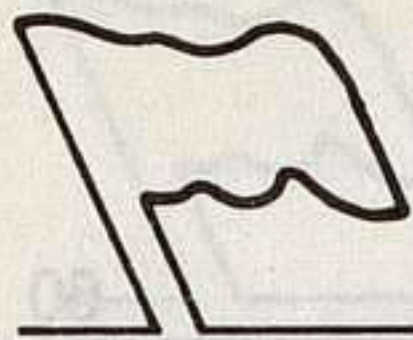
La extensión del presente trabajo nos obliga a dividirlo en dos partes, la segunda de las cuales aparecerá en el próximo número de NB.

guramente, son las negociaciones de mayo de 1921 entre el PCE y el PCOE para lograr su unificación las que mejor responden a estos propósitos. Su objetivo es determinar quién, cómo y por qué méritos habrá de ostentar el poder en el futuro partido comunista unificado. Al hilo de esta cuestión central, en un contexto polémico de acusaciones y justificaciones, a menudo personales, los dirigentes de uno y otro partido hacen un relato de sus respectivas trayectorias.

Sobre este último aspecto puede anticiparse no obstante lo siguiente: Para los dirigentes del PCE y el PCOE la Revolución rusa y la I.C. eran la única alternativa posible al bloqueo estratégico en que estaba sumido el movimiento obrero en España desde el fracaso político de la huelga general de agosto de 1917. Pero entre su

conciencia de ese fracaso y su adhesión a la revolución rusa y la I.C., existían importantes insuficiencias de análisis y de elaboración teórica que profundizaran el sentido de la alternativa. Dichas insuficiencias, constituían una manifestación significativa de las carencias intelectuales y políticas heredadas de su pasado socialista. De esta forma, de acuerdo con la dicotomía tradicional del PSOE que distinguía sin mediación alguna entre programa mínimo y programa máximo, el fracaso de agosto de 1917 correspondía al de la política de conjunción republicano socialista seguida por el PSOE desde 1909. Es decir, a una estrategia de alianzas que subordinaba el partido obrero a los sectores reformistas y republicanos burgueses para la consecución de un cambio en la forma del régimen político





por medio de un proceso constituyente.

La crisis general del capitalismo subsiguiente al término de la Primera Guerra Mundial, entendida en términos catastrofistas, hacía pasar a primer plano el programa máximo, esto es, la completa emancipación del proletariado tal y como concretamente se había producido en Rusia. Para los dirigentes del PCE y el PCOE, pues, «hacer como en Rusia» significaba descalificar los problemas contenidos en el programa mínimo, considerando que sólo eran susceptibles de un tratamiento reformista a la manera del PSOE. Pero no revisarlos con una nueva óptica revolucionaria elaborada a partir de un examen atento de las características que presentaba en España la crisis del régimen de la Restauración, abierta precisamente con la rebeldía de las Juntas militares en junio de 1917 y la citada huelga general de ese año. Crisis cuyo telón de fondo era la agudización de la lucha de clases en este período de 1917 a 1921, al hilo de las importantes modificaciones experimentadas por el capitalismo español. Primero, con un tono de auge reivindicativo a caballo de la prosperidad resultante de la política neutral observada por el país durante el conflicto europeo, y exteriores con el final de la guerra y que el mercado interior no puede sustituir.

Así, por ejemplo, la característica afirmación de Besteiro en el debate parlamentario que ventiló las responsabilidades por la represión de la huelga de agosto, atribuyendo el fracaso de la misma a que los sectores reformistas de la burguesía, en los que el socialismo confiaba, no asumieron su papel (pese a lo cual, seguía esperando en ellas), no fue nunca rigurosamente examinada ni criticada dentro del contexto al que se acaba de aludir. Tanto los terceristas integrantes del PCOE, como los Jóvenes socialistas, fundadores del PCE, tendieron a resolver

estos problemas confiando a la propia crisis económica y política, española e internacional, el derrumbamiento del sistema y reconduciendo las complejidades de las luchas de clases a un enfrentamiento simple entre obreros y burgueses. Problemas como el de las nacionalidades y concretamente la autonomía catalana, en primer plano a lo largo de 1919, perdieron interés para ellos como pleitos secundarios entre distintos grupos burgueses. Incluso la ebullición campesina en Andalucía, que llevó a considerar los años de 1918 a 1920 como supuesto «trienio bolchevique», tampoco mereció una reflexión suficientemente atenta.

Entendida de este modo, pues, una mayor acentuación política del protagonismo de la clase obrera venía a equivaler, paradójicamente, a un mayor aislamiento de la misma.

Todas estas cuestiones tal vez ayuden a explicar las limitaciones intelectuales y políticas con que se producía la recepción del programa de la I.C. por parte de los elementos dirigentes de la corriente comunista en el socialismo español. Significativamente los terceristas pensaban que la adhesión a la I.C. era tan sólo una forma de retornar a la pureza del Manifiesto Comunista y de los primeros tiempos de un PSOE, entonces revolucionario. Los intelectuales integrantes del PCE eran mucho más sensibles a la renovación que suponía el marxismo revolucionario de los bolcheviques y, sobre todo, a la representada por las posiciones teóricas y políticas de la ultrazquierda europea que, inicialmente se integró en la I.C. y con la que mostraron sustanciales afinidades y estrechos vínculos. Aunque reconocían que el PSOE fue un partido de clase, pero no revolucionario, hasta la conjunción, su menor preocupación por las tradiciones obreras tampoco les libró de entender la revolución rusa y el programa de la I.C. como el triunfo de un maximalismo purifi-

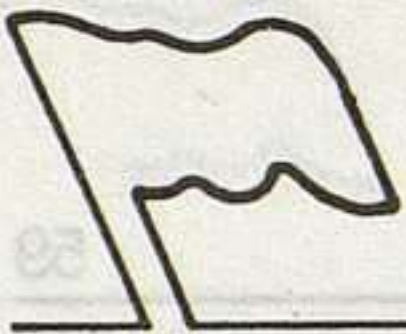
cador frente a debilidades y claudicaciones reformistas de índole casi personal, lo mismo que los terceristas.

Ciertamente, no cabe negar, que ésta era una interpretación posible de la línea I.C. y de la actuación de los bolcheviques rusos, que ellos mismos fomentaban. Pero no era la única, como, por ejemplo, lo prueban multitud de aspectos, no sólo tácticos e inmediatistas, de la obra de Lenin sobre el izquierdismo. No en vano Andrade, en cierta ocasión, temió que si los terceristas que se movían dentro del PSOE eran capaces de emplearlos a fondo, las posiciones del recién creado PCE se harían muy precarias. Estas aprensiones no llegaron a confirmarse, pero habrá oportunidad de observar que las orientaciones políticas y su horizonte intelectual en estos primeros años de la I.C. no eran monolíticos. Aunque la necesidad de deslindar campos frente al reformismo alimentase a menudo el dogmatismo y el sectarismo, ambos encontraban un clima propicio en la debilidad política e intelectual.

## II Las negociaciones

PCE y PCOE llegaban a las negociaciones en situación contrapuesta. Hacía un año que, mediante lo que Andrade definió en 1966 como un golpe de Estado, los dirigentes del PCE habían roto sus vínculos con la Federación Nacional de Juventudes Socialistas. En el momento de constituirse, sus promotores, el Comité Nacional elegido en el último Congreso de dicha Federación, en diciembre de 1919, y el Comité de las Juventudes Socialistas de Madrid, contaban con unos novecientos adheridos, si admitimos sus propios datos y se comparan con los efectivos totales de las Juventudes Socialistas en dicho Congreso, que superaban ligeramente los siete mil. Por





cador frente a debilidades y clásicas-  
ciones reformistas de índole casi perso-  
nal, lo mismo que las terceristas.  
Ciertamente, no cabe negar que esta  
era una interpretación posible de la línea  
I.C. y de la actuación de los bolcheviques  
rusos, que ellos mismos fomentaban. Pa-  
ro no era la única, como, por ejemplo, lo  
prueba el estudio de los hechos, no sólo  
tácticos e inmediatos, de la obra de la  
I.C. sobre el izquierdismo. No en vano  
Aunque, en cierta ocasión, tanto que si  
terceristas que se movían dentro del  
PCE que eran capaces de emplearse a for-  
no las cuestiones del propio PCE.  
Estas afirmaciones, estas afirmaciones  
deberían ser confirmadas, pero  
esta cuestión de observar que las

(\*) La votación fue concretamente de 110.902  
votos a favor de Amsterdam, contra 17.919 favo-  
rables a Moscú y 3.920 abstenciones.

motivos de represión y dificultades mate-  
riales, el PCE no pudo celebrar su Congre-  
so constituyente en el año transcurrido, lo  
que, entre otras cosas, impide conocer  
con mayor exactitud sus efectivos. No  
obstante, está claro que era un núcleo  
vanguardista de implantación casi exclu-  
sivamente madrileña, con una base obre-  
ra que realizaba un activo trabajo en los  
sindicatos de la UGT (sobre todo en el de  
la madera, metalúrgicas, dependientes de  
comercio y tipógrafos), y una dirección  
casi copada por intelectuales provenien-  
tes del antiguo Grupo de Estudiantes So-  
cialistas.

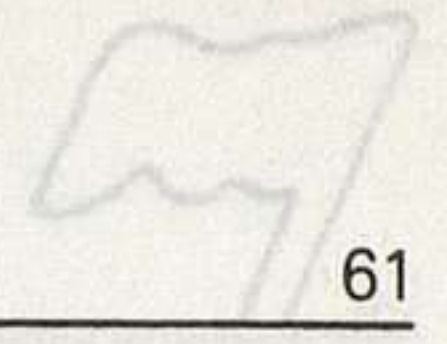
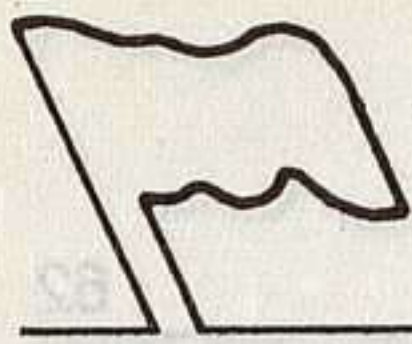
En el momento de las negociaciones, el  
PCE no estaba completamente unido. Ini-  
cialmente su unidad se fraguó sobre una  
línea política que rechaza todo programa  
mínimo y consideraba de inmediata apli-  
cación la dictadura del proletariado en  
forma de soviets y consejos de fábrica.  
Sus dirigentes vivían en la certidumbre de  
la inminencia de la guerra civil, de la que  
consideraban síntomas inequívocos la  
represión creciente de los gobiernos con-  
servadores del momento y el terrorismo  
barcelonés, el cual debía elevarse de sus  
formas individuales a la lucha armada de  
masas. Eran, pues, antiparlamentarios,  
aunque según ellos no por principio, sino  
tácticamente. Procuraban así aproximarse  
lo más posible a la CNT, sobre la que,  
sin embargo, daba su implantación, no  
podían incidir prácticamente. No obstan-  
te, hacían del vanguardismo revoluciona-  
rio profundamente elitista, que ellos  
representaban, un punto central de dife-  
renciación polémica frente al anarco sin-  
dicalismo. Por lo demás, y al menos en  
principio, no estaban dispuestos a aban-  
donar su trabajo en la UGT y pasar sus  
efectivos sindicales a la CNT.

Cuando Marino García, secretario ge-  
neral del PCE, volvió de Rusia a finales de  
1920 trayendo el reconocimiento oficial  
del Partido como Sección española de la

I.C., traía también un cierto cambio de  
orientación respecto a la línea anterior.  
Ante todo insistió en la necesidad de la  
disciplina internacional y, según los  
acuerdos del II Congreso de la I.C., criti-  
caba el antiparlamentarismo, advirtiendo  
del riesgo de que el PCE se convirtiera en  
una parodia política del sindicalismo y de-  
generase en una secta doctrinaria sin  
influencia de masas. En esta actitud le se-  
cundaron otros dirigentes como Rafael  
Millá y Rito Esteban, pero la polémica  
(pues replicaron Portela y Chicharro,  
entre otros) no llegó a zanjarse por la im-  
posibilidad de celebrar el Congreso con-  
stituyente que debía tomar la postura defi-  
nitiva. Puede observarse, no obstante,  
que tras la aparición de estas discrepan-  
cias la unidad del PCE era negativa; es de-  
cir, fraguaba contra los terceristas del  
PSOE vistos como rivales ante la I.C.

Y, precisamente, era la «homologa-  
ción» por la I.C. lo que les faltaba a los  
terceristas tras decidir escindirse del  
PSOE y constituir el PCOE. Cuando se ini-  
cian las negociaciones sólo contaban con  
un mes de vida. Se les reconocían unos  
efectivos entre cinco y seis mil afiliados; si  
bien ello dependía de un proceso de con-  
solidación organizativa que, de tener éxi-  
to, les proporcionaría una base sólida, no  
sólo en Madrid, sino sobre todo en Astu-  
rias y Vizcaya. En el PCOE se congrega-  
ban desde líderes históricos como García  
Quejido, con prolongadas diferencias  
políticas con Pablo Iglesias, hasta quienes  
como Torralba Beci habían pasado del  
conjuncionismo y la aliadofilia entusiastas  
al bolchevismo, decepcionados ante la  
paz de Versalles o la política represiva de  
la socialdemocracia alemana contra los  
espartaquistas. Además, líderes de las  
Juventudes Socialistas como Lamóneda  
y César R. González, que no habían queri-  
do sumarse a la iniciativa de los promotes  
del PCE, y a quienes la organización si-





guió en masa. Excepcional resultaba la personalidad de Núñez de Arenas, intelectual cualificado en relación con el tipo de periodistas o propagandistas que normalmente integraban los cuadros no obreros del PCOE, quien había fracasado en sus intentos por romper el angosto clima cultural del viejo partido y hacer de ello base para su renovación política. Renovación que —se le acusaba— había ido girando del fabianismo al bolchevismo.

Fue precisamente Núñez de Arenas, en nombre del PCOE, quien se dirigió a la dirección del PCE proponiendo las negociaciones para la fusión. En carta de 4 de mayo de 1921, concretaba asimismo el método de discusión a base de sendos grupos de tres por cada partido, que publicarían las actas de sus reuniones para conocimiento de la clase obrera. Luis Portela, en nombre del PCE, respondió a vuelta de correo positiva y cordialmente, pero advirtiendo que pondrían por encima de todo los intereses de la I.C., sus tesis, condiciones y estatutos.

La primera reunión tuvo lugar el miércoles 11 de mayo de 1921, a las siete de la tarde en la Escuela Nueva (donde se desarrollarían todas las negociaciones). Por el PCOE asistieron García Quejido, Núñez Arenas y Lamonedá, siendo sustituidos en todas las sesiones posteriores Quejido y Lamonedá por Torralba Beci y César R. González. Por el PCE Andrade, director de EL COMUNISTA; Portela, miembro de la dirección y Emeterio Chicharro, dirigente del Sindicato de la Madera de Madrid.

Correspondió a García Quejido hacer la propuesta de negociación, pues era el PCOE el promotor de la misma. Quejido se limitó a decir que puesto que ambos partidos estaban de acuerdo sobre las 21 condiciones de la I.C. y era un motivo de confusión para el proletariado la existencia de dos partidos comunistas, se imponía terminara con la división. Por el

PCE, Andrade, replicó que lo anterior resultaba demasiado abstracto, y pasó a leer un documento que llevaba preparada su delegación. Este contenía una serie de virulentas críticas a la trayectoria política del PCOE, y terminaba con unas muy estrictas «16 condiciones» del PCE al PCOE para aceptar la fusión. En este punto terminó la entrevista a fin de que los del PCOE se lo pensarán.

Las mencionadas acusaciones del documento del C.C. del PCE al PCOE podrían resumirse en tres puntos principales: en primer lugar, no haber secundado la escisión promovida por Borodin. En segundo término, no haber sabido trasladar al plano sindical la crítica tercerista promovida en el terreno político. Esta segunda acusación se ilustraba aludiendo a dos momentos fundamentales: el último Congreso de UGT, celebrado en junio de 1920, donde los terceristas no hicieron nada para que los representantes del PCE pudieran hacerse oír, y en el que apoyaron la permanencia de UGT en la Federación Sindical de Amsterdam frente a la propuesta comunista de adhesión a la I.C. (\*).

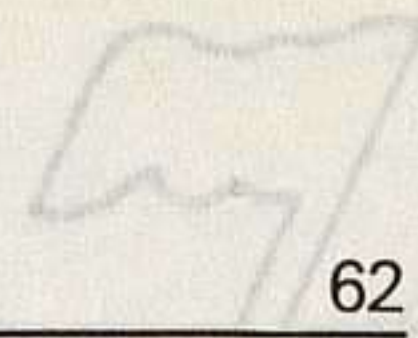
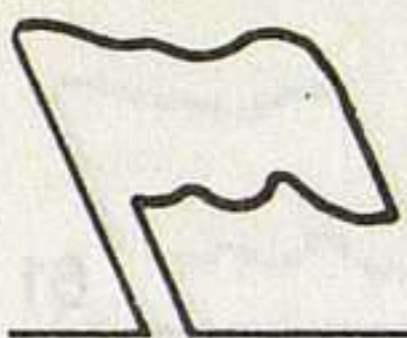
El otro momento se refería a la pasividad observada por la mayoría tercerista de la Comisión ejecutiva del PSOE, en diciembre de 1920, con motivo de la huelga general de solidaridad desencadenada de la CNT, en virtud del pacto de unidad de acción firmado con la UGT el mes de septiembre anterior. Mientras los Sindicatos madrileños con influencia comunista secundaron la huelga, la Comisión ejecutiva se limitó a un manifiesto de simpatía para con la acción de la CNT en vez de instigar a las bases de UGT a desobedecer a su dirección.

Por último, entendía el documento del C.C. del PCE que una vez conocidas las 21 condiciones de la I.C. y, en general, la actitud de ésta frente a la adhesión condicionada del PSOE a la misma, el afán de

los terceristas para no chocar de manera abierta con los líderes reformistas del socialismo y atenuar el tema de las expulsiones, les habría llevado, a la altura del tercer Congreso extraordinario del PSOE, a plantear el tema de la escisión de forma vergonzante. Llegando a ella más por mezquinos motivos personales, que por razones políticas e ideales.

De aquí pasaban a enumerar las «16 condiciones» del PCE al PCOE para la fusión declarando abiertamente el objetivo de atraer a las bases sinceramente comunistas de este último partido, separándolas de sus líderes seudocomunistas. Para ello, y en la perspectiva de un Congreso que formalizase la fusión cuatro meses después de celebrado el tercero de la I.C., es decir, hacia noviembre de 1921, se organizaba provisionalmente ésta a base de integrar todos los comités del partido durante los siguientes siete meses en una proporción de dos tercios a favor de los militantes del PCE, y el tercio resultante para los del PCOE. La misma proporción se planteaba para las Comisiones sindicales y fracciones comunistas organizadas en los sindicatos, redacciones de la prensa y ediciones del partido. Esta situación se prolongaría hasta dos meses después de celebrado el Congreso previsto, salvo para el Comité Central que sería elegido por el mismo. En el intervalo, el Comité Central provisional, con mayoría de dos tercios PCE, se reservaba amplísimas facultades depuradoras, así: la de todos aquellos que no aceptaran la totalidad de las «16 condiciones», la de los que siguieran actuando con el espíritu de la Segunda Internacional, la de los representantes del PCOE en Ayuntamientos y Diputaciones y, en general, la de la totalidad de sus listas de afiliados. Este mismo Comité Central provisional, elaboraría el programa del partido a aprobar por el Congreso de fusión, que, por lo demás, tendría como cometido central el de las





expulsiones de los elementos dudosos.

En fin, el PCE terminaba sus condiciones exigiendo las siguientes exclusiones previas: Daniel Anguiano, García Cortés, Pérez Solís, Isidoro Acevedo, Lázaro García, José López y Facundo Perezagua.

Presumiblemente atónito, García Quejido preguntó a la delegación del PCE, al término de esta primera sesión, si las «16 condiciones» eran inamovibles, a lo que respondieron aquéllos negativamente puesto que —según ellos— estaban negociando.

Los fundamentos de esta actitud del PCE estaban en una particular lectura de los acuerdos del II Congreso de la I.C. del verano de 1920, que como es sabido procuró filtrar los elementos dirigentes centristas de las mayorías de los partidos socialistas, o de importantes secciones de los mismos, que entre finales de 1919 y la primera mitad de 1920 se desplazaron hacia ella, visto, entre otras causas, la incapacidad de la Segunda Internacional para reconstruirse. Los del PCE aplicaban al PCOE el tratamiento de centrismo que en realidad, y salvo excepciones, correspondería al PSOE en el caso de que éste hubiera mantenido su inicial adhesión a la I.C. tras conocer las 21 condiciones. Precisamente, eran las 20 y 21 condición, introducidas con desagrado de Lenin en sus 19 iniciales por obra de Bordiga y Humbert Dróz, las que mejor servían a los propósitos de los negociadores del PCE por su marcado carácter administrativo. La 20 hablaba de la proporción de dos tercios en todos los Comités del partido y la 21 de expulsión de todos aquellos que no aceptaran las 20 anteriores.

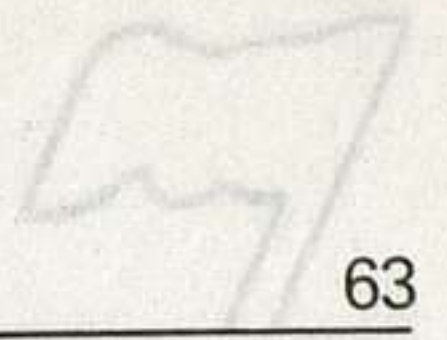
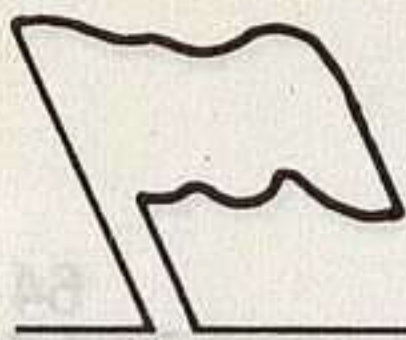
Por lo demás, el PCOE no tenía más remedio que enfrentarse al tema —y de ahí su iniciativa negociadora—, pues las «Tesis sobre las tareas fundamentales de la I.C.», elaboradas por Lenin y aprobadas

por su Segundo Congreso, establecían el requisito de celebrar cada partido comunista o socialista adherido a la I.C. el congreso mencionado por las «16 condiciones» del PCE para, previa discusión desde la base de las resoluciones de principio y estatutarias del Segundo Congreso de la I.C., expulsar a los que mantuviesen criterios políticos u organizativos considerados propios de la Segunda Internacional. Claro que las «Tesis» también contenían otras recomendaciones que el PCE no se tomó tan en serio, como la unidad de todas las fuerzas comunistas, en un mismo país y la necesidad de una línea política de masas como condición ineludible de todo trabajo serio preparatorio de la revolución. Lo cual, por ejemplo, las llevaba a criticar el antiparlamentarismo o la negativa a trabajar en los sindicatos reformistas como escamoteo de esa línea de masas; y, por el contrario, a justificar la actuación comunista dentro de los partidos socialistas para lograr en ellos una mayoría de orientación revolucionaria.

Aunque la delegación del PCOE no ocultó la «deplorable impresión» que le produjo el documento del PCE, sus dirigentes no se dieron del todo por vencidos, aunque se interrogaban sobre la verosimilitud de la voluntad unitaria de los líderes del PCE. Elaboraron un contra manifiesto del PCOE al PCE, fechado el 15 de mayo, y volvieron a reunirse ambas delegaciones el día 17, martes, a las 7 de tarde en la Escuela Nueva.

En su autojustificación, los del PCOE recordaban que sus antecedentes en defensa de una orientación revolucionaria para el socialismo español se remontaban a sus contactos con la Conferencia de Zimmerwald y la difusión de sus planteamientos en plena guerra europea en periódicos como LA JUSTICIA SOCIAL, de Reus, y el efímero LA VANGUARDIA, de





Madrid. La revolución rusa y la I.C. encontraron asimismo plataformas de divulgación y defensa en órganos inspirados para ellos, como NUESTRA PALABRA y LA INTERNACIONAL (aunque inicialmente esta última tuviese un carácter mixto, entre reconstructor y tercerista). En fin, las primeras iniciativas, tanto entre las Juventudes Socialistas, como en el PSOE para adherirse a la I.C., fueron promovidas por actuales dirigentes del PCOE.

Invocaban el testimonio del secretario general del PCE, Merino García, como secretario de actas de las conversaciones mantenidas con Borodin, por el entonces unido grupo de terceristas madrileños. De ese testimonio (que no se produce, pues no llegó a participar en ningún momento de las negociaciones) se desprendería que Borodin sólo aconsejó la escisión cuando ésta pudiera ser comprendida y seguida ampliamente.

En el plano sindical, precisaban que la transformación revolucionaria de UGT no era cosa fácil, y reivindicaban como mérito el haberse opuesto a toda colaboración de la UGT con la Organización Internacional del Trabajo, en el marco de la Sociedad de Naciones (promovida por Largo Caballero). No obstante, admitían un flujo de comportamiento en el último Congreso de la misma, pero —alegaban— en aquel momento aún no existía la Internacional Sindical Roja. Insistían, por último, en la firmeza de su comportamiento en la huelga general de diciembre de 1920, señalando como prueba la represión sufrida por su prensa, no sólo de parte gubernativa, sino incluso de la UGT.

En cuanto a las «16 condiciones» del PCE, aceptaban once de ellas, al ser de la I.C. y no del PCE, algunas con matizaciones, pero rechazaban el principio de los dos tercios, subrayando el equívoco de equipararlos con los centristas. No propugnaban, sin embargo, un criterio

proporcional en la formación de los comités, sino igualitario. No admitían en absoluto la política de depuraciones, salvo en lo que se refería a militantes que ocupasen cargos públicos en ayuntamientos y diputaciones. A su vez, proponían sus propias bases para la unidad, consistentes en la integración de los Comités Centrales que dirigirían como uno solo los dos partidos hasta el Congreso de fusión, o simple coordinación entre los mismos hasta ese momento. El Congreso debería ocuparse ante todo de poner en marcha un partido único y sólo él podría decidir sobre posibles expulsiones.

Alegando falta de atribuciones, la delegación del PCE se negó a entrar en la consideración de esta propuesta, y tras aceptar la de Núñez de Arenas de que ambas delegaciones solicitaran de sus respectivos comités poderes suficientes para llegar a un acuerdo, terminó esta segunda entrevista, correspondiendo ahora al PCE convocar al PCOE.

En la primera parte de la tercera sesión negociadora, celebrada al día siguiente, pareció que el clima iba a cambiar, al llevar la iniciativa por el PCE Luis Portela. El y Núñez de Arenas terciaron sucesivamente sobre éste o aquel hecho o persona mencionados en los manifiestos del PCE y PCOE, de forma tal que el resultado era un tácito reconocimiento de que ni PCE, ni PCOE tenían trayectorias perfectas, siendo la fundamental su unificación, pues de ahí partiría la actividad que verdaderamente habría de ser juzgada. Pero cuando se llegó de nuevo a las condiciones de fusión y recobró el protagonismo Andrade, el proceso volvió a bloquearse. Andrade insistía en identificar a los dirigentes del PCOE y muchas de sus agrupaciones con el centrismo internacional (concretamente les asimilaba al líder maximalista italiano Serrati y consideraba discutibles los procedimientos por los que se había logrado una mayoría co-

munista en el Partido Socialista Francés, vaticinando al respecto depuraciones en el III Congreso de la I.C.). Insistía por ello en la necesidad de las mismas, para lo cual era imprescindible contar con mayoría absoluta en el Comité Central que organizase el Congreso. Pese a las sutiles indicaciones de Núñez de Arenas en el sentido de que, siendo el PCOE un partido en formación, el pacto que le ofrecía al PCE permitía a éste influir políticamente sobre el desarrollo del mismo, en un momento decisivo, Andrade, consideraba tan abrumadora la diferencia de fuerzas, que no veía otra posibilidad que cambiarla por la fuerza con las expulsiones, necesariamente previas al Congreso; pues en éste, al ser proporcional su composición, no veía la más mínima posibilidad. Fue aquí cuando César R. González consideró que las negociaciones estaban rotas, y cuando Núñez de Arenas insistió en que, «de haber cordialidad», no existiría inconveniente en aceptar una mayoría del PCE en el comité fusionado que organizase el Congreso. Andrade tradujo esta oferta por renunciar a las expulsiones hasta este último, a cambio de la mayoría de dos tercios.

Ya en la cuarta sesión negociadora del día 19, Núñez de Arenas intentaría una rebaja en el porcentaje de mayoría exigido por la representación del PCE. Pero cuando la intervención de Andrade aclaró que el alcance de su concepción consistía en marginar del PCOE a todos los militantes sospechosos de centrismo hasta que el Congreso decidiese sobre ellos, definitivamente se evaporó toda posibilidad de acuerdo. De nada sirvió que Núñez de Arenas señalara que también dentro del PCE había discrepancias siendo las diferencias políticas del PCOE con PSOE y no con el PCE. Ni el hecho de que la IC saliera más beneficiada con la fusión de los comunistas españoles, que con el enfrentamiento de estos a causa de unos cuan-





*Nuestra Bandera, 1937*  
*Edición Facsímil*

Edición facsímil de los dos primeros números de la revista aparecidos en plena Guerra Civil, siendo su directora Dolores Ibárruri.

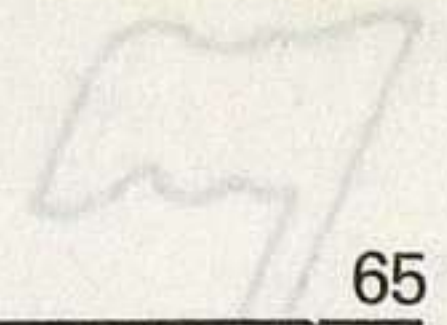
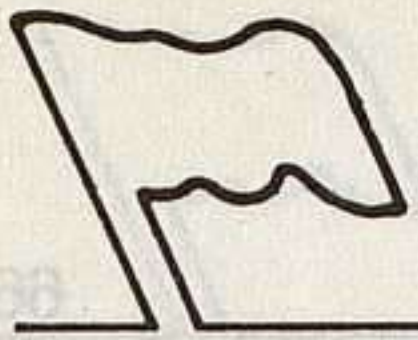
**Precio del ejemplar:** 350 ptas.  
**Precio para suscriptores:** 300 ptas.  
(más gastos de envío).

**Pedidos a:** Peligros, 10, 2.º - Madrid-14

tos nombres, sobre los cuales en todo caso se pronunciaría el Congreso. Andrade consideraba su criterio el único verdaderamente comunista, reprochándole los del PCOE que abusara de su condición de representante del PCE como Sección reconocida por la IC. Por fin, sacó nuevamente otro documento, también preparado, en el que tras lamentar el fracaso de las negociaciones atribuyéndoselo al PCOE, se hacían las siguientes propuestas, a fin de cumplir con los requisitos exigidos por la IC: Las direcciones del PCE y PCOE, se comprometían a celebrar un congreso de fusión del que no se precisaba fecha. Entre tanto, completa libertad de crítica entre ambos partidos.

No obstante, aún habría una quinta y última reunión el día 20, en la que se perfilarían estas últimas propuestas, temerosos los del PCOE que la mencionada libertad de crítica diera al traste, definitivamente, con toda posibilidad de fusión. Así pues, el Congreso previsto habría de celebrarse en Madrid, durante el mes de septiembre, para dar tiempo a la discusión de los acuerdos del III Congreso de la IC previsto para junio-julio. Una comisión mixta de delegados, tres por cada partido, sería la encargada de organizarlo, sometiendo al mismo además un proyecto de programa y otro de estatutos. Las votaciones se efectuarían según los efectivos con que contará cada partido quince días antes de su celebración.





# Algo se oye aquí soterrado...

*Nietzsche*

## Manuel Ballester

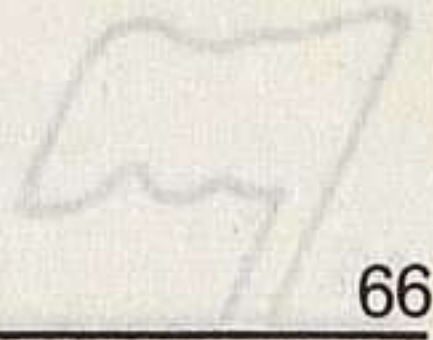
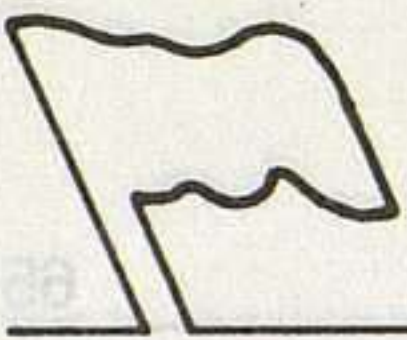
Con frecuencia se ha insinuado que la hipótesis eurocomunista, sus proyectos teóricos y políticos, aún en ciernes y en lenta, demasiado lenta, maduración, no son sino fintas tácticas, encubrimientos más o menos sutiles de un cuerpo de doctrina y de una voluntad política no modificados. El ya largo debate se pierde en un vaivén de pruebas y contrargumentos de que, por miopía o interés, difícilmente brota una serena convicción. Queda un recurso para valorar ceñidamente lo que hay de profundo y de cabal en esa revisión innovadora: atender a la génesis del fenómeno y, a su luz, juzgar de su sentido y de su alcance; ver igualmente en qué medida la nueva propuesta estratégica, lejos de ser una precipitada y versátil improvisación, se ha ido perfilando y precisando en un proceso duradero, difícil y contradictorio. **La reflexión crítica, no la conmemoración ritual y momificadora**, de los sesenta años de existencia del PCE nos brinda la ocasión de evocar y analizar momentos de esa his-

toria en los que, de modo germinal y confuso, se anunciaba y se iba abriendo paso un esfuerzo autocrítico y de elaboración que hoy discurre rompiendo esquemas, transmutando planeamientos y esbozando nuevas orientaciones. Y eso pese a los precipitados responsos o a los conjuros acusadores de algunas «planetarias conciencias de la revolución». Razones de índole personal me permiten intentar un balance —aquí muy rápido, y hasta abstracto, por cierto— de una experiencia sectorial en la que fueron perceptibles los fermentos de lo que hoy madura, y de la que podría también decirse **«algo se oye aquí, soterrado, esforzándose»**.

No creo equivocarme si indico que el **grupo de estudiantes comunistas** constituido en París durante el curso 1954-55 resultó célula precursora, por haber sido muy sensible a los brotes de duda, de interrogación y de búsqueda que empezaron a surgir en los primeros años de la década de los cincuenta. Muy restringido al principio, sólo dos

miembros, ligado directamente al Comité Central y menos encastrado en las rígidas trabas de toda compleja organización, no sólo percibía las primeras fisuras ideológicas, sino que podía expresarlas con diáfina claridad en su propio seno, siendo por ello un banco de ensayo, un laboratorio de ideas y un buen sismógrafo de aquellas sacudidas. Había, por otro lado, rasgos casi inéditos en su composición: lo integraban en su totalidad estudiantes y artistas, nada instalados en el sopor profesional de las becas, volcados, en los remolinos intelectuales y políticos del entonces y, por añadidura, recién llegados del interior de España y no determinados, histórica o socialmente, como los jóvenes militantes de la JSU, hijos en su mayoría de exiliados republicanos o comunistas. Años más tarde, recordando sin duda a éste y a otros grupos similares, Santiago Carrillo diría que el franquismo estaba perdiendo la última batalla, en la medida en que «con nosotros están los hijos de los vencedores». Por todas estas circuns-





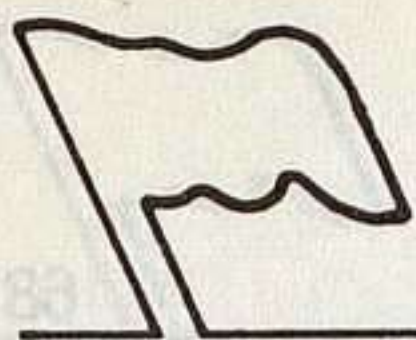
tancias, aquel grupo de estudiantes ofrecía un complejo perfil, sinuoso y problemático. Su misma vida interna, embarullada y contradictoria, pero ávida, diversa enriquecedora, permitió que en su seno fuesen formándose futuros hombres políticos o atentos militantes, algunos de cuyos nombres querría aquí evocar: el entrañable Manolo López, abogado laborista, y Doro Balaguer, miembros después del Comité Central; Jaime Ballesteros, hoy en el Comité Ejecutivo; Edo, puntual y sereno, Juan Haro, escultor, María Sánchez Arcas, inquebrantables y constantes en sus convicciones profundas; Octavio Pellissa, que bien hubiera dicho «soy el espíritu que siempre niega» y que, por ello mismo, criticaba y, despotricando, vivificaba; César Santos Fontela, loco de cine y de Visconti; Pablo Herrero, ya muerto, ya que entonces escalaba los zigurats de la asiriología; Gerardo Gómez Cassais, lúcido y claro en su adhesión al PCE y entregado a una profunda e inteligente lectura de la obra de Bach; Manolo Gadea, hoy cardiólogo; el que esto escribe. Otros llegaron más tarde, injertándose con sus preocupaciones y tormentos en aquel núcleo vivo y diverso.

Desde un punto de vista orgánico, el aflujo al PCE de jóvenes nacidos y educados, a trancas y trancazos, en la España franquista, en su gran mayoría sin lazos con la exiliada, creaba problemas; su retroterra ideológico, las experiencias vividas, los diferenciaban del resto del PCE de Francia; carecían de referencias teóricas seguras y malamente se plegaban a las reglas que rigen la vida de una organización. Casi todos ellos, de conocerla, hubieran aplaudido, como propia, la auto-definición que diera Radek: «soy un francotirador de la revolución». Eran éstos, aspectos aparentemente negativos en los que, como de costumbre, se encapsulaba lo positivo, ya que con la confusión y con la diferencia traían los primeros aflujos de

una nueva realidad y los impulsos, espontáneamente crecidos en España, de una impugnación democrática y comunista que, a tientas, estaba cristalizando. Por eso eran mensajeros de una oleada de joven resistencia que se abriría cauce con los movimientos estudiantiles de 1956.

La fusión con la generación anterior no estuvo exenta de roces y hasta de incomprendimientos; dos ondas históricas se entrelazaban superponiéndose. Pero aquellas dificultades, aquellos choques incluso eran el testimonio de un nuevo aporte y del ensanchamiento y diversificación de la antigua corriente. El PCE comprendió pronto que con aquellas aguas tan revueltas se anunciaba un nuevo caudal. La decisión ya dicha de ligar el grupo de estudiantes al C.C. tenía finalidad muy precisa: establecer nexos orgánicos flexibles con una renovada realidad política; esto, además, facilitó el desarrollo de aquel turbulento sector del PCE, embrión de lo que iba a surgir en la Universidad y en el dominio «intelectual». Tal decisión se remató, a finales del 56, con otra de la mayor importancia para la vida del grupo: su dirección fué confiada a un hombre decisivo e inolvidable: Benigno Rodríguez. Antiguo obrero impre-sor, durante la guerra destacado junto a Negrín, militante de base y consejero escuchado, traductor temporal en la UNESCO (uno o dos meses de trabajo asalariado, diez u once dedicados benévola-mente al Partido), Benigno moriría en 1959, dejando tras de sí, amén de su rastro ideológico y ético, en su habitación de siete u ocho metros cuadrados, un camastro, una cafetera y tres mil volúmenes. Infatigable lector de Shakespeare, entre cafés y cigarrillos, reflexivamente comentaba las implacables dialécticas de la lucha social y las del ejercicio del poder: ¡ah! Richard III y Lady Macbeth... El poder era entonces, y sigue siéndolo, el «núcleo duro» en que





## tropiezan nuestros dientes en la elástica carne de la dicha...

La encarnizada lucha de clases continuamente recordaba las palabras de Goethe: has de ser yunque o martillo, como un destino que asumir. Pero por ello queríamos entender el sentido y el alcance de esa fatalidad. Meses antes de conocer a Benigno, en una de las primeras reuniones de célula, decidimos dejar de lado los habituales materiales de discusión y de estudio, mondamente políticos, para leer y comentar la **Ideología alemana**. Había en ello una decidida voluntad de ir directamente al pensamiento marxista, de atravesar las pantallas huecas y sofocantes de la tradición estaliniana, y de escrutar el fondo de los procesos históricos. Leer la **Ideología alemana**, obra entonces mal vista y malquista, era también el signo de una profunda zozobra ideológica, suscitada por la percepción de rigideces dogmáticas; en aquellos meses, Jorge Semprún detectaba y denunciaba (¡ya entonces!) la entretela «fascista de Dilthey». Así como suena. Aquella obra de Marx nos puso en contacto polémico y crítico, pero contacto al fin, con el hegelianismo, sacándonos de torpes catecismos, dándonos al compromiso revolucionario un enorme horizonte, e invitándonos a efectuar la «mediación especulativa», ineludible en la constitución del marxismo. Anotaciones como la de la «maldición que pesa sobre el espíritu, la de estar mancillado por una materia que se presenta en forma de capas agitadas de aire, de sonidos, en una palabra en forma de lenguaje» abría ante nosotros, españoles, ámbitos rasos de toda emanación «idealista», mientras que al afirmar que «los objetos de la **certeza sensible** no le son dados a Feuerbach más que por el desarrollo social», tal certeza se tematizaba como detención de un movimiento, momento en un curso práctico, restaurándose

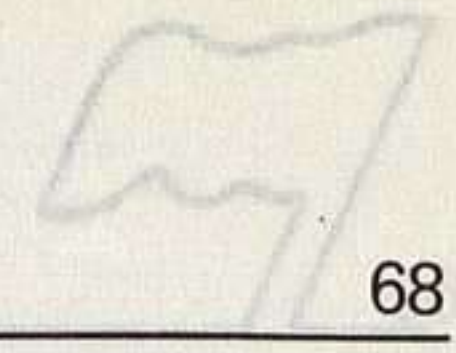
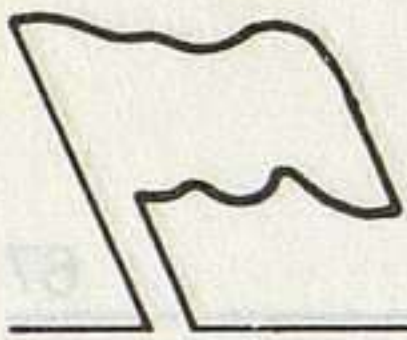
se así lo racional del «dinamismo» idealista y arrumbando el burdo materialismo entonces oficial y triunfante. La **Ideología alemana**, por otro lado, insistía en que «el comunismo no es para nosotros **ni un estado** que deba crearse ni un ideal a que deba adecuarse la realidad. **Llamamos comunismo al movimiento real que abole el estado de cosas actual**». Esta referencia era un estímulo a escapar al embrujo de que algo dado o *existente* coincidiese con el comunismo, y un llamamiento a entender a éste como esencialmente **crítico, negativo y revolucionario**; así se involucraba la cuestión de que todo poder, más aun todo estado, es elemento conservador en el proceso de libertad y de subversión. Quizá hoy sorprenda, pero la lectura de los textos de Marx era una brecha en la práctica «ideológica» estalinista que, como me confirmarían meses después en Moscú, centraba el estudio en los escritos de Stalin, en algunos de Lenin, en pocos de Engels y en nada de Marx.

El carácter opresor y alienante del poder y de las estructuras jerárquicas nos preocupaba. Pero con el XX Congreso del PCUS hubo como un terremoto y se desgarraron todos los velos encubridores. Con paños calientes y con «serena aceptación» se pretendía quitarle hierro y fuerza explosiva a las revelaciones de Jruschef, pero el grupo de estudiantes le pidió a la dirección del Partido viniese a discutir aquel enorme problema. En su nombre lo hizo Fernando Claudín y aún recuerdo, quizá también él, el curso del debate. Estábamos en octubre del 56 y los acontecimientos de Polonia y de Hungría corroboraban que en ninguno de los «países socialistas» había transparencia democrática, circulación de ideas o demandas entre la sociedad civil y el Partido, identificado con el aparato de Estado. Era además evidente que tales abismos entre la sociedad y los órganos del poder

eran concomitantes a la inexistencia de una concepción y de una práctica democrática dentro de los Partidos. Tales fueron los puntos centrales que se evocaron. La actitud de Claudín fue abierta, proclive a la discusión franca y sin trabas, aun cuando menos decidida que la nuestra en el mordiente crítico. Esto carece de importancia; lo esencial estriba en que aquellas desgarradoras experiencias enterraban para siempre las confianzas beatas, y colocaban el empeño revolucionario en la perspectiva que es la suya; de avance crítico y negador por las sombras del presente, sin más horizonte que el de la lucha contra la explotación. Benigno se hizo cargo de la dirección del grupo, acelerando y fomentando nuestro propio proceso reflexivo.

Mantenia relaciones políticas y personales con cuadros del Partido Comunista italiano; había conocido y admiraba a Togliatti; leía asiduamente **L'Unità y Rinascita**; quizá por ello fuera quien con mayor ahínco, generalidad y rigor se planteó los problemas del momento, y uno en especial en que todos venían a resumirse: que sin socialismo no hay democracia, pero que, recíprocamente, **sin la intervención política y sin la presencia de las masas en los órganos de decisión y de poder, no hay socialismo posible**. Las declaraciones de Togliatti acerca de la existencia de «fenómenos de degeneración en el sistema soviético» y las orientaciones generales de Benigno llamaron nuestra atención sobre el esfuerzo teórico y político de los comunistas italianos. Así fue como emergió, en el centro del horizonte, y como experiencia ineludible, la reflexión de Gramsci. El grupo de estudiantes inició entonces un camino deslumbrante: el estudio de los «cuadernos de la cárcel» y en especial **Il materialismo storico** y **Note sul Machiavelli**. Aquello constituyó, por decirlo con Engels, «un punto nodal» en





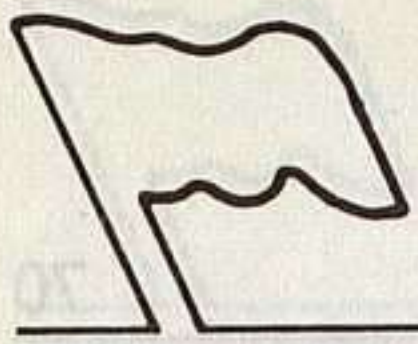
nuestro desarrollo y en la vivificación ideológica y política dentro de algunos sectores del Partido.

**IL Materialismo storico** exponía en una perspectiva propiamente dialéctica la relación (el carácter interno pero negativo) de las «ideas» y del «mundo», involucrando, pues, en forma crítica el terco\* «materialismo» leninista contra el que, dramática e impotentemente, ya nos debatíamos algunos. Gramsci, además, en forma totalmente original, abría un campo poco hollado en el pensamiento marxista, el de la **reversibilidad del proceso histórico, el de su carácter no lineal ni cumulativo**, rompiendo así con las excrecencias «progresistas» de cuño positivista, ciegas en tantas cosas y delétereas en muchos dominios: «Se puede, pues, afirmar, escribía Gramsci, que mientras todo el sistema de la filosofía de la praxis **puede devenir caduco** (!) en un mundo unificado, muchas concepciones idealistas, o al menos algunos de sus aspectos, **utópicos** bajo el reinado de la necesidad, podrán convertirse en «verdad» después de la transición (dopo il passaggio).» Así se apuntaba algo que luego leeríamos en Hegel o Ernst Bloch: que el proceso de avance supone e implica una mediación en lo fecundo del pasado, o que **el pasado, en expresión de Bloch, aún no está agotado**. Raros eran los que entonces percibían el alcance de estas afirmaciones. Con estas experiencias político intelectuales se iba desmoronando lentamente, o se desplomaba por lienzos enteros, la bárbara construcción estalinista, y **puntos decisivos del leninismo** quedaban alumbrados en su destructora unilateralidad polémica o maniquea. Pero la lectura de **Note sul Machiavelli** nos llevó a uno de los centros del terremoto, a una reflexión acerca de la naturaleza del Partido. Gramsci, en forma sintética, lo entendía como **intelectual colectivo**, fraguado y

articulado, no tanto en torno a estructuras orgánicas, disciplinarias y de poder, como por un cemento **ideal** de proyectos y de perspectivas, consolidado así en una actividad política e ideológica, incesante, abierta y creadora; y esa permanente fermentación intelectual y política, Gramsci la entendía como dada y desarrollada dentro del **colectivo**, como eje y sustancia de su **práctica**, no en **estamentos especializados, academizados y políticamente neutralizados**. Con la lectura de las **Note s. M.** se renovaba nuestra concepción de la práctica histórica y del Partido. Benigno lo resumió una tarde en un pensamiento del que mis compañeros quizá se acuerden: no es posible ni pensable un Partido comunista si sus estructuras no se ven sacudidas permanentemente por el vendabal de la reflexión crítica, de la autocrítica y de las propuestas revocadoras. Todo esto era esencial en el momento de cortar amarras con tendencias implícitas en el leninismo (Rosa Luxemburg las había denunciado); pero con ello maduraba también, en forma no sistemática, un nuevo nivel de conciencia histórica. Esa nueva noción de Partido, Gramsci la había forjado ante evidencia de que el camino recorrido en el 17, no sólo era impracticable, sino que estaba minado por los profundos abismos que más tarde hemos visto abrirse y que hoy producen vértigo. Se abría paso la idea de que la apertura de un nuevo proceso revolucionario requería conexión íntima, de esencia, entre desarrollo democrático y avance y construcción del socialismo, y capacidad de las fuerzas revolucionarias para fomentar alternativas en todos los aspectos de la vida social o **para asumirlas** en sus proyectos y en su acción. Trabajosos avances, arriesgadas incursiones ideológicas que no iban sin un estudio reflexivo del pasado.

La índole auténticamente comunista de Benigno, firme en las **pocas** convicciones





esenciales, pero abierto y dubitativo en el terreno intelectual, nos empujaba a con- jugar atención apasionada a lo innovador y enlace reflexivo con un pasado generoso. Fragmentariamente, en la revista **Arguments**, conocimos un monumento histórico y teórico, **Historia y conciencia de clase de G. Lukacs**. Allí quedaba en claro que la práctica revolucionaria nunca puede desligarse de un profundo esfuerzo filosófico; Lukacs había escrito su obra como contribución a la vida política de su célula. Una vez más, por otra parte, aparecía en el horizonte la sombra de Hegel y su **solicitud dialéctica**, así como una meditación acerca de la razón científica, de los límites de los «especialistas» y de la praxis histórica como razón. Aquello era un antídoto contra las ulteriores y **conservadoras inflaciones tecnologistas** de los «imbéciles de alto coeficiente intelectual». Ante las posteriores diatribas contra el gran húngaro hoy no podemos no preguntarnos, como Adorno «si la razón a que... nos figuramos haber llegado no se encuentra, en realidad, sumamente rezagada tras aquélla». Pero con Lukacs en la mano se planteaban decisivas cuestiones en cuanto a la naturaleza y estatuto de las ideologías. Este último punto tuvo enormes repercusiones en la actividad política del grupo de estudiantes.

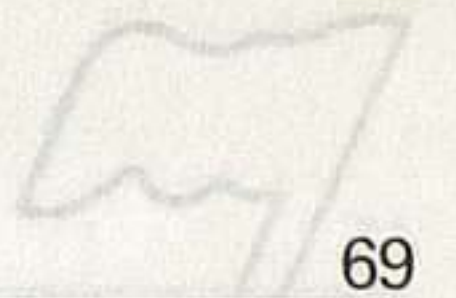
Los horizontes abiertos por Lukacs nos vacunaban contra las moralizantes y castróficas simplezas de un maoísmo ya emergente, permitieron, además, que el grupo pudiese desarrollar un **trabajo político entre los estudiantes y artistas españoles recién llegados a París**. No todo era fermentación ideológica entre las cuatro paredes de habitaciones clandestinas y, aunque algunos de nosotros, por razones policiales, no podíamos volver a la geografía española, allí al lado teníamos su realidad palpitan- te.

La altura y amplitud teóricas, a que se levantaban Gramsci y Lukacs, nos permitían combatir en el resbaladizo y no fácil campo de los intelectuales. No se podía llegar a ellos —y ¡con cuánta razón!— con la zafia escolástica de Jdanov. El Colegio de España del bulevar Jourdan fue nuestra primera cabeza de playa; a pesar de las trabas administrativas y de las zancadillas de algún «chivato», ya en 1955 logramos presentar una candidatura democrática en las elecciones al Comité de residentes. Sufrimos una derrota, pero teníamos un pie dentro y allí tomamos contacto con los entonces desconocidos, pobres como ratas, como nosotros mismos, pintores y músicos y estudiantes de cine o de sociología: Lucio, Sempere, Vitoria, Alonso Beti, Vicente Brandes, muerto en agraz, Gorostiaga y su violín de opacas sonoridades, J. M. Berzosa, Salvador Calabuig, Ramón Chao y tantos otros. Ellos juzgarán mejor lo que el **grupo comunista** de la Cité pudo aportarles, de modo torpe, sin duda, y con las rigideces ideológicas de aquellos años; creo, no obstante, que en algo contribuimos a fecundar la conciencia democrática de que más tarde todos han dado pruebas; algo también a ir tejiendo, en torno al P., una red de relaciones y de cooperación con sectores no proletarios de la nueva generación. Esto último era y fue decisivo, porque esa **interacción del Partido y de los intelectuales sería el germen y la ocasión de más tardías elaboraciones políticas, determinantes en cuanto a la alternativa eurocomunista**.

En 1960 aquel laboratorio y sensible sísmógrafo político se disgregó. Manolo López ya estaba en la cárcel; Jaime Ballesteros, Balaguer y Edo entrarían, a su vez, tras haber asistido como delegados al VI Congreso del Partido; Octavio Pellissa había hecho sus escuálidas maletas para Alemania; otros iban desapareciendo, y la

muerte de Benigno cambiaría los datos de la situación. Cuando Jesús Izcaray se hizo cargo de nuestra dirección y de nuestra amistad las perspectivas generales ¡habían cambiado!, el centro de gravedad de la renovación política y teórica se había desplazado a España, y nuestra función de avanzadilla iba difuminándose en la medida en que crecían nuevas fuerzas en el Partido. Por otro lado, y es ésta una cuestión de enorme importancia histórica, el VI Congreso a pesar de proseguir en la **«Lancée»** renovadora, representó como un frenazo, un alto, en la dinámica desencadenada. Pero éstos son ya temas que habremos de tratar más por extenso.

La rememoración, abstracta y rápida, de esta experiencia quizá permita entrever por dónde se sitúan los inicios de procesos teóricos y políticos hoy en curso; entrever también lo largo y profundo del empeño llamado eurocomunismo, que en su esencia estriba en darle al proyecto marxista horizontes que fatalidades históricas y sociales le arrebataran. A mí, personalmente, estos recuerdos y reflexiones me traen a la memoria siluetas humanas densas de verdad, y de amplitud de miras; otras, ya más borrosas, turbias y discutibles, **todas, no obstante sumergidas en procesos potentes, generosos**; una generación, en suma, que recogió la llama de la anterior, valiente, tenaz y sufrida, y entró en lucha con ímpetu **romántico revolucionario**. Y esto lo subrayo porque entonces topábamos con «sabios» cansinos, pedantes de «humildad» y de cómodo escepticismo, que nos recomendaban el «desengagement» y el desengaño. De todo ello hablaremos un día tendida y largamente. Y en estas experiencias aprendimos también que «sólo la verdad es revolucionaria» y que, como decía el viejo Lessing «quien quiere presentarle al pueblo la verdad bajo afeites y máscaras, podrá ser su alcahuete, pero no su amante».

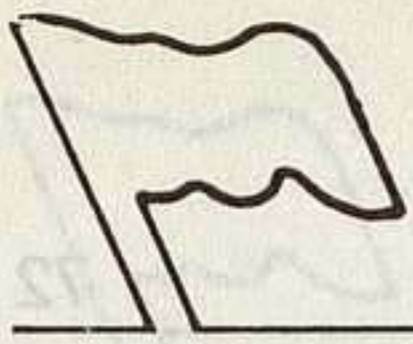






# AFGANISTAN





# Sobre los amigos y los enemigos del Afganistán independiente y revolucionario

Oleg Golovin

Prosigue en Occidente la ruidosa campaña desatada, como obedeciendo a un mando, por todos los medios informativos burgueses en relación con los sucesos de Afganistán. Aprovechando el que muchos han oído muy poco de la revolución afgana y los que han oído algo tienen de ella una idea bastante confusa, los virtuosos de la propaganda imperialista vierten mentiras y calumnias para desprestigiar a Afganistán, a sus dirigentes y, por supuesto, a la Unión Soviética, país que ha brindado ayuda a su vecino del Sur. En esa situación, hasta personas de concepciones progresistas se preguntan qué ocurre en Afganistán.

Estos últimos tiempos tiene amplio curso en Oeste la versión de que «no ha habido revolución alguna» en Afganistán. Según dicen, lo que se produjo en Kabul en abril de 1978 no fue sino un cuartelazo. Tal afirmación aparece, por ejemplo, en el artículo editorial de la revista teórica y política del Partido Comunista de España («Nuestra Bandera», NR 102, enero-febrero de 1980), publicación cuyo director es Manuel Azcárate, uno de los líderes del PCE.

¿Cuál es la verdad?

El contenido fundamental de los sucesos de abril de 1978 consiste en que en Afganistán se produjo una revolución antifeudal, antiimperialista y democrática.

Fue un estallido de protesta de los trabajadores y patriotas afganos, acumulada durante años, contra un régimen virtualmente feudal, intolerable en el siglo XX, contra la miseria y la falta de derechos para la mayoría del pueblo.

Preparó y encabezó la revolución el Partido Democrático del Pueblo (PDP), en cuyas filas militaban en abril de 1978 varias decenas de miles de personas. Llevaba trece años trabajando entre las masas, ejercía influencia predominante en los sindicatos, tenía partidarios entre obreros, intelectuales, funcionarios y estudiantes. También fue importantísimo el que ese Partido desarrollara amplia actividad en el ejército. Precisamente por eso, el ejército llegó a ser el destacamento de vanguardia de la revolución afgana.

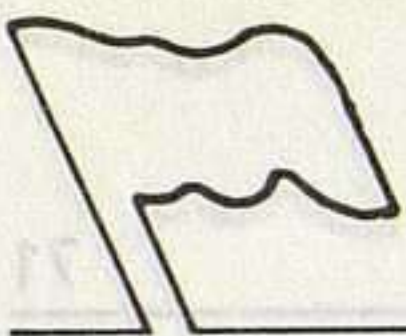
Es cierto que el punto culminante de la Revolución de Abril de 1978 fue la «toma del Palacio Presidencial por las unidades militares». Pero la revolución no se redujo a este hecho. Simultáneamente con los sucesos de Kabul, el poder popular iba estableciéndose en todas las ciudades y aldeas del país, lo cual, es lógico, no habría podido realizarse sin el apoyo de amplias masas populares: el campesinado, la clase obrera, los artesanos, los pequeños comerciantes, los nómadas pauperizados, los intelectuales, los círculos patrióticos de la burguesía nacional y del clero mu-

sulmán, representantes de todos los grupos étnicos que viven en Afganistán.

Los trabajadores afganos manifestaban apoyo a las transformaciones y fidelidad a los ideales revolucionarios no sólo participando en mítines y concentraciones multitudinarias, sino también en otras formas antes desconocidas en el país y que atestiguan cambios radicales en la conciencia del pueblo. He aquí unos ejemplos. Tan sólo en el primer año de la revolución, los **trabajadores recaudaron** cientos de millones de afganis para los diversos fondos creados para llevar adelante la democratización. Surgieron movimientos como el movimiento de trabajo voluntario, que se extendió por todo el país. La gente empezó a urbanizar los poblados, a reparar y construir hospitales, escuelas, viviendas. Otra novedad fue la emulación entre fábricas y entre barrios. Contribuyeron de manera eficiente a promover esas formas de actividad los sindicatos, las organizaciones de mujeres y de jóvenes, así como los comités campesinos, creados luego del triunfo de la revolución. ¿Acaso no es una prueba de que **existe y se amplía la base popular del nuevo régimen?**

Artículo publicado en *Tiempos Nuevos* que expone la opinión oficial soviética.





## RESUMEN HISTÓRICO

1.964. — El Rey Zahir promulga la Carta Constitucional. Pero ningún cambio en las estructuras arcaicas.

1.973. — Destituido el Rey Zahir. Su primo, príncipe Daud, Jefe de Gobierno y Presidente.

Este cambio se basa en una amplia convergencia: familia real (esperaba conservar influencia), ejército (favorecido por Daud cuando éste había sido Primer Ministro en los años 50), medios comerciales (esperaban reactivación después de crisis económica), jefes de las tribus Pachtun (que recordaban el apoyo de Daud a sus acciones de apoyo a los pachtunis de Pakistán), las fuerzas de izquierda prosoviéticas (que esperaban elevar su influencia con una ampliación de las relaciones estatales con la URSS). La política de Daud pronto decepcionó a una parte de los que le habían apoyado.

Se orientó hacia un acercamiento en el Irán del Sha; éste le ofreció ayuda económica a cambio de que cesase el apoyo afgano a las tribus pachtunis del Pakistán (aliado del Irán en el CENTO).

Se alejaron de Daud, de un lado, los grupos prosoviéticos, de otro los jefes de las tribus pachtunis.

1.978. — Después de varios golpes que fracasan, el 27 de abril de 1.978 triunfa un golpe principalmente militar realizado por el «Partido Democrático del Pueblo», fundado en 1.965 (equivalente a un «partido comunista» y estrechamente ligado a la Unión Soviética). Este partido había obtenido dos diputados en las elecciones de 1.969. Pero estaba dividido en dos grupos desde 1.967:

— El Kalq, encabezado por Taraki y Amin; basado en sectores campesinos y de artesanos y pequeños propietarios; pertenecientes a diversas etnias.

— El Parcham, encabezado por Karmal; basado principalmente en personas «pachtunis» de Kabul; de capas altas de la sociedad.

En julio de 1.977 los dos grupos se habían reunificado (después de una escisión de 10 años).

Las causas de esa larga división (aparte de las rivalidades entre líderes) no son totalmente claras; pero parece que, entre otros puntos, figuraba el del Pachtunistán; el Parcham apoyaba la autodeterminación de las tribus pachtunis del Pakistán, como paso para su ulterior integración en Afganistán; el Kalq defendía la autonomía de dichas tribus dentro del Pakistán.

El Kalq había desplegado su actividad más bien en los centros rurales. El Parcham se había infiltrado principalmente en los órganos del poder estatal.

1978. — Los dirigentes del Parcham — concretamente Karmal — son eliminados del poder. Karmal es enviado de embajador a Praga, y ulteriormente destituido. Encuentra acogida y apoyos por parte de la Unión Soviética; se prepara así un «equipo de recambio» para seguir ejerciendo su influencia en Afganistán, si fracasase Taraki.

Diciembre 1978. — Taraki firma en Moscú un acuerdo de colaboración soviético-afgano (invocado luego para justificar la invasión soviética).

1 enero 1979. — Decreto de reforma agraria, que desemboca en un fracaso, entre otras causas porque los campesinos no encuentran por parte del Estado los créditos y otras ayudas indispensables para continuar su producción; aparte de las resistencias lógicas de los latifundistas. Rebrote de levantamientos guerrilleros, étnicos o tribales, en diversas provincias. Estos movimientos no eran considerados entonces como un peligro por el Gobierno de Kabul.

Febrero 1979. — El embajador de EE.UU. es secuestrado y asesinado, en circunstancias poco claras.

Marzo 1979. — La guarnición de Herat se rebela contra los oficiales soviéticos, que actuaban como consejeros.

Amin se convierte en Primer Ministro y toma el control de la AQSA (Servicio de Salvaguardia de los intereses de Afganistán, policía secreta).

Abril 1979. — Una delegación soviética, presidida por el jefe de la Dirección Política General del Ejérci-

to y miembro del Comité Central del PCUS, llega a Kabul. A raíz de esta visita, Safronchuk, responsable de coordinación entre URSS y Afganistán se instala cerca de Taraki.

Se incrementa la lucha militar contra las tribus rebeldes.

Crece el éxodo de tribus hacia Pakistán. Las guerrillas cuentan con diversos apoyos, en particular de parte pakistaní.

Agosto 1979. — La AQSA ejecuta a varios oficiales de la guarnición de Bala-Isar, en la que todos los cuadros eran del sector Khalq. La guarnición se amotina para derrocar a Amin, pero la sublevación es aplastada.

Septiembre 1979. — Taraki es recibido solemnemente por Bresnev a su regreso de la Conferencia de No Alineados de la Habana. A la vez se celebra una entrevista entre Taraki y Karmal (que está emigrado en Moscú) promovida por los soviéticos. En ella se elaboran, probablemente, planes para destituir a Amin y devolver un cargo a Karmal.

16 de septiembre de 1979. — Amin se hace dueño de la totalidad del poder y es nombrado Presidente del Consejo de la Revolución y Secretario General del Partido. Taraki es ejecutado. (Probablemente Amin había conocido los planes elaborados en Moscú contra él).

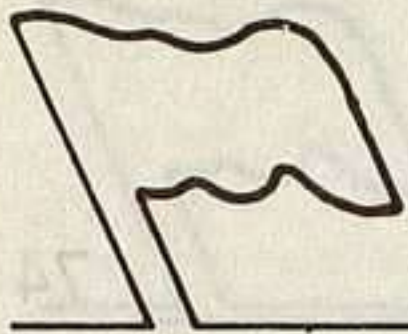
Amin intenta recuperar la confianza de la URSS, ya que necesita apoyo militar soviético para acabar con la rebelión. Pero se resiste a la reestructuración de las Fuerzas de Policía bajo la dirección de consejeros soviéticos.

23 de diciembre de 1979. — Comienza la llegada masiva de tropas soviéticas.

27 de diciembre. — Se anuncia simultáneamente la entrada en Afganistán de las tropas soviéticas y la destitución y ejecución de Amin, con su familia y colaboradores.

28 de diciembre. — Karmal es colocado como nuevo Presidente.





Se emprendió la reforma agraria, la alfabetización y muchas transformaciones socioeconómicas.

Como en toda revolución que afecta los intereses radicales de las clases y grupos dominantes, la reacción y el imperialismo no se resignaron. Dentro de Afganistán, las fuerzas derrocadas se levantaron contra la revolución y sus reformas, contra el nuevo régimen. Los elementos feudales y usureros, los decanos de algunas tribus, parte del clero alto y medio, apoyados desde fuera, desplegaron **acciones de lucha armada**.

El nuevo régimen, democrático, fue acogido con evidente hostilidad en Estados Unidos, así como en Pakistán y China, vecinos de Afganistán. Esos países organizaron amplias acciones subversivas dirigidas, en primer lugar, a estrangular la revolución afgana y, en segundo lugar, a **crear** en las fronteras meridionales de la URSS un **nuevo bastión reaccionario**, en sustitución de la monarquía iraní que había servido los intereses del imperialismo en Oriente Medio y con la que acabó el pueblo de Irán.

La escala de esas acciones iba creciendo, y la prensa informaba sobre ello. Se formaron bandas de millares de personas petrechadas con armas norteamericanas, chinas y paquistaníes, y adiestradas por instructores de esos países, que desplegaron una actividad intensa hacia finales de 1979. Hasta la prensa occidental informó, más de una vez, sobre amplios preparativos con vistas a implantar en Afganistán un régimen reaccionario dependiente de Estados Unidos. Se vio seriamente amenazada la propia existencia de Afganistán como estado soberano.

Esa amenaza, exterior, la agravaban algunos factores internos. En el seno del PDP existían dos grupos, el Parcham (Bandera) y el Khalq (Pueblo). Dentro de este último surgió una fracción, encabe-

zada por Hafizullah Amin, que procuraba, todavía en vida de Nur Mohammad Taraki, estimular la falta de unidad en el Partido para usurpar las palancas principales del poder. Claro que, la dirección del PDP es la única que puede evaluar en toda su complejidad el desarrollo posrevolucionario del país, las causas objetivas y subjetivas de las dificultades.

Según numerosos testimonios dados a la publicidad, la fracción de Amin, abusando de la credulidad de Taraki, tramó un complot antipopular a sus espaldas, persiguió a patriotas revolucionarios y eliminó físicamente a muchos de los mejores cuadros de la revolución. Esa actividad criminal se intensificó cuando Amin logró con perfidia destituir al presidente Taraki y luego le asesinó.

Los últimos meses de 1979 fueron trágicos para la revolución afgana. Amin y sus secuaces organizaron el exterminio masivo de patriotas, miembros del Partido y no afiliados, militares y civiles, héroes de la Revolución de Abril y gentes sencillas que no estaban de acuerdo con la política de entonces. La **investigación** que llevan a cabo los órganos afganos competentes, ha **demostrado** que era una línea dirigida a eliminar todas las fuerzas sanas con el fin de abrir paso al imperialismo.

Algunos observadores occidentales afirman que los excesos registrados en Afganistán casi han echado a perder a la revolución afgana, o en todo caso han originado su degeneración. Es un planteamiento totalmente erróneo.

Es indudable que la actividad de Amin causó sensible daño a la revolución afgana. En particular, originó titubeos y vacilaciones en parte de la población, ayudando a los contrarrevolucionarios en su afán de desacreditar el poder popular. Pero no es menos obvio que las acciones de Amin no acabaron con las conquistas revolucionarias. **La revolución no cambió de**

**naturaleza.** Sigue siendo intérprete de los anhelos y esperanzas de los trabajadores afganos.

Así, en la segunda quincena de diciembre de 1979, como resultado, por un lado, de la agresión desde fuera y, por otro, de la criminal política de Amin, se vio en peligro el Estado afgano independiente y democrático.

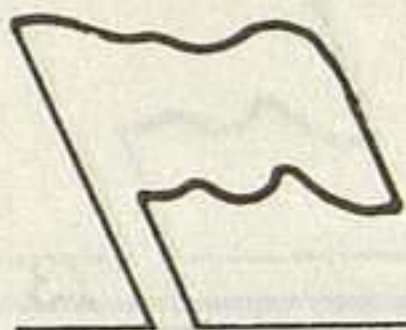
En esas condiciones, teniendo en cuenta la gravedad de la situación, la URSS decidió dar satisfacción a las reiteradas solicitudes de ayuda e introducir en Afganistán un limitado contingente de tropas.

El mencionado artículo de «Nuestra Bandera» contiene referencias a un «argumento» soviético de que «se trataba de salvar un régimen socialista, o casi socialista» en ese país. Nadie en la URSS ha empleado, ni ha podido emplear, semejante terminología. Se ha tratado y trata de defender la independencia de Afganistán frente a la agresión, frente a la brutal injerencia desde fuera. Téngase en cuenta que la ayuda fue concedida a petición del Gobierno afgano, en perfecta consonancia con el Tratado de amistad, buena vecindad y cooperación, firmado por los dos países en 1978, de acuerdo con los principios del derecho internacional y la Carta de la ONU.

Por lo que respecta a los asuntos internos de Afganistán, la Unión Soviética nunca se ha inmiscuido ni se inmiscuye en ellos. El que la destitución de Amin se produjera cuando el contingente militar soviético empezaba a entrar en ese país es una simple coincidencia, sin relación alguna de causa y efecto. Fueron los propios afganos, en particular algunos que habían formado parte de la dirección del Partido y del Estado en tiempos de Amin, quienes emprendieron la sustitución del Gobierno el 27 de diciembre.

El limitado contingente de tropas soviéticas se encuentra en Afganistán con





carácter provisional y precisamente para rechazar la intervención desde fuera, nadie puede negarlo.

El 22 de febrero último, el Secretario General del CC del PCUS y Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Leonid Brezhnev, declaró ante los electores: «La URSS retirará de Afganistán sus contingentes militares en cuanto desaparezcan las causas que han originado su presencia allí, y el Gobierno afgano considere que esa presencia no es imprescindible. Estados Unidos exige a voz en cuello la retirada de las tropas soviéticas, pero en rigor hace todo por alejar tal posi-

bilidad: continúa e incrementa la injerencia en los asuntos afganos. Quiero declarar con toda certeza: Estaremos dispuestos a iniciar la retirada de nuestras tropas tan pronto como haya cesado en todas sus formas la injerencia desde fuera, dirigida contra el Gobierno y el pueblo de Afganistán. Que lo garantice Estados Unidos junto con los vecinos de Afganistán, y entonces desaparecerá la necesidad de ayuda militar soviética».

Es importante ir creando condiciones que permitan al pueblo afgano alcanzar los objetivos de su revolución, sin injerencia desde fuera, y defender su derecho al

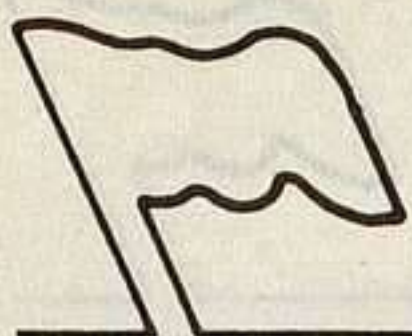
desarrollo independiente y la soberanía. Francamente, artículos como el de «Nuestra Bandera» no contribuyen a esto, ni mucho menos.

Los partidos comunistas y obreros, en su inmensa mayoría, apreciaron desde posiciones internacionalistas y clasistas los acontecimientos relacionados con la sustitución del Gobierno afgano, en diciembre de 1979. En sus declaraciones y artículos saludaron las medidas adoptadas por la nueva dirección, con Babrak Karmal a la cabeza, para restablecer la legalidad y garantizar la seguridad personal en el país, para volver a los ideales de la Revolución de Abril. También saludaron la ayuda soviética llamada a proteger Afganistán contra la intervención de fuerzas hostiles desde el exterior.

No podemos aceptar asimismo algunos planteamientos abstractos, de hecho oportunistas, de que una revolución «verdaderamente popular», para «neutralizar las intrigas imperialistas», sólo debe contar con sus propias fuerzas más un apoyo exclusivamente moral y económico de otros pueblos. Resultaría que la Unión Soviética, otros países socialistas, partidos comunistas y movimientos revolucionarios han de permanecer cruzados de brazos, mirando con tranquilidad cómo las fuerzas intervencionistas y contrarrevolucionarias del imperialismo anegan en sangre a un pueblo y se disponen a hacer de la independiente República Democrática de Afganistán una base de apoyo del neocolonialismo.

Los amigos españoles son quienes menos pueden olvidar que la España republicana, cuando la Guerra Nacional Revolucionaria, contaba con el apoyo de las fuerzas progresistas del mundo entero, en particular de la Unión Soviética. También entonces el enemigo de clase gritaba sobre la «intervención soviética» en los asuntos de España. Por otro lado, Inglaterra y Francia y otros países occidentales





proclamaron una política de no intervención, que los fascistas no dejaron de aprovechar para estrangular la revolución española. Entre paréntesis: no molestaron, sino incluso ayudaron al fascismo los fariseos suspiros de la Segunda Internacional, que de palabra simpatizaba con la República Española, pero en los hechos esquivaba darle ayuda directa, alegando la «no intervención».

Sólo quien sostiene en la práctica una lucha resuelta contra la política agresiva del imperialismo, contra sus intentos de esclavizar y avasallar a otros países, puede considerarse verdadero internacionalista y genuino defensor de la paz. El apoyo brindado a Afganistán, que lucha por el progreso social y rechaza los ataques coordinados del imperialismo yanqui, el hegemonismo chino y el régimen dictatorial de Pakistán es un aporte concreto a la causa común de la independencia nacional, de la consolidación de las fuerzas de la democracia y el progreso, a la causa de la seguridad de los pueblos en esa parte de Asia y en el mundo.



## A propósito del artículo de «Tiempos Nuevos»

Publicamos con gran satisfacción el comentario de la revista soviética «Tiempos Nuevos», en el que se contesta a nuestro último editorial. Consideramos muy positivo que nuestros lectores puedan conocer los argumentos que se invocan contra nuestra posición, y establecer así su propio criterio con más conocimiento que causa.

¡Ojalá hiciesen los mismo las publicaciones soviéticas como «Tiempos Nuevos»! Sus lectores podrían así conocer no sólo las críticas de «Tiempos Nuevos» a «Nuestra Bandera», sino lo que «Nuestra Bandera» escribe.

Queremos además agradecer a «Tiempos Nuevos» la mención explícita que hace de «Nuestra Bandera», cuando los argumentos que figuraban en nuestro editorial, en lo fundamental, han aparecido en otros muchos textos comunistas, no sólo españoles, sino italianos, yugoslavos, japoneses, ingleses, suecos, etcétera.

Sobre el punto central que está en discusión (la legitimidad revolucionaria de que la Unión Soviética haya enviado sus tropas a un país vecino para cambiar al secretario del Partido y jefe del Gobierno de ese país, y poner otro en su lugar, sien-

do además fusilado el primero), lo escrito por «Tiempos Nuevos» es algo tan sorprendente, tan fantástico, que casi equivale a una confesión de parte. ¿Cómo no admirar la audacia, la osadía de Oleg Golovin, al dejar escrito, con su firma, que la simultaneidad entre la entrada de las tropas soviéticas y el cambio de Amin por Karmal «es una simple coincidencia, sin relación alguna de causa de efecto»? Si decimos que ese argumentos no convence, desde luego nos quedamos cortos.

En el párrafo referente a la guerra de España, se falsifica totalmente la historia.





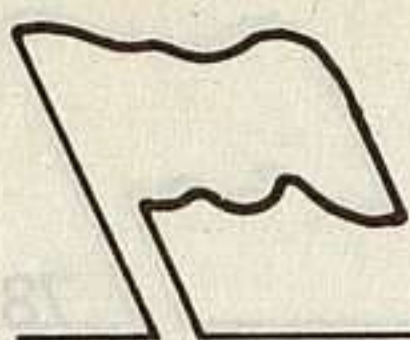
La «no intervención» (y por eso se suele poner entre comillas) consistió en una serie de medidas de los Gobiernos capitalistas para impedir que el Gobierno republicano español pudiese comprar armas; fue una manera de asfixiar al pueblo español mientras Hitler y Mussolini ayudaban masivamente a Franco, no sólo con armas, sino con tropas. Lo que hizo entonces la URSS fue vender armas al Gobierno republicano, lo que representó un acto de solidaridad admirable en aquella conyuntura internacional; en cuanto a los voluntarios soviéticos que estuvieron en España durante la guerra «fueron un total de dos mil, pero en ningún momento hubo más de unos 600 a 800 militares soviéticos, consejeros, aviadores, tanquistas, técnicos de otras ramas, en las filas del ejército popular» (1).

Jamás se habló entonces del envío del ejército soviético a España. No tuvo, por tanto, nada que ver, ni de lejos, con lo de Afganistán. En cierto modo, fue lo contrario, puesto que esa ayuda soviética reforzó al Gobierno republicano (constituido además por el PSOE, los republicanos, el PCE, los nacionalistas vascos y catalanes, incluso la CNT durante un período), mientras en Afganistán la intervención militar ha significado quitar un Gobierno y poner otro.

Repetimos —y estaba claro ya en nuestra editorial— que no está en discusión la legitimidad de la ayuda, frente a las agresiones imperialistas, a los pueblos que luchan por su libertad. Pero en Afganistán ha sido otra cosa: la URSS ha violado la independencia de un país no alineado, y nuestra condena de comunistas a esa acción militar soviética se basa, en primer lugar, en nuestros principios revolucionarios.

(1) «Guerra y Revolución en España, 1936-1939». Dolores Ibarruri y otros. Editorial Progreso. Moscú, 1966, pág. 234.





Sobre el tema de si en abril de 1978 hubo o no *un golpe de Estado*, consideramos que, en el fondo, «Tiempos Nuevos» confirma lo que decíamos en nuestro editorial, puesto que escribe: «Es cierto que el punto culminante de la revolución de abril de 1978 fue la toma del palacio presidencial por las unidades militares». Y agrega: «Pero la revolución no se redujo a este hecho». Tampoco nosotros hemos dicho que sólo hubo ese hecho.

Pero el cuadro que presenta «Tiempos Nuevos» de la evolución a partir de abril de 1978 nos parece excesivamente optimista, unilateral: «Una revolución anti-feudal, antiimperialista y democrática», «los trabajadores recaudan cientos de millones de afganis» para apoyar la democratización; se amplía la base de masas del nuevo régimen; el ejército (así, sin ninguna diferenciación) llega a ser «el destacamento de vanguardia de esa revolución»... No se comprende cómo, en esas condiciones, se hace tan «indispensable» la entrada de las tropas soviéticas.

Sin duda, hubo ayudas exteriores a los grupos reaccionarios. Pero hablar de una «agresión» extranjera no es serio: ¿qué ejército?, ¿dónde?, ¿qué día y qué hora?, ¿qué territorio ha ocupado?

Lo evidente, en nuestra opinión, es que después de la intervención militar de la URSS los grupos de oposición tienen una bandera tan fuerte como la del patriotismo, frente a la presencia de tropas extranjeras. Y esa oposición se manifiesta ya no sólo en el campo, en las montañas, sino en las ciudades. Y ello va a dar más fuerza en el plano internacional, a las exigencias, formulada en la ONU por una gran mayoría, de retiradas de las tropas soviéticas.

En conclusión, lo que más nos ha sorprendido en el artículo de Oleg Golovin es que ha dejado de lado, sin siquiera aludir a ellos, los problemas más sustanciales tratados en el editorial de «Nuestra Ban-

dera». En particular, todo lo que hemos dicho sobre la políticas de bloques; la necesidad de una tercera vía para una estrategia antiimperialista; el peso de los sectores militares en la política de la URSS y la necesidad de una reflexión a fondo acerca del carácter del Estado y de la sociedad soviética, etcétera, ni siquiera son mencionados por «Tiempos Nuevos». La

impresión que uno saca es que no se quiere dar a conocer a los lectores soviéticos la amplitud y profundidad del debate que ha provocado entre los comunistas el tema de Afganistán. Sin embargo, a este debate es vano contestar con silencios o afirmaciones apriorísticas.

## NUESTRA BANDERA

### Textos de «Tiempos Nuevos», anteriores a la intervención soviética

#### Junio 1979 (núm. 24)

Es indudable que si careciera de apoyo foráneo la contrarrevolución, se ahogaría, y la paz se instauraría en Afganistán mucho más rápidamente.

Los jefes musulmanes han declarado reiteradas veces con suma claridad que no ven nada que atente contra la religión. Por su parte, los líderes revolucionarios señalan en todo momento que respetan los valores del Islam. Niegan categóricamente que en el país haya «lucha entre musulmanes y renegados». «La mayoría de nuestro pueblo son musulmanes —dijo el primer ministro Amin en rueda de prensa a finales de mayo—. Por primera vez en la historia del país, pueden ejercer sus ritos libremente. Sin embargo, no podemos permitir que elementos contrarrevolucionarios utilicen el Islam y llevar a cabo transformaciones revolucionarias».

#### Septiembre 1979 (núm. 36)

A la conferencia de solidaridad con el pueblo afgano, convocada por el Consejo Mundial de la Paz, asistieron más de cien delegados de grandes movimientos internacionales, de opinión pública y de partidos políticos y organizaciones de masas de sesenta países.

No sólo en Kabul, sino también durante su recorrido por seis provincias afganas, los delegados pudieron percatarse del unánime apoyo que las masas trabajadoras brindan al Gobierno revolucionario.

Durante su conversación con el primer ministro, Hafisullah Amin, que duró dos horas, los delegados manifestaron gran interés por las transformaciones

sociales: la reforma agraria, las medidas para garantizar la igualdad de las distintas nacionalidades, así como del hombre y la mujer, la alfabetización, etcétera.

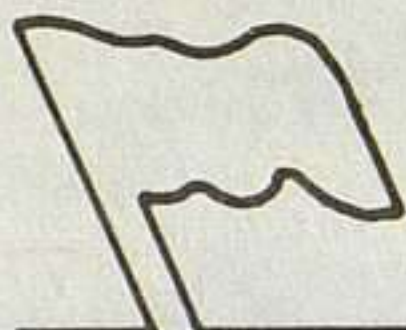
#### Septiembre 1979 (núm. 39)

En Kabul se realizó el 16 una reunión plenaria extraordinaria del CC del Partido Demócrata del Pueblo de Afganistán, que satisfizo la solicitud de Ner Mohammed Taraki de eximirle, por razones de salud, de las funciones que desempeñaba en el partido y el Gobierno. Fue elegido secretario general del CC del PDPA Hafisullah Amin, secretario del CC y primer ministro. El mismo día se reunió con carácter extraordinario el Consejo Revolucionario de la República, donde se eligió para presidirlo a Hafisullah Amin. Brezhnev y Kosiguin le felicitaron con motivo de dichas designaciones.

#### Diciembre 1979 (núm. 51)

Leónidas Brezhnev y Alexéi Kosiguin enviaron a Hafisullah Amin, secretario general del CC del Partido Democrático del Pueblo, presidente del Consejo Revolucionario y primer ministro de la República Democrática de Afganistán, un mensaje de saludos con motivo del primer aniversario del tratado de amistad entre los dos países. Se expresa confianza en que el tratado propiciará también en adelante el feliz desarrollo de los lazos de amistad, buena vecindad y cooperación entre nuestros países y pueblos, en el espíritu de igualdad y solidaridad revolucionaria.





Publicamos a continuación algunos textos que aportan elementos de juicio y fijan posiciones, provenientes de diversos órganos de prensa o publicaciones comunistas:

RINASCITA, 25 enero de 1980, n. 4  
ENTREVISTA A P. INGRAO

**P.** *En este contexto hay que interpretar el relanzamiento actual de la política imperialista, la renovación de una estrategia americana, que busca reproducir viejas rupturas, con el fin de volver a una forma de hegemonía unipolar estadounidense.*

**R.** ¡Cuidado! El esquema de los «dos campos», justamente porque achata la realidad, impide ver las firmas insidiosas y articuladas con las que los grupos imperialistas y corrientes ultras americanas reaccionan a las novedades mundiales; deja en la sombra las reestructuraciones con las que las multinacionales están reproponiendo su penetración en las periferias mundiales, y además oscurece tanto

las bases objetivas de la política de rearme como las contradicciones traumáticas que la nueva fase de «modernización» capitalista está determinando en áreas enormes de Asia, de Africa, de América Latina. Si no se va a este análisis concreto y articulado, se escapa lo esencial y no se ven las resistencias que encuentran las potencias imperialistas y, en consecuencia, las fuerzas a las que podemos hablar.

**P.** *¿No crees, a este respecto, que se ponga en evidencia el error de quienes, criticando la intervención soviética en Afganistán, acaban por poner en el mismo plano a USA y a la URSS?*

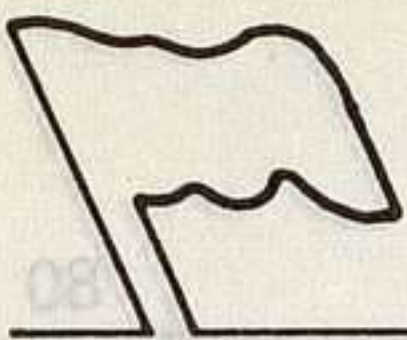
**R.** ¿Es cierto o no que la intervención soviética en Afganistán favorece este error, ayuda justamente a los que sostienen que URSS y USA son «la misma cosa», «imperios» iguales? ¿Pero nos damos cuenta

## Opiniones comunistas sobre Afganistán

del terrible quebranto, del daño que representa si pasa por la cabeza de la gente tal «homologación», sobre la que insisten no por casualidad ciertos periódicos, ciertas centrales? Hablo de grave quebranto en primer lugar para la URSS. Miremos a la experiencia. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado con no comunistas, o incluso anticomunistas, que, sin embargo, veían a la URSS ligada a una política de distensión! Creo que esto ha sido un punto esencial de fuerza. ¿Qué sucedería si este punto se ofuscara?

Y no sólo se trata de daños para la URSS. Hablamos mucho entre nosotros de la crisis de los jóvenes y de su relación con la perspectiva del socialismo. Confieso que no sé explicar, y no me ha sido explicada, la historia de Amin y cómo se ha convertido en un «agente de la CIA», de sus asesinos y de sus





conjuras. Sé que comprendí tarde las conjuras y las masacres de Pol Pot. Y creo que se debe hacer algo para evitar que algunos jóvenes creen que el camino hacia el socialismo pasa por estas cosas. Critico la teoría de los dos campos también porque puede llevar a la conclusión de que sólo hay un camino, igual para todos, lo que cancela toda nuestra estrategia y tantas potencialidades.

RINASCITA, 1 febrero de 1980, n. 5  
ENTREVISTA A BOFFAP. INGRAO

**BOFFA.** *A mi parecer, existe una evidente relación entre los hechos de Afganistán y el arresto de Sajarov. Lo que remite de nuevo a las dificultades que la URSS, en cuanto a potencia hegemónica en su bloque, ha encontrado para adecuarse a los hechos nuevos que el proceso de distensión lleva consigo. En la Unión Soviética habría sido necesaria una evolución interna, que no ha sucedido, como han demostrado las dificultades en responder a la campaña de Carter sobre los derechos humanos y las mismas vicisitudes del disenso, pero no sólo éstas. Esta debilidad de la URSS es una de las causas de fondo por las cuales hoy prevalece de nuevo una tendencia a considerar las relaciones internacionales en términos de guerra fría. Ciertamente que no se puede atribuir toda la responsabilidad, ni quizá su mayor parte, a la URSS, pero es cierto que la situación interna del país ha llevado, como otras veces, a dar a la presión americana no una respuesta en términos de distensión, sino más bien una respuesta en términos de renovada guerra fría. Esta me parece que es la lógica de cuanto está ocurriendo hoy. El arresto de Sajarov es, pues, sustancialmente un acto de guerra fría. Dirigido al interior, es cierto, pero no olvidemos que también durante la primera guerra fría se pagaron precios muy gravosos en el interior de los países protagonistas, de una y otra parte. Y hoy se podría reproducir algo parecido.*

*El caso Sajarov, que no hace ciertamente hoy, es prototípico de las contradicciones de las que antes se hablaba. Indica la incapacidad para la URSS de dar una función en la vida del país también a los que disienten de la política oficial. Respecto a los disidentes, se han alternado momentos de tolerancia impacientes con momentos de represión. Estos últimos parecen ahora prevalecer. Pero este gasto no resuelve nada. Ni en el plano interno ni, mucho menos, a nivel internacional. Y ello se ve en las reacciones que el hecho ha suscitado, comprensiblemente, en el mundo.*

## P. C. DE GRAN BRETAÑA. INFORME DE J. WOODIS AL COMITE EJECUTIVO

### *Secuencia de los sucesos de Afganistán*

En conexión con esto, la pregunta de quién invitó a la Unión Soviética a mandar allí sus fuerzas militares, es materia importante.

Una emisión de la radio de Kabul, el viernes 28 de diciembre, afirmaba que el Gobierno de la República Democrática de Afganistán, «teniendo en cuenta las continuas y crecientes interferencias y provocaciones de los enemigos externos de Afganistán y la necesidad de defender lo conseguido en la revolución de abril» había pedido ayuda, «incluyendo ayuda militar», a la Unión Soviética.

Este requerimiento de ayuda militar fue hecho, según la radio, de acuerdo con el Tratado de amistad, buena vecindad y cooperación firmado por Afganistán y la Unión Soviética el 5 de diciembre de 1978.

Añadía que tal ayuda había sido previamente requerida repetidamente al Gobierno de la Unión Soviética.

Los portavoces soviéticos en la ONU, últimamente el representante soviético en la ONU, el señor Troyanovsky (el 6 de enero de 1980), refiriendo que la Unión Soviética había sido varias veces requerida para mandar ayuda militar para repeler las intervenciones armadas del exterior. Afirmó que la ayuda militar soviética era exclusivamente para prevenir esta intervención exterior.

Si ha habido repetidos requerimientos previos, estos han debido venir del Gobierno de Amin, e incluso posiblemente del Gobierno anterior de Taraki, pero aparentemente estos no fueron respondidos. Ninguna afirmación de las autoridades soviéticas o del nuevo Gobierno ha explicado qué nuevos peligros externos amenazaron Afganistán en la semana que empezó el 24 de diciembre para hacer necesario el envío de ayuda militar soviética que antes no fue enviada.

Es más, si Amin pidió repetidamente ayuda soviética, ésta es la clase de acción que se asociaría a un hombre que ahora está acusado por su sucesor, Karmal, de haber sido espía USA y de haber dirigido lo que el ministro de Asuntos Exteriores de Babrak Karmal ha descrito como «un sucio régimen fascista» (Naciones Unidas, 6-I-1980).

Argüir que la persecución de Amin a grupos sectaristas y dogmáticos, especialmente a los de la creencia de Moslem, y su dura represión a sus oponentes políticos alienó el soporte popular y dejó a su Gobierno en una débil y aislada posición, es una cosa, pero acusarle de ser un agente de los Estados Unidos es otra. No es creíble que un hombre que está acusado de haber conspirado con los Estados Unidos para traicionar a su país haya «requerido repetidamente» ayuda militar soviética.

Amin, debe hacerse notar, fue descrito en la biografía oficial de Taraki como el último «colega más leal y verdadero discípulo». Fue Amin de quien se dice que planeó los detalles de la toma de poder en abril de 1978 y quien aparentemente asumió el mando final de la acción militar contra el Gobierno de Daoud.

### *Intervención seguida de golpe*

Se han hecho preguntas sobre la duración de la intervención de las Fuerzas Armadas soviéticas y la relación de esta intervención con el golpe que hizo caer a Amin.

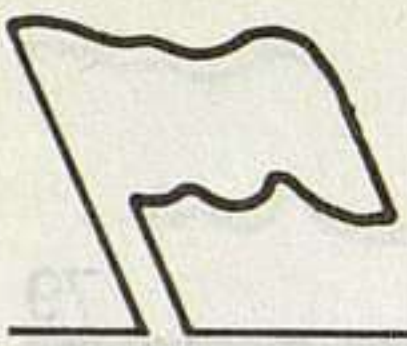
El 22 de diciembre, reporteros de prensa en el Oeste mencionaban que la Unión Soviética «continuaba reforzando sus fuerzas de combate dentro de Afganistán y en la frontera de Afgana» («Times», 22-XII-1979). El martes 27 de diciembre la prensa hablaba de un «gran despliegue» de tropas soviéticas en Afganistán, que había tenido lugar el 25 y 26 de diciembre. De hecho, Estados Unidos hizo una protesta oficial por estos movimientos. Todos los reportajes del derrocamiento de Amin dejan claro que tuvo lugar el 27 de diciembre, es decir, después de que la prensa capitalista hubiera informado del gran despliegue de tropas soviéticas.

No hay información válida para explicar cómo Babrak Karmal, un hombre perseguido, acusado de alta traición, fue capaz de volver a Afganistán, organizar sus fuerzas y llevar a cabo su golpe contra Amin. Tampoco se sabe cuándo volvió del exilio. No hay indicación de que el derrocamiento y ejecución de Amin supusiera ninguna acción popular.

La dureza del régimen de Amin era un problema a resolver por el pueblo afgano, como todos los problemas acumulados desde abril del 78, igual que el atraso del país. Pero esto no puede ser aceptado como justificación de la intervención militar soviética.

La ayuda a un Gobierno es una cosa. La interven-





ción militar en los asuntos de otro Estado para efectuar un cambio de Gobierno es otra. Nos oponemos a tales acciones, porque van en contra de los principios de nuestro movimiento, es un atentado a la soberanía nacional y a la independencia nacional y trae nuevos problemas a la lucha por la distensión y el desarme.

## PREGUNTAS SIN CONTESTACION

*El Partido Comunista de Japón ha revelado que planteó tres preguntas al Comité Central del Partido Comunista Soviético, en un esfuerzo para dilucidar qué ocurrió en Afganistán.*

*Las preguntas eran las siguientes:*

*—El Gobierno Soviético anunció, justo después de la instalación del Gobierno de Amin, su apoyo a este Gobierno, pero, ¿qué ocurrió en este Gobierno después de esto?*

*—¿Qué papel jugó el señor Karmal en el cambio político que tuvo lugar a finales de diciembre? ¿Cuándo volvió a Afganistán? ¿Bajo qué acusación y con qué procedimiento fue ejecutado el dirigente Amin?*

*—¿Cuándo fue requerido el Gobierno soviético por el Gobierno afgano para que enviara tropas? ¿Cuándo decidió la Unión Soviética enviar tropas a Afganistán en respuesta a estos requerimientos?*

*La respuesta dada a los comunistas japoneses fue que un periodista del órgano del Partido Comunista del Japón, «Akahata», debería hacer esas averiguaciones en Kabul.*

*Cuando el corresponsal de «Akahata» preguntó a las autoridades del Gobierno de Karmal cuándo había sido hecho el requerimiento para el envío de tropas soviéticas, éstas contestaron que «no podían responder».*

*Tampoco recibió ninguna respuesta de parte de dichas autoridades cuando preguntó en una conferencia de prensa: «¿Cuál fue el papel desempeñado por las tropas soviéticas en el momento del golpe?».*

*«Este hecho —escribe «Akahata»— indica por sí mismo que hay un serio problema en la situación afgana, sobre el cual el partido afectado es incapaz de dar explicaciones».*

*Añade que la negativa del Partido soviético y de las autoridades afganas a dar respuestas adecuadas fue un factor importante para que el Partido Comunista Japonés tuviese que hacer su propio juicio de la situación.*

*Después de haber hecho sus propias investigaciones, este Partido llegó a la conclusión de que no podía encontrar ningún fundamento para considerar el envío de tropas soviéticas a Afganistán como un cumplimiento justificado del tratado de amistad, buena vecindad y cooperación entre la Unión Soviética y Afganistán.*

*«Akahata» también contestó al periódico soviético «Tiempos Nuevos» que acusaba a los partidos comunistas en desacuerdo con la acción soviética de «desfigurar los sucesos en Afganistán y la asistencia soviética a ese país, tomando prestados sus «argumentos» de fuentes burguesas.*

*«Akahata» contesta a esta acusación señalando que el Partido Comunista Japonés hizo, con independencia, sus propias averiguaciones y análisis de la situación, «sin depender de fuentes burguesas» y utilizando incluso información dada por la Unión Soviética misma.*

*También señala que, a principios de diciembre, «Pravda» informaba de un cambio de mensajes entre el líder del Partido Comunista Soviético, Leonidas Brezhnev; el premier soviético, Kosygin, y el entonces premier afgano, Amin.*

*«Esto muestra claramente —dice «Akahata»— que la Unión Soviética en aquella época apoyaba el Gobierno de Amin. Pero inmediatamente después de esto ese Gobierno fue derrocado y Amin muerto, y al mismo tiempo se llegó a acusar a Amin de ayudar a los agresores o de ser un espía».*

*«Akahata» pide saber qué quiere decir «Tiempos Nuevos» cuando acusa a los órganos comunistas extranjeros que no están de acuerdo con su punto de vista, de ser parciales o de sembrar notas discordantes».*

*Una vez expuesto esto, «Akahata» escribe: «Existe una peculiar posición soviética, según la cual el apoyo de todas las acciones soviéticas y «el estar en armonía» debe ser la trayectoria de «todos los revolucionarios» y el desacuerdo es la herejía».*

**«Morning Star»  
Órgano del Partido Comunista Británico  
(21-II-1980)**

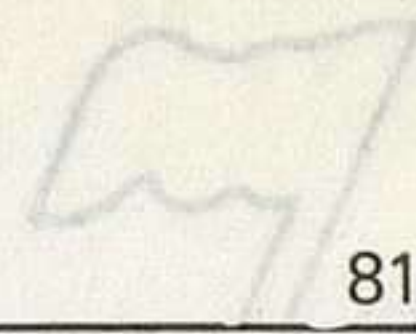
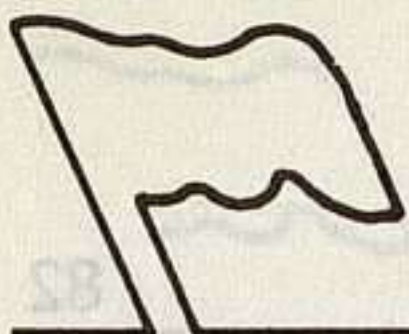
## DEL INFORME DEL C. C. AL XV CONGRESO DEL P. C. JAPONES

Tetsuzo Fuwa,  
Jefe del Secretariado.  
26 de febrero de 1980

*Cuando pensamos en la intervención militar soviética en Afganistán y el subsiguiente desarrollo de la situación, no podemos sino tener bien presente, otra vez, la importancia del pensamiento de Engels y Lenin, que previnieron que la violación del derecho de autodeterminación por un Estado socialista minaría la lucha antiimperialista y, por tanto, la victoria del proletariado.*

*Aquellos que defiendan esta intervención militar intentan justificarla por la necesidad de oponerse a la intervención de los imperialistas, guiados por el imperialismo USA, y de defender el Gobierno progresista de Afganistán y su causa. Pero incluso si los intervencionistas están seriamente convencidos de tal propósito, no puede servir de justificación la interferencia en los asuntos internos. El futuro de Afganistán es una cuestión que deben escoger y decidir los afganos mismos. Ningún Estado tiene el derecho de imponer una transformación o cambio político desde fuera y por razones de «necesidad para la lucha antiimperialista» y «defensa de la línea progresista». Esto lo señala claramente la declaración de nuestro Presidium. Además, la intervención para imponer una transformación o cambio político sólo puede ayudar a separar al pueblo de la causa del progreso en ese país; proporciona a las fuerzas reaccionarias una «causa nacional», aumentando así las dificultades en el proceso de progreso social, y destruirá fatalmente los caracteres principales de la lucha contra el imperialismo y de la causa del socialismo. Esta intervención abrirá el camino a nuevas ofensivas y maniobras de las fuerzas imperialistas y las envalentonará. En consecuencia, ayuda a la política imperialista de reacción y agresión. Por estas razones, se debe insistir en que el papel de esta intervención es muy negativo, es un paso atrás en la lucha contra el imperialismo y por el progreso del socialismo».*





«La posición de no tolerar jamás ningún intervencionismo o hegemonismo, que infrinja el derecho de autodeterminación e independencia, es una posición de principio, que debería ser mantenida firmemente por todas las fuerzas de paz y democráticas en sus relaciones con todas las otras fuerzas, al tratar la complicada situación internacional presente, al afrontar la perspectiva del futuro curso de Japón».

DE UN ARTICULO DE GERARD STREIFF, MIEMBRO DEL C. C. DEL P. C. F., TRADUCIDO DE «L'HUMANITE»

«Todo sucede como si el imperialismo se viera colocado en estado de urgencia. La coexistencia pacífica que le fue **impuesta** la sienten tanto en París como en Washington como un dogal. Ya no le basta al imperialismo con interpretar esta coexistencia como el *statu quo*, sino que intenta reconquistar, en cualquier parte que sea posible, el terreno perdido. Afganistán — cuya posición estratégica se ha revalorizado tras la caída del Sha de Irán — entra, sin duda, en sus proyectos.

Aun concediendo que existe una presión imperialista, algunos hacen valer un pretendido principio de no intervención, confundiendo alegremente intervención e injerencia.

La política de no injerencia es a nuestros ojos una regla esencial. En nuestro XXIII Congreso, fijamos como **primer objetivo** de nuestra política internacional el respeto «a los principios de soberanía de las naciones, de independencia, de no injerencia de cualquier potencia, sea cual fuese, en los asuntos internos de los países».

La emancipación de decenas de Estados de la tutela colonialista y su surgimiento en calidad de Estados soberanos suponen otras tantas derrotas infringidas a la injerencia imperialista. Pero aún hoy, este principio esencial de las relaciones internacionales no tiene consistencia, si no reposa sobre una correlación de fuerzas suficiente para disuadir cualquier aventura imperialista. El llamamiento de ayuda de un Estado soberano a un país aliado — como fue el caso de Afganistán — para conjuntar una amenaza exterior, forma parte integrante del derecho a la soberanía.



Cosa totalmente diferente es la no intervención, que, de hecho, no supone sino una coartada para la capitulación ante el adversario, como nos recuerda el doloroso precedente de la guerra de España, que costó a este país cuarenta años de fascismo y que no hizo sino apresurar la hora de la segunda guerra mundial.

Prohibir todo derecho de asistencia mutua llevaría, mediante un «cobarde consuelo» a dejar el campo libre a la injerencia imperialista; a condenar a numerosos países a la sumisión perpetua; a privar, en suma, a las fuerzas de progreso del mundo, de la incomparable arma de la solidaridad, ya sea moral, política o material, que tuvo un peso tan específico — de Cuba al Vietnam, pasando por Angola — en la emancipación de numerosos países.

Otros, en fin, nos conminan a condenar la presencia soviética en Afganistán en nombre del derecho a la libre determinación del pueblo afgano.

### La única alternativa

De hecho, la única alternativa a la presencia soviética era una represión feroz sobre el pueblo afga-

no, a la vez que la creación de un formidable foco de tensión internacional. ¿Dónde está, pues, la libre determinación? Me parece ver, entre nuestros censores, una lamentable pretensión de erigirse en aleccionadores sobre las vías y medios que el pueblo afgano debería seguir para lograr su emancipación, así como una sólida ignorancia de la realidad del país.

«Que el proceso revolucionario ha seguido, desde abril de 1978, un itinerario vacilante, de eso no hay apenas duda. En un país caracterizado por el retraso social y cultural de las masas no parece haber constituido la regla. De ahí la multiplicación en estos últimos años de golpes de Estado, con éxito o no, de revoluciones de palacio y de juicios expeditivos, manteniendo a la mayoría del pueblo en ese papel de espectador, que constituyó en todo tiempo su cometido.

El vigor de la contrarrevolución interna y externa desde el verano de 1978, los métodos autoritarios de poder que han prevalecido hasta diciembre de 1979, no han favorecido desde luego el desarrollo de la participación popular. Parece, sin embargo, que el nuevo equipo dirigente pretende crear las condiciones para la libre determinación del pueblo afgano. Sus primeros actos lo confirman...»





## Mosaico de Afganistán

Frano Cetinic

*El golpe de Estado en Kabul, que puso fin a la República de cinco años de Daud no se reflejó mayormente en la vida interna de ese país no desarrollado y étnicamente muy heterogéneo. La vida política siguió su curso en Kabul, según la tradición, con efectos ínfimos en la vida cotidiana, de normas heredadas, del interior del país.*

*La población de ese país, de unos 17 millones, vive mayormente en el campo (alrededor del 70 por 100); un 15 por 100 es urbana y el restante 15 por 100, nómada. Los afganos son, preponderantemente, musulmanes hanafi de la secta islámica sunita —el 80 por 100 (el principal grupo religioso residen en Pakistán). Alrededor del 20 por 100 es shiita (la mayor parte vive en Irán), la cual, en la historia contemporánea de ese país, se va expuesta a la discriminación. En todo ello tiene mayor significado la división étnica que la religiosa (se dividen en más de veinte grupos étnicos). El grupo más grande es el de los Pashtuni (afganos), de siete a ocho millones, de organización tribal, que vive en el sur y en el este del país y que habla el pushtu, idioma oficial afgano. Desde mediados del siglo XVIII, es decir, desde la aparición del Afganistán moderno, ellos representan al grupo político predominante. Más de seis millones de Pashtuni viven en el vecino Pakistán. Alrededor de 30 por 100 está formado por los Tadzitzí, que hablan el persa (Dari) y que no tienen organización tribal. Ellos representan en realidad la principal población urbana y la más importante categoría comercial del país. Alrededor de un millón de Hazares, de origen mongol, que hablan el persa, es la parte de la sociedad afgana más oprimida. Luego siguen otros grupos menores, tales como los Aymakis, Baludzis, Uzbekistanos, Turkmenios, Kizilbashistanos, Sikies y Nuristanos.*

*En ese mosaico de etnias, culturas e idiomas se reflejan las amplias influencias regionales del Asia*

*Central y Asia del Sur, del Cercano Oriente y, particularmente, de los países vecinos: Unión Soviética, Irán, China y Pakistán.*

*El Partido Democrático Popular de Afganistán tenía baluartes considerables tan sólo en las ciudades, sobre todo en Kabul, y entre los Pashtuni. Desde su Primer Congreso de enero de 1965 no obtuvo la unidad de sus filas. Prontamente surgieron dos corrientes, fracciones, principales: la de los Kalks (El Pueblo) y la de los Parcham (El Estandarte), denominaciones provenientes de su respectivo Vocero oficial. Las diferencias entre estas dos fracciones se reflejaban menos en las concepciones ideológicas y políticas y eran más una expresión de las diferencias de las personalidades y del estilo de los dirigentes. De esas dos fracciones vio luz un tercer grupo, el de los Setami Meli, de orientación maoísta.*

*En la rebelión desempañaron el papel principal los partidarios de los Kalks y sus líderes Taraki y Amin. Además de establecer una alianza táctica con la fracción Parcham, cuyo líder es Babrak Karmal, el régimen inició una serie de reformas radicales: invalidó todas las deudas del campesinado a los terratenientes y usureros (Decreto número 6) y estipuló el máximo de tierras de cultivo (Decreto número 8). Esas reformas, aplicadas frecuentemente con violencia y arbitrariedad, dado que en el país no existieron listas de catastro, y pasando por alto las especificidades de diferentes regiones, no hicieron más que aumentar la distancia social y política entre el régimen de Kabul y el interior autárquico del país.*

*Los fracasos iniciales en la aplicación de esas reformas se tradujeron en el aumento del control burocrático del poder central sobre el campesinado. Sólo cuatro meses después de estallar el golpe de Estado, el Gobierno formó cooperativas sin mayores preparativos. El gran atraso del país impulsaba al radicalismo y a la impaciencia. Hay que mencionar luego las animosidades, provocadas dentro del país y desde fuera, de carácter étnico y religioso. Así, en el verano de 1978 estallaron las primeras rebeliones,*

*primeramente en Nuristán, al noreste del país, y luego en otras regiones, en Sherhad y Hazarayat. Es interesante consignar aquí el hecho de que de los Kalks, de la tribu pashtuana de Gizai, rival tradicional de los Durani (otra tribu Pashtu) provenían las principales personalidades afganas, entre ellos, los últimos reyes y el mismo presidente Daud. Para el régimen resultó desfavorable el hecho de que la rebelión se extendiera entre la parte más numerosa de la población, con la ayuda ideológica de la religión y sin proclamar las finalidades secesionistas. Y mientras el choque duraba, las posibilidades del gobierno de perdurar disminuían cada vez más. Al mismo tiempo, Kalk lucha también en el interior del Partido Democrático Popular de Afganistán. En julio, los partidarios de Parcham, miembros del Gabinete, fueron enviados a desempeñar cargos en el extranjero. Después siguió su destitución. Entre ellos figuró también el «premier» adjunto Babrak Karmal. El desfavorable desenvolvimiento de los acontecimientos condujo al país al borde de la guerra civil, abriendo amplios espacios para las injerencias regionales y otras más amplias.*

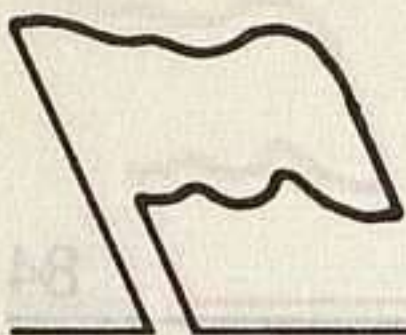
*En noviembre de 1978, mientras en el país estallaba la rebelión de los «Vandei», el presidente Taraki y su gabinete habían asistido a una sesión con el Politburó del PC de la URSS en Moscú. Y ya el 5 de diciembre de ese mismo año se firmó un Acuerdo sobre la amistad y cooperación a veinte años, con elemento de alianza militar. En abril de 1979 llegó a Kabul una alta delegación militar soviética, encabezada por el general Yaspihev, jefe de la Dirección política del Ejército Soviético.*

*En esos momentos, en Irán y Pakistán tienen lugar conmociones internas. La ola de oposición al régimen del Shah, sobre la base del fundamentalismo islámico, influye en la situación interna afgana, alentando la oposición islámica contra los «Kafieres (infieles) de Kabul».*

*El gobierno pakistaní del general Zia-ul-Hag, al buscar amplias bases de apoyo interno, aumenta la influencia del Yamiati-Islami, Partido Conservador Musulmano, y establece estrechos lazos con los círculos religiosos afganos. El apoyo a los rebeldes afganos aumenta la legitimidad islámica en el Pakistán. En el trasfondo de las relaciones afgano-pakistaníes figura el problema pendiente y amenazador de los Pashtu, divididos. Por eso se realizan esfuerzos por evitar el descontento de sus miembros residentes en el territorio pakistaní.*

*Para el Gobierno de Islamabad resulta casi imposible el control de la frontera con Afganistán, debido*





al hecho de que la misma siempre se hallaba abierta para las masas de millones de nómadas. Al extenderse la rebelión y al hacerse cada vez más frecuentes e intensas las acciones militares del régimen de Kabul, el número de refugiados (imposible distinguirlos de los nómadas) aumenta cada vez más. A todo esto, el Gobierno de islamabad difícilmente puede seguir la política de «ojos cerrados» frente a esos problema. Por lo demás, China — que tiene 100 kilómetros de frontera con Afganistán — sigue con cada vez mayor interés el desarrollo de la situación interna en Afganistán. El fortalecimiento de las posiciones de los rebeldes frente al régimen de Kabul sirve de contrapeso frente a la situación en Indochina. Todo esto no hace más que agravar la situación regional y aumentar los espacios para diversas formas de injerencia.

El asesinato del embajador norteamericano, Adolph Dubs, en febrero de 1979, además de confirmar la pérdida de control del régimen incluso en la misma ciudad, empeora las relaciones afgano-norteamericanas. Los Estados Unidos — debido al enfriamiento de sus relaciones con Pakistán, a consecuencia del propósito de éste de desarrollar su propia arma nuclear — tuvieron poco espacio de maniobra para su activación más amplia en esa región. Por lo demás, su activación se vio bloqueada debido a la división existente entre los partidarios de la política y de no proliferación del arma nuclear (y, en consecuencia, de dar una lección a Pakistán) y aquellos que se interesan de las «cuestiones de seguridad» en esa parte del mundo. La Casa Blanca, por eso, llegó a la posición de «injerencia obligatoria».

Al hacerse crítica la situación del régimen de Kabul a principios de 1979 — una gran parte del territorio del país se hallaba controlada por los rebeldes — la Unión Soviética aumenta su activación en defensa del régimen de Kabul. Esa activación se debe a la interpretación errónea del dinamismo en la vida interna de Afganistán y a la creencia ciega en lo beneficioso de las concepciones propias. Y mientras se apoya militarmente el régimen de Kalk, aumenta el número de consejeros y ayuda a «formar las organizaciones especiales para la protección del joven Estado de las arremetidas contra su independencia y seguridad interna (TASS), se establecen, a la par, contactos de prueba con los representantes del **ancien régime**, con el rey Zahir (quien, dicho sea de paso, estando en el exilio fue condenado a muerte por el régimen de Kabul) y con el gran visir Nur Ahman Etemadi (posteriormente liquidado). La tenden-

cia de apreciar la situación según las posturas de la ex cumbre política o de la cumbre política de entonces de Kabul, tendencia surgida en los momentos en que la población — en número cada vez más grande y por primera vez — decide activarse autónomamente de la única manera posible, es decir, mediante la insurrección, ocasiona un aislamiento cada vez más grande, tanto del gobierno central como de la Unión Soviética.

Cabe agregar que esos acontecimientos se desenvolvían en el tiempo en que se redoblaban los empeños por encontrar la identidad islámica en muchos Estados del Cercano Oriente y del Medio Oriente. Ello indujo a la URSS a hacer una «delicada elección» entre su retirada o su activación más profunda. Esa elección, sin embargo, no se hizo esperar, al tenerse conocimiento del asesinato de Taraki y de la toma del poder total por Hafizular Amin, en septiembre de 1979.

Taraki, al regresar de la Sexta Conferencia de los Países no Alineados de La Habana, hizo una breve visita a Moscú, donde se entrevistó el 10 de septiembre con los dirigentes supremos soviéticos y posiblemente con los líderes de la anteriormente eliminada fracción de Parcham, quienes en aquel entonces se hallaban en esa capital. Teniendo presente la posición crítica de Kalk en el país, durante esa visita se dedicó la máxima atención a la búsqueda y determinación de una nueva política con nuevos protagonistas. Al regresar a Kabul el 14 de septiembre, después de invitar a Amin al Palacio Presidencial, se produjo un choque entre los partidarios de éste y de Taraki. El 9 de octubre Radio Kabul anuncia la muerte de Taraki.

Existen pocos datos sobre la reacción de Moscú frente a los cambios en Kabul. Cabría, empero, hacer referencia a, por lo menos, dos indicios relativos al descontento soviético. El primer ministro soviético, Kosiguin, quien unos días después del ajuste de cuentas en Kabul visitó la India, no se detuvo en esa capital, lo cual no habría sucedido en condiciones normales. El otro indicio es el regreso a Moscú del embajador Puzanov y el nombramiento del nuevo embajador, Tabayev, miembro del CC del PC de la Unión Soviética y secretario de la república autónoma de Tátara. El reconocimiento del régimen de Amin, al parecer, no fue más que un paso para ganar tiempo. A principios de diciembre llega a Kabul una delegación soviética, encabezada por Victor Paputin, vicepresidente del Interior de la Unión Soviética. La delegación conversó sobre la «modernización y reorganización del servicio de seguridad

afgano». Se desconocen, empero, los resultados de esas conversaciones. Se sabe tan sólo que el 27 de diciembre unidades militares soviéticas penetraron en Afganistán, que en esa oportunidad perdió la vida el presidente Amin y que el 2 de enero de 1980 «Pravda» de Moscú publicó la necrología al general Paputin.

Esos acontecimientos — junto a las conocidas consecuencias regionales e internacionales — suscitaron una creciente resistencia de los rebeldes. Hasta entonces desunidos y mutuamente recelosos, estos empiezan a organizarse en un amplio frente unificado. A principios de marzo de ese año en Peshavar, ciudad pakistaní próxima a Afganistán, se produjo la alianza entre cinco movimientos de los rebeldes: Shariat-i-Islami (movimientos islámico encabezado por Nurabudin Babani), Frente Islámico para la Liberación de Afganistán (encabezado por Ahmed Gialan), Movimiento de la Revolución Islámica (bajo la dirección de Muyadedi), Movimiento Islámico Revolucionario de Afganistán (cuyo líder es Nabi Muhamedi) y Hezbi-i-Islami (Partido Islámico). Una parte de éste, que se halla bajo la dirección de Qales, encabezado por Gulbudin, se encuentra por ahora fuera de esa alianza.

En vista de la amplitud de la base social de los rebeldes, y de su tradicional vida semimilitar, es poco verosímil que, mediante una rápida acción, se llegue a liquidar su resistencia. Y la prolongación de esa resistencia, en vista del actual momento de las relaciones internacionales, podría conducir a una polarización aún más aguda en Afganistán y a una desestabilización manifiesta en esa región.

Declaración del Comité Ejecutivo del PCE

La Comisión Permanente del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España ha acordado hacer pública su condena de la intervención de las tropas soviéticas en Afganistán.

Sin entrar a juzgar la naturaleza de los acontecimientos que precedieron a esta intervención ni las posibles implicaciones de otras grandes potencias en ellos.





## Declaración del Comité Ejecutivo del PCE

La Comisión Permanente del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España ha acordado hacer pública su condena de la intervención de las tropas soviéticas en Afganistán.

Sin entrar a juzgar la naturaleza de los acontecimientos que precedieron a esta intervención ni las posibles implicaciones de otras grandes potencias en ellos

—entre otras causas por falta de una información objetiva y veraz—, la Comisión Permanente estima que la entrada de tropas de un país en otro viola los principios de soberanía e independencia y contribuye a hacer más tensas las relaciones internacionales, creando nuevos peligros a la paz mundial.

El hecho de que en otros momentos ciertas potencias imperialistas hayan utilizado métodos semejantes al que condenamos hoy, no constituye disculpa para lo sucedido.

El PCE considera, ante este hecho, y otros, como el acuerdo de la OTAN de

instalar nuevos misiles nucleares tácticos en Europa, que son urgentes iniciativas en el marco de la ONU para llegar a medidas efectivas de desarme, de supresión de los bloques militares y de la presencia de todo género de bases militares en el extranjero. El PCE confía en que el Movimiento de los Países No Alineados se ponga a la cabeza de estas iniciativas que pueden contribuir decisivamente al mantenimiento de la paz mundial.

*Comisión Permanente  
del Comité Ejecutivo del PCE  
Madrid, 3 de enero de 1980*

## Declaración del Comité Central del PCE

*El Comité Central, ante la gravísima situación internacional en la que nos encontramos:*

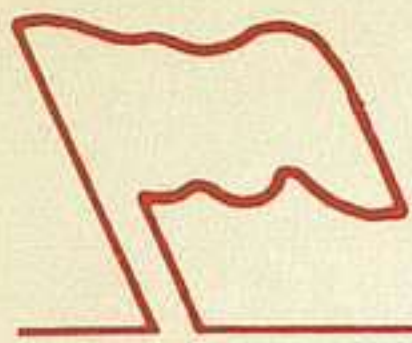
1. *Afirma de modo claro y enérgico que toda la concepción revolucionaria del PCE tiene como una exigencia fundamental, en la actual época histórica, la defensa de la paz y la lucha por impedir una tercera guerra mundial que significaría la destrucción de la Humanidad.*

*Para una fuerza revolucionaria no hay otro camino, hoy, que una política de paz, de distensión, de lucha por el control y la disminución de los armamentos.*

*Con este fin, el PCE reforzará su denuncia y su lucha contra el imperialismo que intenta mantener, y recuperar, incluso recurriendo a métodos de violencia, su dominación e influencia en extensas zonas del mundo.*

*La lucha de los pueblos, la solidaridad internacionalista, tiene como uno de sus objetivos imponer al imperialismo el respeto al principio de la no injerencia, de la independencia de cada país, del derecho de cada pueblo a decidir su propio desti*





no. Se han logrado pasos importantes en esta lucha después de la derrota del imperialismo norteamericano en el Vietnam.

2. El Comité Central ratifica la posición, definida ya por la Permanente del Comité Ejecutivo, condenando la intervención militar de la URSS en Afganistán. Adoptamos esta actitud, en primer lugar, en nombre de nuestras convicciones revolucionarias, de nuestra voluntad de luchar por el socialismo en España y de contribuir a escala mundial a la causa del socialismo.

Asimismo, el Comité Central ratifica la protesta del PCE por la deportación del académico Sajarov y la demanda de que se le devuelva la libertad de residencia y de expresión.

Frente a la práctica imperialista de exportación de la contrarrevolución — que choca con la creciente resistencia de los pueblos — es decisivo afirmar el principio de que la revolución no se exporta; de que tiene que ser fruto de la lucha, de la voluntad de cada pueblo. Esta es una idea básica del ideal comunista, y hoy una de las piezas maestras de la estrategia eurocomunista.

3. En el momento presente, cuando el imperialismo y las fuerzas más reaccionarias intentan aprovechar la acción soviética en Afganistán para poner fin a la distensión y empujar el mundo por una espiral de tensiones, represalias económicas, operaciones de fuerza, con las consecuencias imprevisibles que ello puede tener, el PCE considera que su tarea fundamental, en el plano internacional, es contribuir a un amplio agrupamiento de las fuerzas, comunistas, socialistas, cristianas, progresistas, que están dispuestas a luchar por impedir el retorno a la guerra fría; contra todas las tendencias a la confrontación militar; contra las medidas que EE.UU., y particularmente la Admi-

nistración Carter, se esfuerzan por imponer de corte de las relaciones económicas, culturales, deportivas; y, a la vez, por la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán.

Objetivos centrales de este amplio agrupamiento de fuerzas deberán ser el salvamento y recuperación de la distensión; la apertura de inmediatas negociaciones entre los bloques que permitan evitar la instalación de los «euromisiles» y establecer un equilibrio militar basado no en el aumento, sino en el control y disminución de los armamentos; el desarrollo de la cooperación internacional; y preparar así las condiciones para el éxito de la Conferencia de Madrid en 1980. Y, asimismo, impulsar las relaciones entre Europa y el Tercer Mundo y las negociaciones Norte-Sur, enfocadas a lograr un nuevo orden económico internacional.

Tales objetivos responden a los intereses no sólo de las fuerzas progresistas, sino de toda la Humanidad. Responden asimismo de la tendencia, cada vez más neta, a un papel autónomo de Europa occidental en la vida internacional.

4. En el plano de la política exterior de España, el momento actual nos exige intensificar la lucha para que nuestro país desempeñe un papel propio, independiente, específico, orientado básicamente a contribuir a la paz, a la distensión, al desarme, a la cooperación entre los pueblos.

Oponernos con redoblada energía a los proyectos de incluir a España en la OTAN; a la eventual utilización de bases en territorio español para los planes norteamericanos en Oriente Medio, Golfo Pérsico y otras zonas.

Exigir que Suárez informe sin más dilaciones de sus viajes a Washington; y que nuestra política exterior se lleve a cabo de forma democrática, informando al país y al Parlamento.

## Afganistán a la ONU

El 15 de enero pasado, la Asamblea de las Naciones Unidas ha votado una resolución presentada por 24 países no alineados, en la cual se exige «la retirada inmediata, sin condiciones y total de todas las tropas extranjeras, de Afganistán». La resolución ha sido aprobada por 104 votos a favor, 18 en contra y 18 abstenciones, mientras que otros 12 países abandonaron la sala. El grupo de países no alineados (92 miembros) se ha dividido en esta votación: 57 Estados votaron a favor, nueve en contra, mientras que las abstenciones han sido 17 y las ausencias, nueve.

Los países que han votado contra la resolución son: Afganistán, Angola, Bielorusia, Bulgaria, Checoslovaquia, Cuba, Etiopía, Granada, Laos, Mongolia, Mozambique, Polonia, República Democrática Alemana, República Democrática del Yemen del Sur, Ucrania, URSS, Hungría y Vietnam.

Se han abstenido: Argelia, Benin, Burundi, Chipre, Congo, Finlandia, Guinea, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, India, Madagascar, Malí, Nicaragua, Santo Tomé y Príncipe, Siria, Uganda, República del Yemen (Norte) y Zambia.

No participaron en la votación: Bhutan, Cabo Verde, República Centroafricana, Chad, Comores, República Dominicana, Libia, Rumania, Salomón, Seychelles, Sudáfrica y Sudán.

5. Elevamos nuestra protesta por el brutal asalto contra la Embajada de España en Guatemala, cometido por las fuerzas policíacas de ese país con violación de las normas del Derecho Internacional, y que ha causado numerosas muertes de ciudadanos guatemaltecos y españoles.

6. El Comité Central decide realizar una discusión y una explicación de nuestra política internacional en todo el Partido que refuerce su homogeneidad en ese terreno.

A la vez, preparar e impulsar una creciente movilización de las grandes masas en España; contra todo lo que empuje a la confrontación militar; por la distensión y el desarme.



